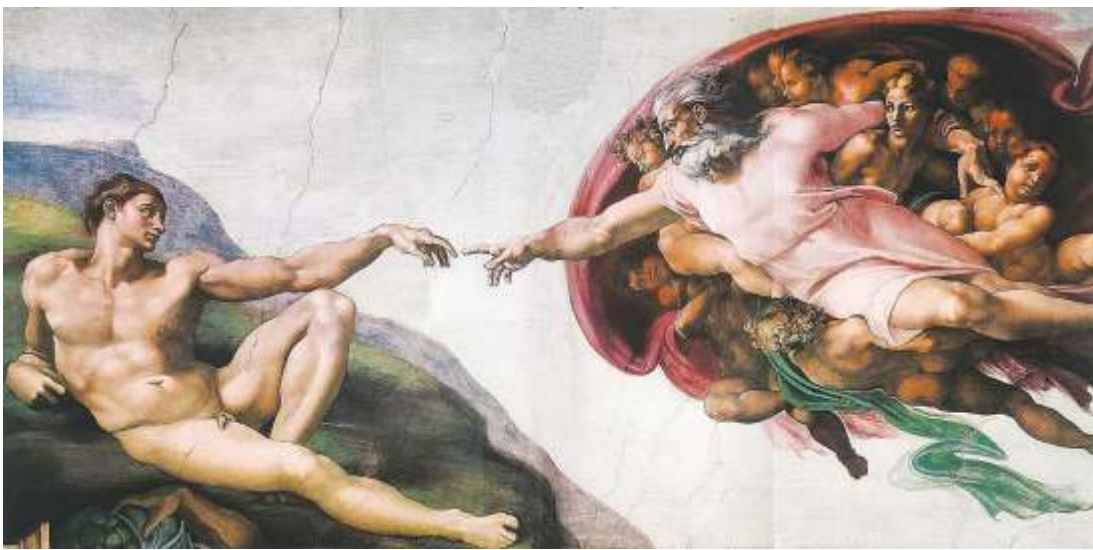


ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

Alejandro Ramos



Universidad FASTA ediciones
Mar del Plata, Arg. Junio 2014
2010 - 2016 Bicentenario de la Patria



UNIVERSIDAD
FASTA

Néstor Alejandro Ramos

Universidad FASTA

Autoridades

Gran Canciller
Fr. Dr. Aníbal Ernesto Fosbery O.P.

Rector
Dr. Juan Carlos Mena

Vicerrector Académico
Dr. Alejandro Gabriel Campos

Vicerrector de Formación
Pbro. Dr. Néstor Alejandro Ramos

Vicerrector de Asuntos Económicos
CPN. Pablo Federico Vittar Marteau

Delegado Rectoral para la Subsede Bariloche
Dr. Héctor Luis Partridge

Néstor Alejandro Ramos
Colaboración del Lic. Matías Zubiría Mansilla

ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

Universidad FASTA
Mar del Plata, 2014

Ramos, Néstor Alejandro

Antropología teológica. - 1a ed. - Mar del Plata : Universidad FASTA, 2014. E-Book.

ISBN 978-987-1312-63-4

1. Antropología. 2. Filosofía.

CDD 128

Fecha de catalogación: 17/06/2014

Responsable de Edición: Lic. José Miguel Ravasi

© 2014 Universidad FASTA Ediciones

Gascón 3145 – B7600FNK Mar del Plata, Argentina

+54 223 4990400

aramos@ufasta.edu.ar

Miembro de la Red de Editoriales de
Universidades Privadas de la
República Argentina, REUP



Antropología Teológica por Alejandro Ramos se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

CONTENIDO

Introducción	9
1. El concepto de Teología.....	9
2. La Teología como ciencia.....	9
3. El objeto de la Teología.....	12
3.1. Los Dogmas	14
4. El sentido de la Teología en la universidad y la finalidad de este texto	17
Capítulo 1 Introducción a la Revelación Divina. <i>Lic. Matías E. Zubiría Mansilla</i>	19
1. ¿Qué es la Revelación Divina?	19
1.1. Naturaleza y Objeto de Revelación (DV 2)	19
2. La Sagrada Tradición (DV7-8)	22
2.1. Definición de la Sagrada Tradición	22
2.2. Mutua relación entre Tradición y Escritura.....	24
2.3. Escritura, Tradición y Magisterio	24
3. La Inspiración y la Verdad en las Sagradas Escrituras.....	25
4. Sagradas Escrituras: Nociones generales	26
4.1. ¿Qué es la Biblia?	26
4.2. El canon.....	27
4.3. La Inspiración de las Sagradas Escrituras	28
4.4. El origen divino de la Escritura.....	29
4.5. El origen humano de la Escritura	30
4.6. La Relación entre lo divino y humano	31
4.7. Efectos de la Inspiración	32
5. Verdad e Inerrancia en la Biblia. Consideraciones generales para su interpretación.....	33
5.1. Verdad en la Biblia	35
5.2. La Interpretación de la Biblia.....	37
5.3. Los Géneros Literarios	42
Breve Apéndice	45
Capítulo 2 El lugar del hombre en el mundo	50
1. El significado de “crear”	50

2. La Creación en la Biblia.....	56
3. El lugar del hombre en el mundo	64
4. La finalidad de todas las cosas creadas	71
Capítulo 3 La persona humana	81
1. El hombre como imagen de Dios en la Biblia.....	81
3. La persona humana.....	97
Capítulo 4 Lo sobrenatural	104
1. Lo natural y lo sobrenatural.....	107
2. La gracia en la Biblia	114
3. El misterio de la gracia	115
3.1. La necesidad de la gracia	115
3.2. Dios tiene siempre la iniciativa	118
3.3 Las clases de gracia.....	121
3.4. Los efectos de la gracia: la justificación del hombre y los méritos sobrenaturales	122
Capítulo 5 El misterio del mal.....	131
1. El mal: concepto y tipos.....	132
1.1. El mal en el orden físico	135
1.2. El mal en el orden moral	136
2. El pecado como mal moral.....	138
2.1. ¿Por qué Dios permite el mal?.....	142
2.2. El desorden interior	145
3. El mal y el destino. La predestinación.....	145
Capítulo 6 Naturaleza y persona en Dios.....	159
1. La naturaleza de Dios.....	160
1.1. La aseidad divina.....	161
1.2. La simplicidad en Dios	163
1.3. La unicidad en Dios	165
1.4. La perfección divina.....	166
1.5. La Bondad divina.....	167
1.6. La infinitud en Dios	168
1.7. La inmensidad	170
1.8. La inmutabilidad divina	171

1.9. La eternidad en Dios	172
1.10. La Ciencia divina	174
1.11. La Verdad absoluta	177
1.12. La Voluntad en Dios	178
1.13. La Potencia divina	179
2. Dios es un Ser personal	180
2.1. Las procesiones divinas	186
2.2. Las Personas divinas	190
Conclusión	195
Bibliografía	198

Introducción

1. El concepto de Teología

La **Teología** es el **tratado acerca de Dios**. Etimológicamente, está compuesta de dos términos: *Theo* (que significa “Dios”) y *logos* (que significa “palabra”).

No es un concepto de origen bíblico, sino pagano. Platón, por ejemplo, llama “Teología” al discurso que los poetas hacen sobre los dioses. Aristóteles, en cambio, llama “Filosofía teológica” al tratado de los seres en cuanto seres, y de éstos en relación al Ser inmóvil. En el orden cultural, además, hay tres teologías:

- la mitológica;
- la natural o filosófica-cosmológica;
- la civil o política.

En el ámbito del cristianismo primitivo, se llama **teólogos** a los poetas que componen himnos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Recién en el siglo IV, comienza a ser usada como “estudio de la Trinidad”.

En Oriente, en el contexto de una visión mística de este saber, se la entiende como “la unión del Alma con Dios en virtud de la contemplación”. En Occidente, la perspectiva es distinta, pues es concebida como una interpretación de la fe, es decir un estudio de la Sagrada Escritura.

El concepto **Teología** comienza a usarse en un sentido moderno a partir del siglo XIII, cuando Santo Tomás lo precisa como “tratado científico acerca de Dios”.

2. La Teología como ciencia

Debemos jerarquizar el estudio que haremos durante el curso, tener en claro qué es una ciencia, qué entendemos por ella y en qué campo se encuadra la ciencia teológica.

En nuestros días, llamamos **ciencia** a aquellas que se apoyan en comprobaciones empíricas, es decir, en la experiencia de un laboratorio, por ejemplo. La frase “lo he demostrado científicamente” nos refiere a que se realizó una prueba con elementos que corroboraron fácticamente la hipótesis en cuestión.

El problema es que, desde esta perspectiva, el campo de las ciencias quedaría enormemente reducido. Por ejemplo: ¿qué pasaría con la historia que se basa en testimonios humanos? No podemos probar la existencia de José de San Martín si no tenemos videos, fotos o a él mismo delante nuestro. ¿Qué sucedería con la filosofía que trata de elementos supersensibles, metafísicos? ¿Qué pasaría cuando hablamos del alma del hombre si nadie vio un alma en un tubo de ensayo? ¿Cómo hablar de Dios si no lo podemos ver, medir o pesar? En definitiva, las ciencias cuyo objeto no es mensurable quedarían fuera de esta definición y, por consiguiente, también la Teología.

De acuerdo a esto, la Teología es, entonces, una ciencia en el sentido que Aristóteles le daba: “el conocimiento de una cosa por sus propias causas”. En este sentido hay ciencia cuando se da un proceso de lo conocido a lo desconocido, de la evidencia de los principios, a través de la demostración, hasta las conclusiones¹. Esta definición aristotélica es mucho más amplia y abarcativa.

Por lo tanto, la ciencia procede desde sus principios evidentes, y en esto nos detendremos un momento. La ciencia no demuestra sus principios que son su punto de partida. Por ejemplo: planteamos el principio de no contradicción: nada puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido, ¿cómo demostramos que esto es así y no puede ser de otra manera? ¿Una mesa puede ser mesa y silla en el mismo momento y en el mismo sentido? La respuesta es evidente: no; y eso no se puede demostrar, no se puede hacer un razonamiento para afirmar ese principio; evidentemente es así. Tampoco podemos demostrar que la realidad existe, independientemente de si nosotros la conocemos o no; sólo basta con abrir los ojos y verla. A esto se le llama **la evidencia del principio**.

A primera vista, este concepto de ciencia parece que tampoco encaja con la Teología, porque ella no posee la evidencia de los principios, que son los enunciados de la Fe, y por consiguiente, tampoco la de las conclusiones. Habría que ubicar, entonces, a la Teología dentro de la jerarquía de las ciencias, puesto que algunas de ellas poseen principios que no son demostrados, y

¹ TIJERO, A. “Condición y panorama de la Teología”, en *Suma de Teología de Sto. Tomás de Aquino*. Madrid: BAC, 1998, p. 78.

por tanto, no tienen evidencia sino en una ciencia superior: son las llamadas **ciencias subalternas**. En este rango es donde se encuentra la Teología. Su punto de partida es la Fe, por ella llega al conocimiento de unas verdades que superan la capacidad racional.

Sin embargo, la dificultad se resuelve con la explicación de Santo Tomás. Profundicemos en este punto: hay ciencias que toman como punto de partida principios que no se demuestran porque son evidentes. Pero hay otras que toman sus principios de otras ciencias para poder conocer; así por ejemplo, la medicina que toma principios y conclusiones de la biología y la química; la música y la arquitectura lo hacen de la matemática, etc. Ésta es la teoría aristotélica de la **subalternación de las ciencias**: donde una ciencia toma sus principios de otra superior.

¿Cómo se aplica esto a la Teología? Los principios de la Teología son los artículos de Fe –por ejemplo, el Credo– revelados por Dios a los hombres, y ellos encierran en sí mismos los misterios de Dios y su obra. Por lo tanto, nos damos cuenta de que sus principios no son evidentes². En este punto, aparece la originalidad del pensamiento de Santo Tomás sobre el tema³. Si bien los principios no son evidentes para nosotros por nuestro estado de viadores (vamos hacia Dios), sí lo son respecto de Dios y de los bienaventurados (aquellos que están salvos en el seno de la Trinidad), ya que lo que es oscuro para nosotros y asentimos con la razón iluminada por la fe, es evidente para Dios y para aquellos que están con Él.

La Teología es:

- una **ciencia**, porque hay un conocimiento participado de las causas,
- es un **conocimiento deductivo** que consiste en una intelección del dato revelado,
- es fruto del **discurso racional**, si bien es sobrenatural porque se apoya en la Fe.

² Cf CONGAR, Y. *La Fe y la Teología*. Barcelona: Herder, 1981, p. 180.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma de Teología*. Madrid: BAC, 1998, I, 1q.

La ciencia teológica no tiene evidencia de los principios ni de las conclusiones, pero sí del **nexo entre ambos**. De allí que sea una ciencia humana, una elaboración racional que, a partir de las Verdades reveladas, llega a la deducción de nuevas verdades contenidas virtualmente en ellas.

Concluimos, entonces, en que la Teología es ciencia subalternada. Sus principios son tomados de una ciencia superior, que es la ciencia de Dios. El conocimiento que Dios tiene de Sí mismo y de las causas de las cosas es evidente para Él, pero no para la Teología, que participa de ese conocimiento por gracia del mismo Dios. Conocimiento que, además, es el punto de partida para que la razón, iluminada y guiada por la fe, pueda “ordenar e interpretar los datos múltiples de la creencia católica de modo que se vean sus encadenamientos tales como Dios los ha dispuesto”⁴.

Finalmente, podemos decir que la Teología tiene las siguientes características:

- es **ciencia especulativa** en cuanto busca conocer a Dios;
- es **ciencia práctica** porque su conocimiento lleva a actuar de una determinada manera;
- es **la más elevada** de las ciencias: por la dignidad de su objeto de estudio que es Dios. Una ciencia es más elevada que otra por la dignidad de su objeto de estudio; en la Teología el objeto es Dios, por tanto, es el Ser más elevado, origen de todo cuanto existe⁵.
- es **sabiduría** porque estudia la Verdad de Dios; esto le permite juzgar la veracidad de las conclusiones de otras ciencias.

3. El objeto de la Teología

Toda ciencia tiene un objeto de estudio, algo sobre lo que se desarrolla. El objeto se considera de dos modos:

⁴ CONGAR, Y. *La Fe y la...* op. cit., p. 181.

⁵ Vale otro ejemplo: la medicina es más elevada que la veterinaria en cuanto que su objeto de estudio es el hombre, que tiene mayor dignidad que los animales.

- **Objeto Material:** es el sujeto sobre que estudia la ciencia; por ejemplo, la medicina tiene por sujeto de estudio al hombre.
- **Objeto Formal:** es el punto de vista sobre el que se estudia el objeto material; por ejemplo, la medicina estudia al hombre en cuanto busca la salud física.

El objeto es lo que distingue una ciencia de otra. Puede haber coincidencia en el objeto material, entonces, su distinción se dará por el objeto formal y viceversa. Por ejemplo, la medicina y la psicología tienen como objeto material al hombre, pero el objeto formal las distingue; la primera busca la salud física y la segunda, la salud mental.

En la Teología, el **objeto material primario es Dios** y el **secundario son las cosas creadas en cuanto tienen relación con Dios**; es decir, la naturaleza nos interesa en cuanto su principio, su existencia y su fin es Dios, y por ella, podemos conocerlo. Por eso, al hombre lo estudiamos en cuanto llamado a la salvación.

Entonces, Dios es el objeto de la Teología, pues esta ciencia tiene como principios los artículos de Fe, y éstos tienen, a su vez, como objeto a Dios, siendo Él, por consiguiente, el objeto de la ciencia y de sus principios.

Este conocimiento se refiere a Dios, a un Dios que se revela, que crea al mundo y que salva haciéndose hombre en Cristo. De allí que aunque trate de diversas cosas, a todas las estudia de la misma perspectiva formal, es decir, en cuanto dato revelado. Por este motivo, es también una ciencia, porque estructura los datos de la revelación como conocimientos sistemáticos.

En el objeto formal, hacemos una distinción: la **teología natural** o teodicea, y la **teología sobrenatural**.

- **Teología natural:** es el estudio de Dios con la luz natural -de la razón; tal es el caso de las vías de acceso al conocimiento de Dios (las vías de Santo Tomás para demostrar su existencia).
- **Teología sobrenatural:** es el estudio de Dios con la luz natural de la razón iluminada por la fe; por

ejemplo, cuando estudiamos la Santísima. Trinidad partimos del dato revelado (fe), ya que con la fuerza sola de la razón nunca podríamos llegar a conocerla.

3.1. Los Dogmas

En el dictado de clases sobre Dogmas, he encontrado entre mis alumnos planteos “violentos” cuando nos introducimos en el tema. Hoy en día, cuando hablamos de dogma pareciera que nos referimos a algo estanco, autoritario, sin sentido, impuesto, hasta incluso irracional; no importa lo que se diga, pero cuando decimos “dogmático”, nos encontramos frente a un sentido negativo y falso, algo que aparentemente va en contra de la libertad del hombre; claro está que el sentido de libertad utilizado para estos planteos es hacer, decir y pensar lo que uno quiera y no como el correcto uso de las facultades humanas para realizar el bien. Así que debemos dar respuesta a este problema.

Comenzaremos por dar una definición de **dogma en sentido estricto**, “entendemos por dogma una verdad directamente revelada por Dios y propuesta como tal por la Iglesia para ser creída por los fieles”⁶.

El Concilio Vaticano I, en la constitución dogmática de la fe católica nos dice: “...deben creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o tradicional, y son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, ora por solemne juicio, ora por su ordinario y universal magisterios”⁷.

Siguiendo a Ott, vemos que el dogma comprende dos elementos:

- a) la verdad a ser propuesta como dogma debe ser inmediata y directamente revelada por Dios, ya sea explícita o implícitamente, es decir, que debe estar contenida en una de las fuentes de la Revelación (Sagrada Escritura o Sagrada Tradición).

⁶ OTT, Ludwing. *Manual de Teología Dogmática*. Barcelona: Herder, 1969, p. 30.

⁷ Dz,1792.

- b) que haya sido propuesta por el Magisterio eclesiástico a sus fieles para ser creída. Los creyentes no sólo son notificados de una verdad de fe por el Magisterio, sino que, además, tienen la obligación de creer en esa verdad propuesta. Esto lo hace la Iglesia a través de una solemne definición del Papa, en los Concilios (considerados Magisterio extraordinario) o por el Magisterio ordinario y universal de toda la Iglesia.

El dogma en sentido estricto es objeto de la fe divina y católica; fe divina decimos porque es dada por Dios a los hombres, es sobrenatural. Al mismo tiempo, es católica por ser propuesta por el Magisterio infalible de la Iglesia (ya que cuenta con la asistencia del Espíritu Santo). El hecho de no creer o ir en contra de un dogma hace que uno caiga en el pecado de herejía, lo que implica la excomunión.

Respecto a este último término, aclaremos que la excomunión es una opción de aquel que no comparte la comunión en la fe de los católicos. Si la persona no se une en la misma fe católica, se encuentra separado de la comunidad; por consiguiente, no es una cuestión discriminatoria por parte de la Iglesia, sino una cuestión evidente de la persona que opta por no compartir lo que da unidad a la Iglesia: la comunión en la misma fe. Un ejemplo conocido históricamente es el caso de Galileo Galilei.

Pero además de las excomuniones explícitas que realiza oficialmente la Iglesia, existen otras de la vida cotidiana de nuestros tiempos, que no son menos importantes, las cuales podríamos llamar implícitas. Por ejemplo, se habla de aquellas personas que estando bautizadas, no creen en el Credo (el Símbolo de los Apóstoles), que es lo fundamental de nuestra religión; entonces, no están en comunión con la fe católica. También es el caso de las personas que se convierten a otras religiones, cuando no pasan a formar parte de una secta, etc.

Pero una cosa es aquel que se separa libre, conciente y voluntariamente de esta comunión, y otra muy distinta es aquel que, por la condición humana pecadora, cae en algún error del cual se rectifica una vez advertido. Por ejemplo, una persona que no cree que Jesucristo sea verdadero Dios y verdadero Hombre, porque nunca se lo enseñaron, pero al conocerlo, ilumina su razón con la fe divina.

Los dogmas son enunciados de Verdades reveladas, sobrenaturales, objetivamente contenidas en la Revelación confiada como un depósito a la Iglesia, que las propone a nuestra fe. Su sentido es independiente del movimiento de las ideas humanas. Así los dogmas se convierten en unas fórmulas auténticas y normativas, por medio de un juicio solemne del Magisterio. Este carácter de fórmula precisa no le quita su carácter de afirmación de la Verdad religiosa en cuestión, que interesa a la vida y destino del hombre⁸.

La necesidad y el objetivo de formular dogmas es eliminar algún error de fe, y a su vez, fijar una adquisición moralmente unánime de la inteligencia católica de la fe, ya que la comunión tiene necesidad de hacerse bajo algún símbolo, y la comunicación de la fe exige alguna fórmula, cuyas condiciones que no son objeto de este curso⁹.

Lejos de ser una cuestión autoritaria, las definiciones dogmáticas de la Iglesia Católica muestran su misión de enseñar, difundir y preservar la fe recibida, encomendada por Cristo a los Apóstoles y, por ellos, al Magisterio Eclesial. A medida que van pasando los años, por la gracia de Dios y la oración de los fieles, se va teniendo una comprensión más profunda de la Revelación, y es a partir de ahí, que se va definiendo el dogma. No es producto de una persona a la que se le ocurre definir algo; antes bien es la Palabra de Dios que pide ser definida con mayor precisión y claridad, haciendo explícito, en algunos casos, lo que se encuentra implícito en ella.

Por ejemplo, el dogma de la Santísima Trinidad no está explícitamente revelado, sino que se encuentra implícito en la Revelación que Dios hace a su Iglesia, y ésta lo hace explícito en una fórmula dogmática donde propone una verdad para que sea creída por todos los fieles.

A esto se le llama **la evolución del dogma** (en contra del supuesto concepto estático del dogma): cuando las Verdades que, hasta un momento determinado, sólo se creían implícitamente, se hacen explícitas; cuando se definen cuestiones para un conocimiento más claro por medio de conceptos nuevos y bien precisos; también frente a cuestiones debatidas en un momento, al

⁸ Cf. CONGAR, Y. *La Fe y la...* op. cit., p. 93.

⁹ Cf. Idem, p. 94.

ser clarificadas son aclaradas y definidas condenando posiciones heréticas, etc.

No hay cuestiones escondidas o malas intenciones en la tarea del Magisterio eclesial, sino que, a la Luz de la Verdad, buscan al Sumo Bien poniéndose al servicio de la Palabra Revelada, ejecutando su misión encomendada por el mismo Jesucristo, Señor de la Historia. Cuando la Iglesia define un dogma es porque hay razones suficientemente meditadas a lo largo de la historia, de alto grado de evidencia y con una aceptación prácticamente plena por parte de los fieles.

Por lo tanto, considerando estas cuestiones no podemos hablar de autoritarismo, sino de ejercer una autoridad dada por Dios a la Iglesia para las cuestiones que atañen a la fe, y por consiguiente, a la vida de los fieles. No es algo sin sentido e irracional, sino que es para incrementar la fe, es decir, el asentimiento de la razón a las Verdades reveladas por Dios; por lo tanto, es luz y no oscuridad. Evidentemente, aquello que se define cuenta con la garantía del Espíritu Santo que asiste al Papa con el Don de la infalibilidad.

4. El sentido de la Teología en la universidad y la finalidad de este texto

En efecto, la Teología se enseña en la universidad como una de las materias humanísticas para cumplir con el fin de formar no sólo profesionales, sino hombres y mujeres con criterio para discernir el valor ético y la contribución verdadera de las ciencias al desarrollo del hombre. Las materias humanísticas que se dictan son: Historia de la cultura, Filosofía, Teología y Ética. Todas ellas tienen un núcleo común: **la antropología cristiana**.

La Historia presenta el marco histórico de las distintas imágenes de hombre que se formaron a lo largo del tiempo. La Filosofía estudia al ser humano, su composición de cuerpo y alma, su modo de realizarse. La Teología también estudia al hombre, pero desde la perspectiva de la Revelación cristiana, indagando cómo contempla Dios a este ser. La Ética, finalmente, trata sobre la finalidad de las acciones humanas y su contribución o no al perfeccionamiento personal.

En Teología, el tema central es la **persona humana** como ser creado a imagen y semejanza de Dios. Por eso, se inicia con el estudio de la Creación, el mundo en el que habita el hombre y el lugar que en él ocupa. Luego, entra de lleno en la consideración del significado bíblico de "imagen divina", en el ser personal, y en las relaciones que establece este ser creado con lo divino a través de lo sobrenatural, así como de la resolución del misterio del mal en su vida. No se podría entender bien al hombre sin conocer a Dios, su causa; por eso, el tema siguiente es el ser de Dios, su naturaleza y las Personas divinas. A continuación, se estudia la presencia de Dios en el mundo en Jesús; para concluir con una comparación de la forma en que las religiones proponen la vivencia humana de Dios.

Este texto abarca la primera parte de los temas mencionados. Fueron escritos a modo de ensayos y no tienen pretensión de agotar los temas. Su intención es la de ser una síntesis que sirva a los alumnos para el estudio.

El capítulo 1 es un muy buen trabajo realizado por el prof. Matías Zubiría: una introducción a la Revelación divina. A él le agradecemos su colaboración en esta obra y en la cátedra, así como al resto de los docentes que la constituyen. De manera particular, quisiéramos agradecer la colaboración de Noemí, el interés de los alumnos y el acompañamiento del resto de los docentes del Departamento de Formación Humanística.

Capítulo 1 Introducción a la Revelación Divina. Lic. Matías E. Zubiría Mansilla

Cuando nos encontramos frente a la Revelación que Dios hace a los hombres, no estamos solamente delante de las Sagradas Escrituras o Biblia, sino que también nos encontramos frente a la Sagrada Tradición, muchas veces olvidada por los laicos.

Ésta es una confusión muy común que nos lleva a encerrar la religión católica en un libro, como es el caso de los protestantes e infinidad de sectas que de ellos se desprenden. Justamente, el dinamismo de la Revelación se da en la relación profunda que hay en entre la Biblia y la Tradición del Pueblo de Dios: “La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin”¹⁰.

Por lo tanto, en la primera parte, haremos algunas consideraciones sobre la Revelación de Dios: qué es la Revelación, cómo se transmite, la Sagradas Escrituras, la Sagrada Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Luego, nos dedicaremos a las Sagradas Escrituras específicamente.

1. ¿Qué es la Revelación Divina?

1.1. Naturaleza y Objeto de Revelación (DV 2)

Revelar significa “sacar el velo”, es decir, mostrar algo. Tan simple como eso es lo que Dios hizo: *revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad*; es decir que el objeto primario revelado es Él mismo.

También revela el misterio de su voluntad: “por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina”. El designio divino acá expresado incluye los tres misterios principales del cristianismo: la Trinidad, la Encarnación y la gracia¹¹.

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Apostólica Dei Verbum* (DV), 10.

¹¹ LATOURELLE, R. *Teología de la Revelación*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1995, p. 357.

En este último párrafo, se pone de manifiesto el fin del cristiano: llegar al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Para ser más claros con esta frase, podemos decir que nosotros, los bautizados, tenemos que llegar al Padre, Aquél sobre el que Cristo nos habló (cf. Jn 14,2), porque Cristo, el Hijo, vino para predicar al Padre y su voluntad; pero no sólo para eso. Para llegar al Padre, es necesario un Camino, y será, entonces, el Hijo, la segunda persona de la Trinidad (Jesús, Cristo) quien se constituya como único Camino: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6). Por último, este Camino que recorreremos no lo hacemos naturalmente, antes bien es necesaria la ayuda de la gracia sobrenatural. Para andar es necesario un vehículo que es mandado por Jesús mismo: el Espíritu Santo, que nos da la gracia sobrenatural y nos lleva permanentemente en la senda de Cristo hacia el Padre (Jn 14,16).

Así, el objeto de la Revelación, cuyo punto más elevado es Cristo Jesús, es Dios (Uno y Trino) y su designio sobre los hombres.

Cuando hablamos de la **naturaleza de la Revelación Divina**, hacemos referencia básicamente a tres puntos:

- el diálogo de amistad entablado por Dios;
- el amor de Dios para con los hombres;
- el modo de revelarse de Dios por medio de hechos y palabras.

El Dios invisible (Col 1,15) va en busca del hombre corrupto por el pecado, entabla un diálogo de amistad con él como lo hizo con Moisés (Ex 33,11) y con los apóstoles (Jn 15,14-15).

El que toma la iniciativa en el diálogo amical es Dios. Al igual que en nuestra vida espiritual, cuando uno va en busca de la gracia de Dios, en realidad, Él ya actuó en nosotros previamente; es decir, que el pecador se arrepiente cuando ya el Espíritu de Dios pasó y movió su alma hacia la conversión.

Latourelle escribe: “Esta palabra por la que Dios franquea en cierto modo la distancia que le separa del hombre y se llega hasta su presencia, no puede ser otra cosa que la palabra *amistad*: procede del amor, crece en la amistad y persigue una obra de

amor..."¹². Claramente, notamos que el lenguaje que Dios utiliza es el nuestro, y se hace ver y comprender desde la historia y las palabras, forjando una amistad con nosotros.

Por otra parte, la Revelación procede del Amor y persigue una obra de Amor, que es introducir al hombre en la vida trinitaria, en el seno del Amor que es Dios mismo. Se debe observar que se revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo, mostrando una comunidad de Amor perfecta, modelo para nosotros y, a su vez, fin de nuestra vida cristiana.

Por último, Dios se revela con *hechos y palabras intrínsecamente ligadas*¹³. Para comprender este concepto fundamental, observemos nuestra vida cotidiana: los esposos que se aman mutuamente no sólo se dicen cuánto se aman, sino que, además, hay gestos concretos y cotidianos que lo demuestran. En una amistad forjada en el amor, las personas no sólo hacen cosas que demuestren que son amigos, sino que, además, hablan de la amistad que tienen y la explicitan con hechos concretos.

Éste es el modo en que Dios se manifiesta en el ejercicio concreto de la Salvación. Se introduce en la historia del hombre comunicándose de múltiples formas, dispuestas según la Bondad y Sabiduría divinas (lo que se conoce como *economía de la salvación*). En la historia, Dios se revela con **obras** concretas:

- en el Antiguo Testamento, los acontecimientos del Éxodo (Ex 7-14);
- en el Nuevo Testamento, la vida de Cristo, su Encarnación, sus milagros, la Muerte y la Resurrección.

Pero además, manifestó sus **palabras**:

- los profetas que interpretan las intervenciones de Dios en la historia del pueblo de Israel;
- las palabras del mismo Cristo, Dios y hombre, que declaran el sentido de sus acciones.

¹² Idem, p. 358.

¹³ DV, 2.

Mirando el conjunto de las Sagradas Escrituras, la obra de Salvación realizada por Cristo que fue anunciada con *hechos y palabras* en el AT (Antiguo Testamento) y confirmada también con *hechos y palabras* en el Nuevo Testamento.

Estos dos aspectos no van separados, sino unidos en lo más profundo: Dios hizo y dijo, dijo e hizo, hizo mientras dijo y dijo mientras hizo¹⁴. El designio salvífico no sólo queda manifestado en palabras, sino que es realizado por obras. No sólo nos dice que nos va a salvar, sino que obra la Salvación en la historia del hombre.

2. La Sagrada Tradición (DV7-8)

2.1. Definición de la Sagrada Tradición

Como decíamos al comienzo, la Sagrada Tradición es parte de la Revelación divina hecha a los hombres: “Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades”¹⁵.

Cristo predica el Evangelio a los apóstoles y les da el mandato de transmitirlo a todas las naciones de la tierra (Mc 16,15). Ellos y otros de su generación ponen por escrito el mensaje de salvación inspirados por el Espíritu Santo (las Sagradas Escrituras).

Solo queda mantenerlo vivo, íntegro y transmitirlo a todas las generaciones. Para ello, los apóstoles nombran a sus sucesores, los Obispos, dejándoles a cargo el Magisterio (conservar, exponer y difundir el depósito de la fe). Es en esta instancia donde nace la **Tradición de la Iglesia**, en la comunidad apostólica y de los Santos Padres. La misión es clara: perpetuar la predicación apostólica hasta el fin de los tiempos.

San Pablo exhorta a los fieles a que conserven lo aprendido por palabra o por carta: “Así pues, hermanos, manténgase firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta” (2 Tes 2,15). ¿Qué es lo que han aprendido? Todo lo necesario para la vida de la fe y para crecer en ella. Así es como

¹⁴ Cf. LATOURELLE, R. *Teología de la...* op. cit., p. 360.

¹⁵ DV, 7.

la Iglesia, con su enseñanza, su vida y su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree¹⁶.

Se observa, entonces, en la Tradición Apostólica:

- un **componente activo**: vivir y conservar aquello que recibió la comunidad apostólica;
- un **sentido pasivo**: el objeto de la Tradición y su extensión, que es el contenido mismo, es decir, todo lo referente a la Fe y costumbres del pueblo de Dios.

Latourelle¹⁷ señala un sentido dinámico de la Revelación que vale aclarar. La *Dei Verbum* (DV) 8 dice: “Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo”. El dinamismo se da por el crecimiento en la **comprensión** de los contenidos de la Tradición. No es que aumente en sí misma, sino que cada vez, bajo la acción del Espíritu Santo, la Iglesia tiene una comprensión (*percepción*, como utiliza Latourelle) más profunda de las palabras que constituyen la Sagrada Tradición. En definitiva, no es que hay más “contenidos”, sino que se comprenden más profundamente, y eso es lo que el Magisterio eclesiástico enseña. Este crecimiento se da por la vida contemplativa, la oración, el estudio y la prédica de los obispos.

Las verdades transmitidas por la Tradición no pueden conocerse plenamente, sino por el conjunto de testigos y formas de expresión en las que viven: escritos de los Padres de la Iglesia, liturgia, práctica de la Iglesia, reflexión teológica.

Con esto vemos que el depósito de la fe no se agota en las Sagradas Escrituras, sino que es vivificado permanentemente por la Sagrada Tradición que, iluminada por el Espíritu Santo, es el componente dinámico que nos da una mayor comprensión de la vida de la Iglesia como pueblo peregrino que se dirige hacia la plenitud de la Vida Trinitaria.

¹⁶ DV, 8.

¹⁷ Cf. LATOURELLE, R. *Teología de la...* op. cit., p. 378.

2.2. Mutua relación entre Tradición y Escritura

“La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia un mismo fin”¹⁸.

No podemos considerar una sin la otra, dependen entre sí, son un solo depósito, constituyen una sola Revelación. Por eso, en la cita se aclara que brotan de la misma fuente que es la Revelación divina misma; se funden en un mismo caudal, ya que expresan el mismo misterio de Dios Uno y Trino; y tienden hacia un mismo fin que es la salvación del hombre.

En definitiva, ambas son Palabra de Dios: la Sagrada Escritura, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo; la Tradición, en cuanto confiada a los apóstoles por Cristo y el Espíritu Santo y transmitida intacta a sus sucesores para que éstos la guarden, la expongan y difundan fielmente en su predicación.

Por esto, la Iglesia no tiene las certezas sólo por las Escrituras, sino que las tiene de ambas fuentes: una ilumina a la otra, complementándose mutuamente.

2.3. Escritura, Tradición y Magisterio

“La Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia” (DV 10).

Éste es un punto crucial en el tema; es foco de muchas críticas por parte de los protestantes y ha traído graves confusiones, incluso entre los mismos católicos.

Muchas veces, se piensa que la Revelación es un patrimonio exclusivo del Magisterio, que el Papa y los Obispos lo toman y hacen con él lo que les conviene, subordinando la Escritura a su oficio magisterial e incluso confundiendo la Tradición con el mismo Magisterio.

El Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*, aclara de modo tajante este problema:

- 1) La Tradición y las Escrituras son el depósito de la fe, la Revelación divina, separando al Magisterio (tengamos en

¹⁸ DV, 9.

cuenta que la Tradición y el Magisterio no son aceptados por las otras religiones cristianas).

- 2) c
- 3) El hecho de que toda la Iglesia viva en unidad y participe desde la fe, la oración y la Eucaristía de esta Revelación, no significa que cualquiera pueda interpretarla como quiera. El oficio de interpretar auténticamente el depósito de la fe queda reservado exclusivamente al Magisterio de la Iglesia, no por un capricho clerical sino por mandato y con la autoridad del mismo Jesucristo, con la asistencia del Espíritu Santo.
- 4) Aunque el Magisterio tiene la autoridad de interpretar este depósito, no está sobre él, sino a su servicio. El Magisterio no sustituye la Revelación, sino que se define a sí mismo como “servidor de la Palabra de Dios”, que no enseña otra cosa que lo que le ha sido confiado.
- 5) El Magisterio, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, escucha con piedad, guarda santamente, expone fielmente y saca de este único depósito de la Fe lo que propone como Verdad revelada que hay que creer (dogmas).

Por lo tanto, así como Tradición y Escritura son inseparables entre sí, tampoco podemos separar al Magisterio de ellas, puesto que el sentido de la existencia de este último es servir las.

A diferencia de los protestantes, no nos encontramos solos frente a las Escrituras, sino que nos encontramos frente a la Tradición Apostólica (parte de la Revelación de Dios), y unidos al Magisterio de la Iglesia que lo escucha, lo guarda y lo expone fielmente.

3. La Inspiración y la Verdad en las Sagradas Escrituras

Cada vez que leemos la Biblia, hallamos no pocas dificultades para su comprensión. Muchas imágenes que nosotros encontramos en ella nos pueden llevar a una confusión tremenda si uno no está mínimamente advertido sobre su contenido, y especialmente sobre el espíritu con que fue escrita.

En la primera parte de este capítulo, aclaramos que la Revelación de Dios no es más que una obra de amor. Y para que quede más claro, respóndase la siguiente pregunta: ¿Qué le agregamos a Dios con nuestra conversión?, ¿sumamos algo a Dios, lo hacemos más feliz, más perfecto, más amable?, ¿me llama porque me necesita?. La respuesta es: no agregamos nada a Dios, a lo que Él es; Él no necesita de nosotros, ni de nada.

Desde esta perspectiva, se comprende mejor el mensaje de la Revelación. Si Dios no necesita de nosotros, ni le agregamos nada, entonces ¿porqué se revela?, ¿porqué busca al hombre?, ¿porqué envía a su Hijo, Jesucristo, a morir por nosotros? En esta clave se debe comenzar a comprender la obra de Dios: si no lo necesita y lo hace, no cabe otra respuesta que el AMOR, la caridad plena. Dios no busca ser más feliz, ni el beneficio propio, sino que nosotros alcancemos la plenitud de la felicidad en Él.

Por lo tanto, cuando nos encontramos frente a dificultades sobre cuestiones de la Revelación es necesario comprender el Amor de Dios. Esto sólo se alcanza por el camino de la Fe, que, curiosamente, no la obtenemos sino porque Dios nos la da en el Bautismo.

Hablaremos, entonces, de la Escritura, haciendo algunas consideraciones necesarias para introducirnos en ella sin olvidar, claro está, que es parte de la Revelación y que es plena desde la luz de la Tradición Apostólica.

4. Sagradas Escrituras: Nociones generales

4.1. ¿Qué es la Biblia?

La DV 9, dice: “La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo”. No se trata sólo del libro más leído de todos los tiempos, sino que tiene una característica única: es obra de Dios Espíritu Santo que inspira al hombre para que ponga por escrito todo y sólo lo que Dios quiere¹⁹.

El término **Biblia** viene del griego; es el plural de *biblon*, que significa ‘libro’. Biblia es varios libros; podríamos llamarlo “una pequeña biblioteca sagrada que contiene el mensaje escrito por Dios para los hombres”.

¹⁹ DV, 11.

Tomen una Biblia católica y lean el índice; en él, encontrarán los libros que la conforman, su clasificación y su agrupación en dos grandes partes:

- 1) **el Antiguo Testamento (AT)** que relata los hechos previos a la venida de Jesucristo. Es el tiempo de la promesa;
- 2) **el Nuevo Testamento (NT)** que narra lo sucedido desde los tiempos de Jesús (el anuncio del ángel Gabriel a Isabel y el nacimiento de Juan el Bautista, en Lc 1) hasta la vida de las primeras comunidades cristianas (Hechos de los Apóstoles)²⁰, además de las cartas católicas.

4.2. El canon

Toda religión revelada termina por sentir, tarde o temprano, la necesidad de fijar un canon, es decir, un conjunto de libros sagrados, pues si Dios ha querido comunicar su voluntad a los hombres, debe haber algún modo de saber con toda seguridad dónde se encuentra esa Revelación. Esto es precisamente lo que garantiza el canon: señala los límites entre lo que es y lo que no es Revelación. Si no se pudiera identificar esto, ¿de qué serviría la Revelación?.

El origen de la palabra **canon** lo encontramos en el griego: *kanon*, que deriva del babilonio *qanu*, caña. Así se llamaba a la vara larga utilizada por los albañiles para medir. Más adelante, toma un sentido metafórico: “norma o patrón”.

La necesidad de **definir el canon** de la Revelación (tanto en los judíos como en los cristianos) respondió a tres cosas:

- conservarlas a fin de evitar que se pierda en la vorágine de tradiciones que nacen en torno a ella;
- preservarlas, es decir, impedir que sufra ningún cambio o alteraciones;
- observarlas y hacer que actúen en la fe y la vida.

El presupuesto básico de la definición del canon judeocristiano es la **inspiración**, es decir, el hecho de que

²⁰ Para este punto leer DV, 14-20.

determinados libros han sido escritos bajo influjo del Espíritu Santo, que les otorga una aceptación incondicional.

Los **criterios prácticos** que la Iglesia ha seguido para la selección de libros inspirados han sido:

- el origen apostólico
- el uso constante en la Iglesia, con sus consecuentes frutos espirituales.

El canon de la Escritura se nos presenta como un conjunto de producciones literarias dotado de cohesión interna. Tal cohesión se debe a que los libros fueron usados por la comunidad guiada por el Espíritu Santo, alimentaron su oración, impulsaron su reflexión y le ofrecieron una norma de vida. La facultad de juzgar si se da o no esta conformidad la tiene el Magisterio de la Iglesia.

La inspiración, por lo tanto, exige la canonización de un libro. **Canonizar** significa declarar autoritativamente que un libro es inspirado y que, por lo tanto, forma parte de la Escritura. Canonizar un libro no produce ningún cambio en él; simplemente se declara o se pone de manifiesto lo que ya está allí, es decir, se descubre la inspiración, pero de ninguna manera se crea²¹.

El canon católico se definió en el Concilio de Trento (1546), quien ordena aceptar, bajo pena de excomunión, 45 libros del Antiguo Testamento (AT) y 27 del Nuevo (NT)²².

4.3. La Inspiración de las Sagradas Escrituras

La expresión **inspiración divina** alude a la especial influencia de Dios sobre los autores humanos de la Biblia, una influencia de tal naturaleza que sirve de base a la afirmación de que

²¹ Los libros que no entraron en el canon de la Iglesia son los llamados *Apócrifos* (libro oculto o secreto). Tales libros sólo podían ser leídos por los iniciados. Más tarde, en el lenguaje católico, este término se reservó para designar los libros que por su título y contenido se aproximaban a la escritura canónica, pero realmente no han sido admitidos en el catálogo oficial de la Iglesia (no son inspirados). Actualmente, muchos se encuentran publicados y leídos como una importante fuente histórica y literaria, aclaración que vale para desmentir algunas películas que hablan de evangelios apócrifos ocultos (Estigma).

²² Dz, 784-785.

Dios es Autor de los Libros Sagrados²³. Nos encontramos frente a un misterio de Fe en sentido estricto. La podríamos definir como el especial influjo del Espíritu Santo sobre el autor sagrado en orden a escribir todo y sólo lo que Dios quiere.

Dei Verbum 11 afirma que “los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, con todas sus partes, en cuanto escritos inspirados por el Espíritu Santo, tienen a Dios como autor... Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos... como verdaderos autores”. La Biblia tiene dos autores: uno humano y otro divino, y su fundamento nace en las mismas Escrituras.

En nuestro estudio, nos limitaremos a ver los fundamentos bíblicos sobre los autores divinos y humanos, sin abordar las múltiples teorías que hay sobre el tema; más bien nos detendremos en las consecuencias o efectos de la Inspiración.

4.4. El origen divino de la Escritura

4.4.1. En el Antiguo Testamento

En el judaísmo, no hay una idea clara y elaborada de la inspiración de la escritura, más bien en el AT se habla de un **influjo divino** sobre los profetas, pero en la mayoría de los casos, es en orden a la proclamación y no para escribir. No obstante, a veces, Dios ordena escribir algo, por ejemplo, en Isaías 30,8: “Ahora ven, escríbelo en una tablilla, grábalo en un libro, y que dure hasta el último día, para testimonio hasta siempre” (ver también Jr 30,2; 36,2; Hab 2,2). Como se puede observar, la idea de inspiración como se entiende hoy en la Iglesia no está expresada en el AT.

4.4.2. En el Nuevo Testamento

La idea de inspiración aparece implícita o explícitamente en los libros del NT. El mismo Jesús apela a las Escrituras como el documento por excelencia y de mayor autoridad, por ejemplo, en el evangelio de Juan (10,35): “no puede fallar la Escritura”. También se refleja en los numerosos “Está escrito” que el Mesías utilizaba para referirse a los libros del Antiguo Testamento (Mt 4,4.7.10; 26,31).

Los autores del NT expresan la convicción de que, en las palabras de la Escritura, el Espíritu Santo habló por medio de los

²³ DV, 11.

hombres (Hch 1,16); incluso la llaman “Palabra de Dios” (citando los Salmos, Hb 3,7).

Sin embargo, hay textos que aluden directamente a la inspiración divina de las Escrituras, como son²⁴:

- San Pablo en 2 Tim 3,14: “Toda Escritura inspirada por Dios es útil para la enseñanza...”.
- San Pedro (2 Pe 1,21): “porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios”.

Con estas citas bíblicas, tenemos un panorama más claro de que el misterio de la inspiración divina se descubre a partir de la misma Revelación.

4.5. El origen humano de la Escritura

El Papa Pío XII, en *Divino afflante Spiritu* (1943), dice: “partiendo del principio de que el escritor sagrado, al escribir su libro, es instrumento del Espíritu Santo, pero instrumento vivo y racional, observan rectamente que, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera hace uso de sus facultades y energías, que por el libro nacido de su acción puedan todos fácilmente colegir la índole propia de cada uno y, por así decirlo, sus singulares características y rasgos”²⁵.

En el AT, vimos cómo Dios ordenaba a los profetas escribir algún mensaje. El autor humano aparece como un simple transmisor pasivo del mensaje divino, cumpliendo las órdenes del Espíritu Santo. La concepción judaica tendía a considerar que los autores humanos caían en una especie de éxtasis religioso, durante el cual Dios le dictaba el mensaje.

Pero a lo largo de la Biblia, encontramos testimonios que muestran a los autores como factores creativos y activos, que nos hablan del esfuerzo del autor para la composición del libro (Ecl 1,30-32; 2 Mac 15,38).

²⁴ Ver también: Ap 1,3-6; 2 Pe 3,16.

²⁵ PÍOXII, Encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943), p.19.

El pasaje más llamativo es del evangelio de Lucas (1,1-4): “Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden...”. Observemos atentamente que Lucas habla de una investigación con todo lo que ello implica: buscar fuentes, entrevistas, documentos, ordenar la información, etc. Por lo tanto, no podemos pensar que este autor realizó toda su obra (el Evangelio y Hechos de los Apóstoles) en un estado de éxtasis, o que no intervinieron para nada sus *facultades* y *talentos*. Además, los rasgos de cada uno de los libros de la Biblia responden, entre otras, a características propias de cada autor.

Con esto, podemos concluir en que el hombre tiene un papel de suma importancia, porque es autor secundario de la Escritura, haciendo uso de *todas sus facultades y talentos*²⁶, activa y creativamente, empujado por la fuerza misteriosa del Espíritu Santo.

4.6. La Relación entre lo divino y humano

Como conclusión del tema, podemos decir: la Escritura es verdaderamente Palabra de Dios, pero expresada en un lenguaje que es auténtico producto del intelecto humano, como si dos artistas, Dios y hombre, hubieran producido los libros sagrados.

La doctrina de Santo Tomás de Aquino habla de Dios como Autor principal de la Biblia, y del hombre, en cambio, como un autor instrumental. Al aclarar esta relación, los Santos Padres y los teólogos lo hacen en base a imágenes diversas tomadas del trabajo manual y del arte. En el caso del trabajo manual y del arte, se trata de instrumentos inanimados; en el caso de la inspiración, de hombres en plena posesión y uso de sus facultades espirituales y corporales. En uno y otro caso, el instrumento obra conforme a su calidad y estado; pero la obra, con su sentido y su plan, ha de atribuirse, en primer término, al que maneja el instrumento. Sin embargo, la obra realizada demuestra indudablemente, las

²⁶ DV, 11.

facultades y aptitudes del instrumento²⁷. Para ser más claros, el instrumento es el hombre y el artista, el Espíritu Santo.

Esta relación cobra mayor sentido al considerar la Biblia en su totalidad. La autoría de Dios hace que tenga unidad orgánica, y que no sea una mera colección de libros más o menos homogéneos. El autor humano es autor de uno o más libros o de parte de ellos, imprimiendo su sello personal; Dios es el Autor de todos.

4.7. Efectos de la Inspiración

El efecto principal de la inspiración es la misma Biblia, aunque podemos señalar diferentes aspectos del mismo:

1) Revelación, unidad, integridad y sacramentalidad

- a) Revelación: la inspiración hace que la Biblia en su conjunto sea Revelación (no sólo ella, no olvidemos la Tradición). Es Dios quien se revela en la Biblia hablando al hombre.
- b) Unidad: aunque materialmente (humanamente) parece una antología de textos, a la luz de la Fe, es *un solo libro* que tiene una sola fuente de origen: Dios. Por lo tanto, los estudios que se realizan de la Biblia deben considerar seriamente esta unidad.
- c) Integridad: significa que Dios ha logrado alcanzar en la Biblia lo que pretendía perfectamente. A pesar de las limitaciones y defectos aportados por los autores humanos, Dios ha logrado dar la imagen exacta de sí mismo y de Cristo que quería transmitir.
- d) Sacramentalidad: se define a los sacramentos como un signo visible de Dios invisible; Son encuentros con Dios en Cristo. La Biblia ofrece esta oportunidad cuando rezamos con ella²⁸.

²⁷ AAVV. *Diccionario de...* op. cit., p. 906-907.

²⁸ Por ejemplo: *Lectio Divina* que es un modo de oración a partir de la meditación profunda de la Biblia. También con la Liturgia de las Horas, toda la Iglesia se une en oración a Dios, cuya característica es rezar con la misma Palabra de Dios.

- 2) *Inerrancia*²⁹: en esta parte, sólo citaremos la DV 11: "...los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra". El tema lo desarrollaremos en el próximo punto: "Verdad en la Biblia y su interpretación".

5. Verdad e Inerrancia en la Biblia. Consideraciones generales para su interpretación

El problema de la **inerrancia** (en sentido negativo) o **verdad** (en sentido positivo) en las Sagradas Escrituras es sumamente complejo de dilucidar. Ésta ha traído, a lo largo de la historia, muchos conflictos que no han tenido fácil solución y que repercutieron fuertemente dentro de la vida de la Iglesia.

Esta cuestión, íntimamente ligada a la interpretación de los Libros Sagrados, lleva a cometer errores que pueden terminar con la fe de las personas, llevar a tener comportamientos morales contrarios al espíritu católico y -por qué no- generar una guerra. Muy por el contrario, una buena interpretación del hecho de la inerrancia puede llevarnos a una profunda vida espiritual. Por lo tanto, consideramos que un católico que cree en la Inspiración del Espíritu Santo y en la Verdad del mensaje Bíblico debe aprender a dar razón, en nuestros días, de su propia Fe.

Encuentros cercanos del tercer tipo

Leer: Ez 1,4-17

En un teatro de Capital Federal, un señor se dedicaba a hablar de la vida extraterrestre y mostrar, desde distintas fuentes, los encuentros con extraterrestres que hubo en la historia. La cuestión es que no tardó mucho para llegar a la Biblia y encontró en el pasaje del profeta Ezequiel uno de las descripciones más claras sobre el tema expuesto.

El ser descrito en el libro de Ezequiel no es una figura que conozcamos (luego no es humana), su apariencia no parece ser de este planeta. El modo en que se manifiesta consiste en venir en una nave (carro) que destella fulgores de electro en el desierto... etc.

²⁹ *Inerrancia* es la carencia de error en la Biblia.

El origen del Mundo y del Hombre

Leer: Gn 1-4

Gn 1-2: El relato de la creación del mundo trae conflictos con las ciencias naturales. El origen del mundo en seis días no coincide con las teorías sobre el tema, aunque algunos quisieron ver en cada día de la creación eras de millones de años; igualmente, no encontramos una solución. Por lo tanto ¿es bueno desechar el relato?

El origen del hombre de arcilla del suelo y agua no condice con las hipótesis de la evolución y el Papa Juan Pablo II declaró que la teoría evolucionista es algo más que una hipótesis.

Si en Gn 1,27 Dios crea al ser humano varón y mujer, ¿por qué vuelve a crear de arcilla del suelo (en Gn 2,7-ss) al hombre y de una costilla a la mujer? ¿Se debe descartar la Creación del hombre?

Ni hablar del capítulo 3, que nos habla de la Caída cuando aparece una serpiente que habla, del pecado original que es comer el fruto de un árbol, del castigo que Dios impone al hombre. ¿No era que Dios es Bueno y no castiga?

Así pasa con los primeros once capítulos del Génesis, donde encontramos una dificultad tras otra, como el problema del Arca de Noé (imaginen el tamaño del arca para que pueda entrar una macho y una hembra de cada especie) o la Torre de Babel (cap. 9-11).

Cuando de Atrocidades se Habla ¿Palabra de Dios?

Leer: Jos 11,14-ss

¿Qué explicación podemos dar a que se mate a toda la población (jerem) de los territorios conquistados por Israel para cumplir la voluntad de Dios?

Leer: Hch 15,20

Abstenerse de sangre, por lo tanto, ¿podemos recibir sangre?, ¿no va en contra de la voluntad de Dios recibir una transfusión de sangre como sostienen los Testigos de Jehová?

Al Final, ¿de dónde viene?

Leer: Mt 1,1-16 y Lc 3,23-38

Al leer las dos genealogías de Jesús, nos encontramos con diferencias grandes en el origen de ellas. En definitiva, ¿por qué no se ponen de acuerdo los Evangelios en el origen de Cristo?

Primera Conclusión

Bajo ningún aspecto deben dudar de la Biblia. No tienen que dudar de lo que verdaderamente creen (de su Fe recibida). En principio, sabemos que la Sagrada Escritura es inspirada en *todos* sus pasajes, de principio a fin, nada de ella queda excluido del influjo del Espíritu Santo sobre los autores sagrados o hagiógrafos.

Se entiende que los pasajes que mostré presentan dificultad. No son los únicos en la Biblia. En cada versículo de un libro como el Apocalipsis, nos encontramos con el problema de creer o no lo que dice: ¿a dónde nos lleva todo esto?

Para eso estudiaremos, primero, la **cuestión de la inerrancia**; luego, cuáles son los parámetros que se utilizan para interpretar las Escrituras (hermenéutica y exégesis); y por último, cómo se pueden interpretar algunos de los pasajes que mencionamos más arriba.

5.1. Verdad en la Biblia

Comencemos con la inerrancia bíblica. Sabemos que la Escritura es inspirada en todos sus libros, en todas sus partes, no podemos decir que hay partes que no son de Dios, que no son inspiradas, que son puramente humanas, el mismo término *canon* es norma de la verdad³⁰. Además, debemos saber que Dios no puede engañarnos, ya que Él es la Verdad y lo impide su misma Bondad.

El Concilio Vaticano II, en la DV 11 dice claramente: “Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros **para salvación nuestra**”.

³⁰ MANNUCCI, V, *La Biblia como Palabra de Dios, Introducción general a la Sagrada Escritura*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1995, p. 225.

De esto se puede concluir³¹:

- 1) La interpretación de la Biblia debe tratar ante todo de descubrir y explicar la Revelación y la realidad salvífica que Dios nos ha comunicado en Jesucristo; en ella, se encuentra la Palabra de Salvación.
- 2) Se debe tener en cuenta lo que Dios quiere dar a conocer cuando inspira y la intención del hagiógrafo que escribe. Es decir, que se debe leer a la luz de la Voluntad divina de comunicar la **Verdad Salvífica**.
- 3) No se debe pensar que existe una división en la Escritura (una parte inspirada sin error, y otra no inspirada expuesta a error). Lo que enseña es que la Verdad revelada es **para nuestra salvación** (ésta es su especificación formal), y toda la tarea exegética (de interpretación) se debe orientar a encontrar y descubrir esta Verdad salvífica, el plan salvífico de Dios. ésta es la intención formal tanto de Dios como del autor humano inspirado.

En definitiva, ¿qué pasa con las críticas que muchas veces se hacen desde los ámbitos filosófico-metafísicos, de las ciencias naturales o de la historia?

Grillmeier, dice: “Para juzgar sobre la verdad de estos contenidos (de la realidad profana) no se debe partir de su realidad profana aislada, sino desde el punto de vista específico de cómo y en qué medida se realiza en ellos el objeto formal de la inspiración...Comunicar la verdad salvífica...”³²

Entonces, podemos decir que las verdades metafísicas, científicas o históricas (profanas) adquieren un carácter salvífico. Se pusieron en consideración a la salvación del hombre y no contienen error porque contienen la Revelación salvífica de Dios o se relacionan, en mayor o menor medida, con este actuar divino.

“Las afirmaciones reveladas saludables en sentido propio, o también naturales constatables, son como tales esencialmente inerrantes; el resto tiene, respecto a la verdad revelada para nuestra salvación, una función de servicio; es medio o marco de las

³¹ Cf. Idem, p. 236-237.

³² Idem, p. 238.

verdades propiamente pretendidas y por ello participa de la inerrancia sólo en virtud de este servicio a la Palabra de Dios en el sentido propio y verdadero”³³.

Según Manucci, podemos distinguir:

- **Verdades saludables reveladas:** aquellas verdades que hacen referencia directa a nuestra salvación o a Dios mismo y son esencialmente inerrantes; por ejemplo, Ex 3,14: “Yo soy el que soy”, o Jn. 1,14: “y el Verbo se hizo carne y puso su Morada entre nosotros”, etc.
- **Verdades naturales:** aquellas verdades que hablan de los ámbitos no pertenecientes directamente al objeto formal de la inspiración. En estas últimas, algunas son verdaderas, y las otras lo son en cuanto configuran el marco o medio de las verdades directamente salvíficas, es decir, sirven para dar a conocer la Palabra de Dios³⁴. Por ejemplo, el hecho de que Dios haya creado el mundo en seis días es verdad en tanto esa imagen nos sirve para conocer que Dios es el Creador de todas las cosas; si alguien quisiera interpretar Gn. 1 desde las ciencias naturales, no sería la Sagrada Escritura la que contiene error, sino que sería el intérprete en tanto no respetaría el objeto formal de la Escritura: la Verdad salvífica.

En conclusión, los versículos de la Biblia que leyeron anteriormente comienzan a dar un giro grande. Sabemos que no se puede decir cualquier cosa al interpretarla, antes bien debemos buscar esta especificación formal: ***la Verdad para la salvación.***

5.2. La Interpretación de la Biblia

“La Escritura debe ser leída con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV12)

En la DV 12, encontramos algunas condiciones a tener en cuenta para una correcta interpretación de la Biblia:

³³ Idem, p. 238.

³⁴ Cf. Idem, p. 238.

- 1) Estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con esas palabras.
- 2) Tener en cuenta los géneros literarios, porque la Verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole.
- 3) Considerar el tiempo y la cultura, por medio de los géneros literarios propios de la época.
- 4) Reparar en el modo de pensar, de expresarse y de narrar, así como en las expresiones que se usaban en las conversaciones ordinarias.
- 5) La Biblia se debe leer con el mismo Espíritu con fue escrita, teniendo en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición de la Iglesia y la analogía de la Fe.
- 6) Todo lo que los exégetas estudian (los que aplican estos criterios para la interpretación de la Biblia) queda sometido al juicio definitivo del Magisterio de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios.

Podemos aclarar previamente dos términos: **hermenéutica y exégesis**.

La **hermenéutica** consiste en los principios según los cuales debe interpretarse la Biblia; la **exégesis**, en la aplicación práctica de aquellos principios. Hoy en día estos términos se utilizan, muchas veces, como sinónimos.

La tarea exegética o de hermenéutica implica interpretar las Sagradas Escrituras según indicamos más arriba, citando a DV 12. Se busca descubrir tanto los sentidos literales (lo que el autor humano quiso decir con el texto) como los supraliterales (lo que el Autor divino por medio del humano nos dijo).

Para realizar la exégesis, se deben aplicar los principios de interpretación que se utilizan para cualquier otro texto. En primer lugar, hay que establecer el texto genuino con toda la exactitud posible, sobre la base de testimonios textuales o de conjeturas críticas. Luego hay que encuadrar el texto en su contexto, con lo cual se utilizan textos paralelos, antiguas versiones, los comentarios de más autoridad, etc.

Lo más importante es que el intérprete (o exégeta) tenga en cuenta el género literario, la época y el lugar de composición, la ocasión, la finalidad y las fuentes del texto, así como la condición, la cultura, la mentalidad del autor y el pueblo al que pertenece. Para esto, se cuenta con ciencias auxiliares: filología, historia, literatura, geografía, arqueología, etc. Se deben tener muy en cuenta estos medios ya que la literatura del Antiguo Oriente se halla mucho más alejada de nuestra mentalidad moderna que la literatura clásica grecorromana³⁵.

Por tanto, existe la necesidad de hacer una investigación exegética seria. El Concilio Vaticano II nos dice que Dios nos ha hablado por medio de hombres y de forma humana (DV 2.12) y que hay que descubrir lo que tanto Dios como el autor humano (hagiógrafo) quisieron decir.

Esto se desprende de la naturaleza misma de la Inspiración. Recuerden que los autores sagrados son verdaderos autores (DV 11) y es necesario entender debidamente lo que ellos quisieron decirnos para llegar a comprender lo que Dios ha comunicado a todos los hombres en un lenguaje completamente humano.

La tarea del intérprete exige de suyo la necesidad de la crítica textual, literaria e histórica:

- Por medio de la **crítica textual**, se reconstruye el texto lo más próximo posible al original.
- A través de la **crítica literaria** se estudia el lenguaje humano de la Biblia y las formas literarias empleadas por los hagiógrafos de acuerdo con su personalidad, con sus fines didácticos y con el ambiente histórico y cultural en el que vivieron. Desde aquí se descubre no sólo el interés apologético por las dificultades planteadas en diferentes textos bíblicos, sino también, en sentido positivo, el sentido teológico pretendido por Dios. Por la crítica literaria, se conocen los géneros literarios (las diferentes maneras en que es propuesta la verdad en los textos y escritos de diversas índoles).
- Desde la **crítica histórica**, “no sólo se sitúa al libro en su ambiente (autor, fecha de composición,

³⁵ Cf. AAVV, *Diccionario de...* op. cit., p. 670-671.

autenticidad literaria, etc.), sino que se trata también de descubrir el valor histórico de aquello que el texto narra, de reconstruir la historia de los dos Testamentos, con la precisión que hacen posible los métodos de la crítica histórica moderna”³⁶.

Vale aclarar que el intérprete de la Biblia no es un simple historiador que estudia el texto únicamente como fuente histórica. Emplea la crítica histórica como instrumento para llegar al significado del texto que narra los sucesos salvíficos del pasado. Recordemos que Dios se reveló en la historia y a través de la historia (DV 2), y la historia descrita en la Biblia es *Historia de la Salvación*.

“La Escritura debe ser leída con el mismo Espíritu con que fue escrita”, es lo que nos aclara el Concilio. Esto vale tanto para los lectores como los intérpretes de la Escritura. Ella nació bajo el influjo del Espíritu Santo, por lo cual debe ser leída e interpretada en el Espíritu Santo. Esto significa una docilidad ante Dios oculto en las palabras inspiradas. En la Biblia, se transparenta el Misterio de Dios Vivo, no una simple historia de los hombres, sino cómo Dios busca al hombre; por lo tanto, para descubrir al Señor es necesario entrar en el ámbito del Espíritu para dejar que eleve el alma hacia Él, para que podamos indagar y escuchar su palabra con Fe.

El quinto punto que señalamos más arriba (de DV 12), nos da tres criterios concretos para la hermenéutica teológica:

- 1) ***El contenido y la unidad de toda la Escritura:*** AT y NT forman un todo único, a pesar de todo su proceso histórico de compleja redacción. Como se aclaró en el tema anterior (Verdad en la Biblia), se debe hablar de la Verdad de cada uno de los textos bíblicos dentro del conjunto de todo el mensaje bíblico.
- 2) ***La Tradición viva de la Iglesia:*** decir que hay que tener en cuenta la Tradición de la Iglesia para la interpretación de la Biblia significa que la Escritura se debe interpretar ***en la Iglesia***, ya que nace en ella y constituye una de sus fuentes fundamentales. Como dijimos anteriormente, la Iglesia es

³⁶ MANNUCCI, V. *La Biblia como...* op. cit., p. 295.

depositaria de la Revelación, con lo cual el Espíritu Santo actúa en las dos y las hace connaturales³⁷.

Cuando hablamos de la Iglesia, lo hacemos en sentido católico, no hacemos referencia a otra más que a la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, fundada por el mismo Cristo, del cual Él es Cabeza. Para la correcta lectura de la Escritura, se deben tener en cuenta todos los componentes de la Tradición: las afirmaciones de los Santos Padres que atestiguan la vivificante presencia de la Tradición, en el período más cercano a los orígenes cristianos; la reflexión y el estudio de todos los creyentes, los cuales meditan en su corazón las cosas y las palabras transmitidas, y también la profunda inteligencia que les proviene de la experimentación de las cosas espirituales; la prédica de aquellos que con la sucesión apostólica han recibido un carisma seguro de verdad (Magisterio)³⁸

Así la Tradición se convierte en norma y regla de la interpretación exegética. Mannucci aclara: “Mantenerse en el contexto de la Tradición significa, hermenéuticamente hablando, aceptar una determinada comprensión de la persona y del acontecimiento de Jesucristo, cumplimiento de la Revelación, tal como se desarrolló en el determinante y autorizado comienzo de la comunidad apostólica y tal como se ha desarrollado con autoridad propia a lo largo de la tradición post-apostólica. Aceptar esta comprensión no para detenerse en ella, sino para adoptarla como punto de referencia necesario para cualquier ulterior desarrollo de la comprensión³⁹. Toda interpretación queda finalmente reservada a la aprobación del Magisterio de la Iglesia que “no es superior a la Palabra de Dios sino que está a su servicio, enseñando únicamente aquello que ha sido transmitido... (siendo) su oficio interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida” (DV 10).

3) La analogía de la fe: es la conciencia de la unidad de la Revelación y de la fe de la Iglesia. Todas las expresiones de la Revelación y de la fe se hallan estrechamente coordinadas

³⁷ Tanto la Iglesia como la Escritura tienen un origen divino, proceden de Dios, por ello se dice que son connaturales.

³⁸ Cf. DV, 8.

³⁹ MANNUCCI, V. *La Biblia como...* op. cit., p. 300.

y se iluminan mutuamente; toda expresión, por lo tanto, debe ser considerada a la luz de las otras y vinculada con ellas, si se la quiere entender correctamente y mantener abierta a una comprensión más profunda.

5.3. Los Géneros Literarios

Es necesario hacer una referencia explícita al tema de los géneros literarios, asunto que se ha convertido es una tarea encomendada a los exégetas con carácter de obligación por Pío XII en la encíclica *Divino Afflante Spiritu*.

Se entiende por **género literario**, “las formas o modos de expresión de que se sirven, para expresar su pensamiento, las gentes de una época determinada y un país determinado”⁴⁰. En la Biblia, no hallamos nuestras formas de expresión, sino las que eran propias de las personas del antiguo Oriente. Esto hace que su descripción deba hacerse de acuerdo a un estudio de la literatura de aquella época y lugar.

Todo género literario encierra un modo particular de expresión de la verdad y, por tanto, ésta debe ser buscada por métodos adecuados al género en cuestión. De ahí que una condición necesaria para la correcta exégesis de un libro o fragmento sea determinar las peculiaridades y leyes de dicho género.

De acuerdo a los géneros literarios se clasifican los libros de la Biblia, vean el índice de una, y encontrarán libros históricos, legales, sapienciales, epistolares, proféticos, etc.

Los principales géneros literarios son:

- a) **Historia:** tiene forma de relato, real o imaginario. Incluye narraciones populares, leyendas, sagas, cuentos. También nos encontramos frente a relatos de hechos ocurridos, acontecimientos cotidianos, crónicas que se registraban por escrito.
- b) **Ley:** Son textos que recogían normas o costumbres por las que se regía el pueblo. Es una exigencia de la alianza con Dios.

⁴⁰ AAVV, *Diccionario de...* op. cit., p. 746.

- c) Profecía: revela la existencia de un mensajero que, en este caso, sabe que habla a los hombres en nombre de Dios e inspirado por su Espíritu. El profeta, además de la palabra, se vale de la acción simbólica para expresar la acción de lo quiere decir.
- d) Lírica: Expresa o pretende expresar sentimientos, vivencias interiores, pasión, amor. Su lenguaje tiende al simbolismo que expresa mejor las vivencias de carácter poético y religioso
- e) Sabiduría: son narraciones de experiencia de vida. Reflexiones sobre diversas realidades de la vida, sobre los grandes interrogantes de los hombres, formulados por sabios y pensadores.
- f) Cartas: son escritos enviados por un remitente a un destinatario que puede ser una persona o una comunidad. Sus contenidos son muy variados. Este género es de gran importancia en la Biblia, sobre todo en el NT.
- g) Apocalíptica: Muy ligada a la profecía, es el relato de las revelaciones obtenidas mediante visiones y sueños, expresados de forma enigmática y simbólica. Contiene un mensaje de esperanza, a pesar de las imágenes a veces usadas, ya que al final siempre se encuentra la victoria de Dios sobre el mal.

Cada género literario a su vez tiene subgéneros de los cuales daremos algunos ejemplos⁴¹:

- Histórico:
 - Poético popular (abundantes ejemplos encontramos en el libro del Gn)
 - Informativo (libro I y II de Reyes, Crónicas)
 - Anuncio (Evangelios, Hechos de los Apóstoles)

⁴¹ SÁNCHEZ CARO, JM y otros, *La Biblia Didáctica*, España: Ed. SM-PPC Consulta., 996, p. 12-13.

Antropología Teológica - Ramos

- Ley:
 - Ley apodíctica (el caso de los 10 mandamientos en Ex 20, 1-17)
 - Ley casuística (Ex 21)
 - Saber sacerdotal (Lv 11-16)
- Profecía:
 - Oráculo o Palabra de Dios: que puede ser de denuncia (Is 1,2-3), o de anuncio (Is 2,1-ss)
 - Palabra del Profeta (Am 4,1-3)
 - Relato biográfico (Os 1.3)
- Lírica:
 - Cantos oracionales (los Salmos)
 - Cantos de amor (Cantar de los Cantares)
 - Elegías (Lamentaciones)
- Sabiduría:
 - Sentencias y poemas didácticos (Proverbios)
 - Diálogos y Relatos (Job)
 - Tesis (Eclesiastés y Job)
- Cartas:
 - Proféticas (Jr 29)
 - Reales (1Re 21,8)
 - Temáticas (Hb)
 - Acción apostólica (el corpus paulino, por ejemplo Fl)
- Apocalíptica:
 - Visiones, sueños e interpretaciones (Dn 7-12 y Apocalipsis)
 - Cantos

- Relatos (Dn 1-6)

Con esto tenemos un panorama general de los géneros literarios necesarios para entender los diferentes libros santos.

Segunda Conclusión

Respecto de los pasajes bíblicos antes citados, podemos sacar algunas conclusiones.

Aquellos que los interpretaron no han tenido en cuenta ni la **verdad para la salvación**, ni la Tradición, ni la unidad de la Escritura, ni la analogía de la fe, ni el Magisterio, mucho menos las consideraciones de los géneros literarios, la época de escritura, el ámbito del hagiógrafo y tantas otras tantas cosas que enumeramos en este apartado...

No hace falta ser un perito literario o historiados para leer el don de la Sagrada Escritura, solamente hace falta tener cuidado con aquello que decimos fundados en ella. Es una fuente inagotable de vida espiritual y es una gracia para todos los cristianos el poder contar con ella, por lo tanto, siempre tenemos que tener como norte la intención de Dios al Revelarse: darse a conocer y llevarnos por el Hijo en el Espíritu Santo al Padre, para poder gozar de la bienaventuranza eterna.

En este capítulo, hemos dado algunas herramientas básicas para poder acercarnos a la lectura bíblica, y con ellas, poder llegar a un entendimiento más profundo de aquello que fue revelado, entrando así en el dinamismo profundo de la vida de la Iglesia, que es la comunidad que Cristo nos deja para llegar a la salvación eterna.

Breve Apéndice

No podemos dar por finalizado el capítulo sin antes hablar sobre algunos de los pasajes que tan mal hemos interpretado (o dudado). Por tanto, brevemente les daré algunas consideraciones que hace la exégesis para lograr entender la intención del pasaje.

La exégesis no es la palabra de Dios ni es la voz del Magisterio de la Iglesia, solamente es una herramienta para que, a través del estudio, se pueda profundizar en el conocimiento de la Palabra. En definitiva, ella puede estar sujeta a error, como toda ciencia humana, pero en la investigación se quiere encontrar el

misterio de Dios manifestado a los hombres. Todo lo que afirme la exégesis queda sometido al juicio definitivo del Magisterio de la Iglesia.

Hablaremos de tres pasajes: el del profeta Ezequiel, el de Hechos de los Apóstoles y finalmente las genealogías de Jesús de Mateo y Lucas.

Ez 1,4-17

El profeta Ezequiel vivió en el siglo VII a C, en la época del destierro. Él utiliza un género literario apocalíptico para su libro, la característica del género es ser sumamente simbólico y complejo de analizar (aunque no tanto para las personas de su época que conocían bien la simbología); siempre trae un mensaje de esperanza: Dios vence a los enemigos de Israel.

Los dos datos que tenemos son la época y el género literario. Si observamos las imágenes del AT, nos encontramos que lo descrito por Ezequiel coincide con los querubines, ángeles custodios de lo sagrado. Antiguamente, se creía que Dios estaba presente en el carro llevado por estos ángeles. Sus estatuas se encontraban en el interior del Templo de Jerusalén.

El aspecto de estos seres dan temor, y justamente eso se busca; el ángel muestra la presencia de lo Divino, y frente a lo Divino, se tiene el santo temor, la reverencia (como las gárgolas de las catedrales, su aspecto a veces demoníaco no hace más que mostrar la custodia feroz de lo sagrado).

La cuestión es ver si Ezequiel estaba mirando los querubines o estaba queriendo significar otra cosa. Aquí es donde la correcta interpretación basada en el género literario juega un papel capital. Supongamos que en el capítulo primero el profeta quiere mostrar la presencia del Dios de Israel en medio del pueblo, por eso, utiliza un modo de narrar que sólo los Israelitas desterrados comprenderían.

De todos estos datos sueltos decimos:

- 1) No son extraterrestres los seres descritos por Ezequiel (eso es evidente para los que conocen un poco el AT).
- 2) La descripción coincide con los querubines, cuyo significado es bendecir a Dios.

- 3) Por el género literario, Ezequiel más que ver ángeles, utiliza un recurso literario que manifiesta claramente la presencia de Dios en el desierto: “era algo como la forma de la gloria de Yahveh” (Ez 1,28) y que le da un mensaje, una misión Profética: “Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas...” (Ez 2,3). Importante es el lugar en que se manifiesta Dios: el desierto, lugar de encuentro con Dios como lo fue en el éxodo.

Etc., Etc.

Comprenden cómo no nos podemos quedar sólo con los versículos que leyeron, sino que debemos ver la unidad de la Escritura, la presencia de estos seres en otros pasajes (Gn. 3,24; Ex. 25,18; I Re. 6,23-28), leer que es lo que antecede y sigue la cita, la historia de Israel, las imágenes...

Hch 15,20

Uno de los problemas más graves de mal interpretar este pasaje es que le cuesta la vida a miles de personas que se ven imposibilitadas de recibir transfusiones de sangre. Tal inconveniente se nos presenta con la conocida secta *Testigos de Jehová* o de *la Iglesia de los santos de los últimos días*, que insisten en interpretar al pie de la letra la Biblia.

Veamos que nos puede decir un poco de sentido común y conocimiento de historia.

Primero debemos aclarar que el capítulo 15 de Hechos de los Apóstoles son las actas de los concilios⁴² de Antioquia y de Jerusalén. El pasaje que leyeron hace referencia al último.

Dos posturas se ponen en juego: la de los judaizantes, que pretendían que los gentiles (mundo pagano) para bautizarse debían convertirse primero al judaísmo, “convertirse primero a Dios” es la expresión que se usaba. Esto implicaba poner bajo la ley de Moisés a los paganos, cumplir con 635 preceptos, entre ellos el de la circuncisión, cosa horrenda para el mundo gentil. La consecuencia era que no se podían convertir a Cristo sin antes ser judíos como Él, y esto llevó a que muchos no quisieran bautizarse.

⁴² También se llama *controversia*, ya que se juntaban los apóstoles para solucionar los inconvenientes que se presentaban en la vida pastoral.

La otra postura, no judaizante (cuyo mayor exponente fue San Pablo), decía que no era necesario circuncidarse para bautizarse, la fe es condición suficiente para la conversión a Dios y a Cristo. Este planteo hacía que el mensaje cristiano se abriera rápidamente al mundo entero y sobrepasara los límites de Israel.

Algo preocupaba a todos: la idolatría en la que estaba inmersa el paganismo, con los rituales que realizaban para adorar sus falsas divinidades, por ejemplo, el sacrificio de animales inmolados para sus ídolos, durante los cuales se comía la carne y la sangre de esos animales.

Por tanto, Santiago, obispo de Jerusalén, sugirió una norma básica para evitar la idolatría que era algo inaceptable para el mundo judío. Cuando decía abstenerse de sangre, nada hablaba de transfusiones, sino de no ingerir sangre de los animales sacrificados a los ídolos. Aclaremos que el hecho de tomar sangre de animales no es un rito fuera de lo común, es más, lo cristianos lo hacemos cuando en el sacramento de la Eucaristía recibimos el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué opinan ahora de lo que sostienen los Testigos de Jehová? Evidentemente, la interpretación de ese pasaje no es correcta, está descontextualizada y muy lejos de la intención de los autores.

Mt 1,1-16 y Lc 3,23-38

Las genealogías de Jesús tienen un significado muy importante para la vida pastoral de las primeras comunidades cristianas. En ambos Evangelios, se explica el origen de Aquel que vino a salvarnos para ubicar a los que se bautizaban en dónde está su raíz.

Comencemos entonces con la tarea exegética:

- 1) Los Evangelios se escribieron con un fin catequético: enseñar a los fieles los hechos y palabras de Jesús. Nacen para conservar a través del tiempo el mensaje salvífico traído por el Mesías. Por tanto, no se puede leerlos con si fueran libros de historia científica (como entendemos esta ciencia hoy en día); ahora, no por esto se puede negar su carácter histórico.

- 2) El fin pastoral de los Evangelios nos remite a considerar para quién fueron escritos. Cuando uno hace un Catecismo, en lo primero que se fija es a quién va dirigido, y según la realidad y la necesidad de los destinatarios, se selecciona el material y se organiza el contenido, se usará un lenguaje determinado y un modo de enseñar (lo mismo que señalamos en el apartado: "Interpretación de la Biblia").
- 3) Finalmente, la pregunta: ¿por qué Mateo une la ascendencia de Jesús con Abraham y Lucas lo hace con Adán (e Hijo de Dios)? La respuesta es sencilla teniendo en cuenta la totalidad y unidad de la Escritura (sobre todo de los Evangelios y sus destinatarios): Mateo escribe para las comunidades judías, por lo tanto, necesita demostrar la legitimidad de Jesús como Mesías (esto implica decir que descende de David) y su pertenencia al Pueblo de Dios (es decir, hijo de Abraham). No hace falta dar más explicación que ésa para que comprendan quién es Cristo.

En cambio Lucas escribe para los paganos que nada conocen de Abraham y David, por lo tanto, pone el origen de Cristo en Adán, es decir, todo el género humano, mostrando con esto la universalidad de la salvación traída por Él.

No sólo por este pasaje nos damos cuenta los destinatarios de los Evangelios, sino porque todo en ellos está escrito según un modo específico.

En esta síntesis, vemos cómo se aplica la exégesis para interpretar la Escritura, teniendo en cuenta los diferentes factores para encontrar lo que los autores quisieron decir y lo que Dios quiso dar a conocer con dichos libros.

Capítulo 2 El lugar del hombre en el mundo

1. El significado de “crear”

No se puede entender al hombre sino es en el contexto de toda la Creación. El hombre es parte de ella y tiene una misión que cumplir respecto de los otros seres. Por este motivo, es que vamos a intentar ahora explicar la visión teológica del cosmos, con el fin de comprender el lugar que en él ocupa el hombre.

La noción de **creación** es uno de los conceptos más propios del cristianismo; se refiere al origen que tienen las cosas. Vamos a empezar, entonces, por el concepto de “creación” en sentido cristiano para continuar analizando el pensamiento de aquellos que se oponen a esta idea.

La palabra **creación** puede tomarse en diversos sentidos:

- a) en un sentido amplio, cuando se refiere a la producción de un ser, y así se dice, por ejemplo, que el artista es un creador;
- b) en sentido metafórico, cuando se concede un cargo o dignidad a una persona;
- c) en sentido estricto, cuando se refiere a la acción divina de producción de cosas de la nada. Este último sentido es el que trataremos nosotros.

La Creación se produce cuando una cosa, totalmente inexistente (es decir, que no existe ni en acto ni en potencia, ni en forma), recibe, de una causa eficiente, todo el ser.

En efecto, todo cuanto existe tiene su razón de ser en sí mismo o en otro ser. Si existe por sí mismo, entonces existió siempre: es Dios. En cambio, si ha recibido de otro la existencia, entonces, en algún momento, ha comenzado a existir por emanación, por generación, por transformación o por creación⁴³.

- **Por emanación:** se da cuando la cosa producida recibe del emanante (la causa eficiente) una parte de su mismo ser.

⁴³ Seguimos en esto a PIOLANTI A. *Dio nel mondo e nell'uomo*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1994, p.22 ss.

- **Por generación:** se da cuando el engendrado recibe del que engendra (causa eficiente), por medio de una operación vital, su misma naturaleza específica, sea por causalidad eficiente o sea por causalidad material. Por lo tanto, la generación es el origen que un ser tiene de otro al que está unido por la semejanza de naturaleza; por ejemplo, los perros engendran perros, y no conejos, es decir, hay semejanza de naturaleza entre el engendrado y el engendra.
- **Por transformación:** se realiza cuando un ente que ya existe, bajo el influjo de una causa eficiente, sufre una mutación que puede ser accidental (por ejemplo, un cambio de lugar) o formal (cuando pasa a tener una forma distinta, por ejemplo, la leña, después de quemarse, se transforma).

En todos estos casos, se da por supuesta la existencia de un ser. Éste es el punto en el que estos conceptos difieren del de **creación**. En esta última, **la causa eficiente no requiere la preexistencia de ningún sujeto, de ninguna materia**.

De esta forma, precisando el concepto de creación, podríamos definirla también como el pasaje del no ser al ser⁴⁴.

Cuando en la Teología cristiana se afirma que Dios crea las cosas, no se sostiene que algo salga de Dios hacia fuera, esto es, una emanación de la sustancia divina; ni se dice tampoco que Dios transforme una materia eterna preexistente, sino que se afirma que las cosas salen de la nada y es Dios la causa única de toda la realidad, siendo ésta distinta de Él.

Así podemos agregar una nueva definición al **concepto de creación**: **“Es la producción de una cosa de la nada de sí y de**

⁴⁴ SANTO TOMÁS dice así: «Si se considera la emanación de todo el ser universal respecto a su primer principio, es imposible presuponer algún ser a esta emanación. Ahora bien, “la nada” es lo mismo que la negación de todo ser. Por tanto, como la generación del hombre se hace del no-ser que es no-hombre, así la creación que es emanación de todo el ser, se hace del no-ser que es la nada» (SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I, q. 45,a.1).

un sujeto”⁴⁵. La nada es el no-ser, aquello que no existe, por lo tanto, no puede ser causa material de una cosa. Por esta razón, cuando se dice “de la nada” es para indicar que no existe ningún tipo de presupuesto previo. Y en esta definición se agrega “de un sujeto” para indicar que en esta producción se parte no sólo de la nada de un ser en sí, sino de la nada de otro ser, es decir, que no es la tarea que realiza el escultor que saca de un mármol existente una forma nueva.

De todo esto podemos deducir que **no se da creación** en los siguientes casos:

- a) cuando el Verbo Eterno, el Hijo de Dios, es engendrado por el Padre, porque en este caso, la procesión no sale fuera de la sustancia divina;
- b) en el caso de la transformación del pan en Cuerpo de Cristo y del vino en su Sangre durante la Santa Misa porque, en este caso, se parte de una materia;
- c) cuando Dios infunde su gracia en el alma de un hombre, porque lo sobrenatural es siempre accidental al hombre.

Así podemos agregar una **nueva definición de creación: “Producción de una cosa según su sustancia”**. Lo que se produce no es un cambio de accidentes, sino el ser mismo de una cosa, es decir, esa cosa que no existía ahora existe, y esta acción sólo la puede realizar Dios⁴⁶.

Hay tres hipótesis que rechazan el concepto de creación que acabamos de definir. Estos **errores** son:⁴⁷

- a) **El dualismo**: se define como tal el sistema que admite dos principios supremos, diversos y opuestos, de los cuales se origina toda la realidad. Los orígenes de

⁴⁵ SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I, q 46, a.1-2.

⁴⁶ Idem a.5: «El efecto propio de Dios al crear es algo que se supone anterior a toda otra acción, es decir, el ser en absoluto. Por consiguiente, ninguna causa puede obrar dispositivamente e instrumentalmente en la producción de este efecto, ya que en la Creación no se presupone materia alguna que pueda disponerse por la acción del agente instrumental».

⁴⁷ Cf. PIOLANTI A. *Dio nel mondo...* op. cit., p. 27 ss.

este pensamiento se hallan en el *mazdeísmo* (antigua religión persa) que sostiene la existencia de un principio del bien y otro del mal y se continúa en los filósofos griegos; así por ejemplo, Pitágoras trataba de explicar las cosas por antítesis numérica; Empédocles, por la lucha entre el amor y el odio; Anexágoras, por la oposición entre la materia y la mente ordenadora; finalmente, Platón, por el contraste entre materia y mente suprema. Esta explicación dualística del mundo pasa al ambiente cristiano a través del *gnosticismo*, que consiste en un movimiento pseudoreligioso, sincretista, que adhiere al maniqueísmo⁴⁸. A lo largo de la historia del cristianismo, por una equivocada exageración de lo espiritual sobre lo material, se repitieron estas ideas dentro de los grupos de sectas herejes, como los cátaros (medievo). En todos estos casos, se desprecia la materia y el cuerpo del hombre como algo de poco valor o incluso pecaminoso.

b) **El materialismo**: sostiene que todas las cosas dependen solamente de la materia, la cual existe desde toda la eternidad y que se desarrolla indefinidamente. Los primeros en sostener esta tesis fueron los pensadores griegos (siglo VI a.C.). Así, para Tales de Mileto la materia primordial y única es el agua; para Anaximandro, el elemento original es lo indeterminado (*apeiron*) y para Anaxímedes, el aire que se convierte en fuente de todas las demás cosas. Sin embargo, el más importante entre ellos es Demócrito (siglo IV a.C.), quien afirmaba que el mundo resulta de la composición de muchos cuerpos minúsculos (átomos), infinitos, eternos e inmutables que se agitan en el vacío y que se combinan dando origen a diversos cuerpos. El materialismo, como pensamiento filosófico reaparece en los siglos XVII y XVIII con Hobbes, De la Mettrie, Voltaire, Diderot, etc. En el siglo XIX aparece nuevamente bajo la forma del *mecanicismo biológico*, pues se presenta a la materia atómica como el sustrato de todas las formas orgánicas. Particular importancia

⁴⁸ Mane sostenía la existencia de dos principios contrarios y coeternos.

tuvo la teoría de la evolución de Darwin y de Spencer. Por último, en el siglo XX, otra reedición de este pensamiento materialista se dio en la corriente materialista histórico-económica sostenida por Feuerbach., Marx y Engels, que dan origen al *comunismo*.

c) **El panteísmo:** consiste en la negación de la distinción entre Dios y el mundo, y este pensamiento adquirió distintas formas a lo largo de la historia:

- Panteísmo emanatista: Plotino (neoplatónico) afirma que existe el Uno, que es el primer principio y fuente de la realidad. Este Uno es incognoscible e inefable; su existencia se deduce únicamente por la intuición, como por una experiencia mística. De este Uno, emana también el Espíritu, que es múltiple en cuanto implica alteridad y relación, pero que se asemeja al Uno porque es una sola idea. De este Espíritu, a su vez, emana el “Alma Universal”, inferior aunque semejante al Espíritu; ésta es principio de vida en el mundo sensible e incluye en sí misma una multiplicidad indefinida de almas. Estas emanaciones concluyen en la materia, que es la negatividad absoluta, la pura potencialidad e indeterminación. A esta emanación que desciende por grados corresponde un retorno ascendente de las cosas al Uno puesto que toda sustancia contiene en sí misma a la inferior. Hay, por lo tanto, una única vida que invade todas las cosas. No existe siempre claridad en el pensamiento de Plotino con respecto a la naturaleza de este Uno que por momentos pareciera no identificarse con el mundo y por otro tiene una sola sustancia con él. Sin embargo, podemos decir que todas las cosas constituyen con el Uno una única sustancia.

- Panteísmo sustancial de Spinoza: Este filósofo sostiene que *la sustancia* es aquello que no tiene necesidad de otro para existir, es decir, es la autosuficiencia, lo absoluto, que tiene autonomía completa; por lo tanto, la sustancia es Dios y tiene

atributos infinitos como el pensamiento y la extensión. Las cosas que nosotros vemos son “modos” de la sustancia, modos que no existen en sí mismos y por sí mismos, sino sólo en la sustancia. No hay ninguna diferencia, entonces, entre las cosas y Dios.

- Panteísmo idealista: sostiene que el yo (la razón humana) no sólo ordena la realidad al conocerla, puesto que se le presenta de manera caótica, sino que es él mismo el creador de la realidad. El yo *trascendental* del cual surgen las cosas se desarrolla en un proceso dialéctico de tres momentos: tesis, antítesis y síntesis. Fichte continúa el pensamiento kantiano afirmando que el hombre no sólo pone las cosas al pensarlas, sino que tiene conciencia de que ellas son el no-yo como un producto de sí mismo. Con algunas variantes sobre este tema, también se hallan Schelling y el más grande de los pensadores idealistas, Hegel, quien identifica totalmente el ser con el pensamiento de manera tal que sólo lo ideal es real. Y esta *realidad ideal* se desarrolla en un devenir que es permanente y que se identifica con la sustancia divina. El hombre y las cosas no son más que momentos de ese devenir, manifestaciones de una única realidad divina. Es el punto máximo del idealismo y del panteísmo.

El magisterio de la Iglesia ha rechazado a lo largo de la historia estas hipótesis a las cuales considera como erróneas. De esta forma, en contra del dualismo, sostiene que Dios es el único Creador del cielo y de la tierra, es decir, de todas las cosas visibles e invisibles. Esto es lo que expresa al inicio del Credo: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra” (Símbolo Apostólico). Esta expresión de Fe se mantiene clara, sin confusiones, en todas las manifestaciones formales de Fe que acompañan los actos litúrgicos y en las enseñanzas de los primeros maestros de la Fe (Padres de la Iglesia). De manera particular, esta doctrina se hace explícita al rechazarse la postura de las sectas

maniqueas⁴⁹, en las cuales se niega la posibilidad de un principio creador que no sea Dios; o la afirmación de que el mal también tiene un principio absoluto. Lo mismo se halla en el rechazo que el Magisterio de la Iglesia hace de la postura de las sectas de los cátaros, los valdenses y los albigenses, reafirmando a Dios no sólo como Creador de las cosas espirituales, sino también de las corporales, sosteniendo que, hasta el mismo diablo, es creado por Dios como un ser que es bueno por naturaleza pero que luego se convierte en malo.⁵⁰

Contra el materialismo, no existe un rechazo directo, puesto que considera como un error banal el hecho de afirmar que sólo existe la materia.

Respecto del panteísmo, también son varias las declaraciones del Magisterio en las cuales se niega la posibilidad de admitir una confusión del Ser divino con el ser creado. Particularmente, se da esto en el Concilio Vaticano I (1870) en el cual se afirma que hay un solo Dios Creador que ha creado por su Bondad y Potencia infinita todas las cosas de la nada.

De esta manera, la enseñanza oficial de la Iglesia se mantuvo fiel al dato de la Revelación que enseña, en primer lugar, que todo procede de un solo Creador que no es de este mundo.

2. La Creación en la Biblia

En el inicio de la Sagrada Escritura, leemos el relato de la Creación y lo primero que nos llama la atención es el hecho de hallar allí dos versiones de ella. Esto no se debe a un error de repetición, sino al proceso de formación del texto sagrado. En efecto, sabemos que hay más de un autor que es inspirado por Dios y que el texto se forma a partir de tradiciones.

En un primer momento, existían los relatos orales que se transmitían de generación en generación (tradición oral). Más tarde, surge la necesidad de poner por escrito esos relatos, incorporando naturalmente los elementos propios del lenguaje de la época y la intención de los autores humanos.

⁴⁹ Cf. Concilio I de Toledo (año 400).

⁵⁰ Concilio IV de Letrán (año 1215) DS 800. Esto se repite en el Concilio de Florencia (año 1441).

Que el texto esté inspirado por Dios no significa que Dios lo dicte palabra por palabra, sino que Él ilumina sobrenaturalmente la inteligencia de un autor para escribir aquello que Él quiere revelar. El autor principal, entonces, es Dios; Él elige e inspira a algunos hombres para que pongan por escrito lo que quiere revelar, usando los elementos propios del lenguaje de la época a la que los elegidos pertenecen.

En la antigüedad, la autoría de un texto no se limitaba a una persona singular sino a un maestro, y se extendía a sus discípulos de manera tal que, si bien se atribuía el texto a un personaje principal, podía haber allí distintas manos que escribieran sin que esto significara falsificación de la autoría en el sentido moderno.

Los relatos de la Creación responden a dos líneas:

1- la tradición sacerdotal (capítulo 1 que transcribimos a continuación)

1- “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas.

“Dijo Dios: “Haya luz” , y hubo luz. Vio Dios que la luz está bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad, y llamó Dios a la luz “días”, y a la oscuridad la llamó “noche”. Y atardeció y amaneció: día primero.

“Dijo Dios: “Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras” . E hizo Dios el firmamento; y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios al firmamento “cielos”. Y atardeció y amaneció: día segundo.

“Dijo Dios: ”Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto, y déjese ver lo seco”; y así fue. Y llamó Dios a lo seco “tierra” y al conjunto de las aguas lo llamó “mares”; y vio Dios que estaba bien.

“Dijo Dios: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semillas y árboles frutales que den fruto, de su especie, con su semilla dentro,

Antropología Teológica - Ramos

sobre la tierra". Y así fue. La tierra produjo vegetación: hierbas que dan semilla, por sus especies, y árboles que dan fruto con la semilla dentro, por sus especies; y vio Dios que estaba bien. Y atardeció y amaneció: día tercero.

"Dijo Dios: "Haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años: y valgan de luceros en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra". Y así fue. Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día y el lucero pequeño para el dominio de la noche, y las estrellas; y púsolos Dios en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra, y para dominar en el día y en la noche, y para apartar la luz de la oscuridad; y vio Dios que estaba bien. Y atardeció y amaneció: día cuarto.

"Dijo Dios: "Bullan las aguas de animales vivientes, y aves revoloteen sobre la tierra contra el firmamento celeste". Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo animal viviente, los que serpean, de los que bullen las aguas por sus especies, y todas las aves aladas por sus especies; y vio Dios que estaba bien; y bendíjolos Dios diciendo: "sed fecundos y multiplicaos, y henchid las aguas en los mares, y las aves crezcan en la tierra". Y atardeció y amaneció: día quinto.

"Dijo Dios: "Produzca la tierra animales vivientes de cada especie: bestias, sierpes y alimañas terrestres de cada especie". Y así fue. Hizo Dios las alimañas terrestres de cada especie, y las bestias de cada especie, y toda sierpe del suelo de cada especie: y vio Dios que estaba bien.

"Y dijo Dios: "Hagamos el ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra.

Antropología Teológica - Ramos

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya., a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

“Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra”.

“Dijo Dios: “Ved que os he dado todas hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento.

“Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento”. Y así fue. Vio Dios cuanto había hecho , y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto”.

2- la tradición yahvista (capítulo2).

Este texto del primer capítulo presenta rasgos muy distintos respecto del texto del capítulo segundo. La razón de esto se halla en que se trata de escritores distintos. Aunque ambos piensan y escriben semíticamente, cuando Dios inspira, deja que la causa segunda (autor humano) intervenga también con sus propias cualidades humanas.

Génesis 1 presenta la Creación dentro de un contexto mucho más amplio; plasma el origen del cosmos desde la perspectiva de los habitantes del mar. Se trata de un relato progresivo, en el cual, en primera instancia, Dios separa y luego adorna. El relato consiste entonces en un proceso por el cual, del caos totalmente desordenado, surge un cosmos completo, ordenado y con un fin. Este cosmos tiene una forma ascensional, como si se tratase de un pirámide en cuyo vértice está el hombre; por eso, una vez creado éste, luego de haber alcanzado la plenitud de la obra, Dios descansa⁵¹.

⁵¹ Cf. GROSS H. “Exégesis teológica de Génesis 1-3”, en *Mysterium Saslutis*. Madrid: Cristiandad, 1992, vol II, p.355 ss.

En esta narración, encontramos la cosmovisión primitiva del antiguo Oriente, según la cual la tierra es un disco que flota en el mar cósmico, fijado con columnas a las raíces del mar. Debajo de la tierra, está el mundo inferior; por encima de ella, una bóveda celeste que la limita y retiene el océano celeste. En ella, están sujetas las estrellas y sus puertas son las que se abren con el diluvio. También hay que tener en cuenta la existencia de mitos en la antigüedad que trataban de explicar los orígenes del mundo; sin embargo cabe aquí distinguir entre la *mitología* como representaciones de la intervención de múltiples dioses, y el *lenguaje mítico* que es la forma de manejar símbolos e imágenes para relatar aspecto de la experiencia humana. Los autores bíblicos rechazaron la mitología, porque precisamente se oponía a su Fe monoteísta; pero usaron del lenguaje mítico, elemento cultural propio de su época.⁵²

Los autores inspirados, por lo tanto, tratan de hacer comprensible la situación presente del hombre para lo cual relatan el comienzo de la existencia humana en la tierra y la caída del primer hombre.

Volviendo sobre el texto de Génesis 1, la narración usa un verbo preciso para definir la acción divina: **crear** (*bará*, en hebreo); es una acción que sólo se aplica a Dios, pero nunca al hombre, y en ella, está contenida implícitamente la Creación de la nada. De esta manera, la narración subraya una acción específica de Dios. Con esta idea, se pretende dejar en claro que las creaturas no proceden de un impulso impuro, indeterminado y sordo, de una masa original que produce a los dioses mismos, rechazando así toda fusión panteísta entre Dios y el mundo. Dios crea las cosas por su Palabra, y esta actividad divina no es algo transitorio como la humana, sino que es constante. El texto presenta a un Dios que dirige su Palabra a la creatura, y por esto, existen las cosas y no la nada. Esto es lo que el autor quiere decirnos en una primera instancia; pero también

⁵² Cf. GRELOT P. *Hombre ¿quién eres?* Cuadernos Bíblicos 5. Navarra: Verbo Divino, 1976, p. 21 ss. Los pueblos en la Mesopotamia tenían distintas representaciones: a) para los sumerios, todo procedía de la fecundidad divina, modelo y fuente de la humana, y los hombres habían sido procreados por la gran diosa madre Ninmah. Los dioses también eran responsables del mal; b) para los acadios, hay un demiurgo que organiza el universo, es un dios nacional. Al principio de todo, hay un caos, y de las aguas, salen los dioses que luego se enfrentan. El hombre está sometido, fatalmente, a los dioses.

se afirma el lugar que ocupa el hombre como imagen de Dios y como llamado a participar del señorío de Él.

El autor de este texto se denomina genéricamente, en exégesis bíblica, como **fuentes sacerdotal**, porque presenta la Creación dentro de un esquema cultural. La obra se realiza dentro de un esquema semanal, pero la intención no es referirse al tiempo que dura la Creación, sino más bien presentar una acción ordenada que termina con una finalidad bien clara: Dios descansa. Este descanso divino tiene que ser imitado por el hombre para dedicar un tiempo a Dios durante el cual, por medio de la alabanza y la contemplación, le “devuelva” a Él todas las cosas creadas. La misión del hombre es rendir culto a Dios en nombre de toda la creación, pues de esta manera, todas las cosas que han salido de Dios se dirigen a su fin. Éste es el modo como el hombre, siendo imagen de Dios, debe vivir su señorío sobre el mundo. Por ello, en la gradación de seres, aparece él en el vértice más alto.

Este relato sacerdotal de la creación tiene, también, una clara tendencia contraria a la mitología antigua, como se ve en la creación de los astros. Estos no son seres divinos, independientes de la potencia del Creador, como los presenta la mitología. Los astros son creaturas del Creador⁵³.

El texto del capítulo 2 tiene características distintas, es por eso que se deduce un autor distinto. En este caso, la Creación se concentra en el hombre y éste se encuentra en el centro del círculo alrededor del cual se ordenan todas las creaturas. El relato es más vivo, más cálido, más espontáneo. El punto de partida de la Creación ya no es el mar sino la tierra, una tierra sin vegetación en la cual se halla el hombre, alrededor del cual Dios construye el mundo. El hombre forma parte de esta tierra y, por eso, está formado de ella. Dios se presenta como un alfarero que interviene directamente en la creación del hombre.

2- “Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todo su aparato, y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera. Y bendijo Dios

⁵³ Cf. SCHEFFCZYK, L. “Creación y providencia”, en *Historia de los Dogmas*, Madrid: BAC, 1974, T. II, p..4 ss.

el día séptimo y lo santificó; porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho.

“Esos fueron los orígenes de los cielos y la tierra, cuando fueron creados.

“El día en que hizo Yahveh Dios la tierra y los cielos, no había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahveh Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. Pero un manantial brotaba de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo. Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices, aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”.

El mensaje de este texto es que Dios cuida del hombre. En primer lugar, porque prepara el medio vital para el ser humano: lo que llamamos **Paraíso**, y le encarga que lo trabaje. Del relato no son tan importantes los detalles de descripción del lugar cuanto la idea de armonía total del ser y de la existencia humana como un estado de integridad y equilibrio. Es una situación de felicidad para el hombre en la cual el trabajo no es una carga pesada por la relación de amistad que tiene con Dios. A pesar de que Dios se inclina a cuidar al hombre, éste se siente sólo y, por eso, Dios le crea una ayuda apropiada manifestando nuevamente su amor de Padre. También la Creación del mundo animal resulta un acto de la Providencia divina para con el hombre; con él se asegura el sustento y la supervivencia.

Las enseñanzas de estos primeros textos bíblicos es clara: las cosas proceden de un Creador y no existía nada antes de la acción de Él. En este mundo creado, hay un ser especial: el ser humano, con quien Dios puede entablar una relación de amistad. Estas nociones se repiten a lo largo de toda la Sagrada Escritura.

En el Antiguo Testamento, hay otros textos que exaltan la grandeza de Dios a través de su obra, particularmente en los Salmos. Así por ejemplo: “Por la palabra de Yahveh fueron hechos

los cielos, por el soplo de su boca fueron hechos toda su mesnada...pues Él habló y fue así, mandó Él y se hizo” (32, 6). El Salmo 103 es un verdadero himno de alabanza por la maravilla de la Creación:”¡Yahveh, Dios mío, qué grande eres! Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de un manto, tú despliegas los cielos lo mismo que una tienda... ¡cuán numerosas tus obras Yahve! todas has hecho con sabiduría, de tus criaturas está hecha toda la tierra...escondes tu rostro y se anonadan, les retiras su soplo y expiran y a su polvo retornan. Envías tu soplo y son creados y renuevas la faz de la tierra”.

Con un estilo diferente y más poético, en el libro de Job, Yahveh, el Creador, le pregunta a Job y, en él, a todos nosotros: “¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra? Indícalo, si sabes la verdad. ¿Quién fijó sus medidas? ¿Lo sabrías? ¿Quién tiró el cordel sobre ella? ¿Sobre qué afirmaron sus bases? ¿Quién asentó su piedra angular, entre el clamor a coro de las estrellas del alba y las aclamaciones de todos los hijos de Dios? ¿Quién encerró el mar con doble puerta cuando del seno materno salía borbotando; cuando le puso una nube por vestido y del nubarrón hice sus pañales; cuando les tracé sus linderos y coloqué puertas y cerrojos? ¡Llegarás hasta aquí, no más allá - le dije- , aquí se romperá el orgullo de tus olas!”⁵⁴.

Pero el texto más acabado respecto de la Creación corresponde al libro II de los Macabeos. Es un texto escrito en el siglo II a.C., en el cual una madre judía exhorta a sus hijos a mantener la Fe en el Creador, a no desobedecer sus leyes por hacer la voluntad del rey. La madre tiene siete hijos y todos son torturados antes de morir mártires. La mujer sufre con valor porque tiene puesta la esperanza en la recompensa de Dios, que es más fuerte que cualquier hombre poderoso. Ella anima a sus hijos con estas palabras: “Yo no sé cómo aparecisteis en mis entrañas ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, Él modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes... mientras el menor seguía con vida (el rey Antíoco) no sólo trataba de ganarle con palabras sino hasta con juramentos le prometía hacerle rico y

⁵⁴ Job 38, 4-11.

muy feliz, con tal de que abandonara las tradiciones de sus padres. Pero como el muchacho no le hacía ningún caso el rey llamó a la madre y la invitó a que aconsejara al adolescente para salvar su vida... Ella dijo: "Hijo ten compasión de mí que te llevé en el seno por nueve meses, te amamanté por tres años, te crié y te eduqué hasta la edad que tienes. Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir *de la nada* lo hizo Dios y que también el género humano ha llegado así a la existencia. No temas a este verdugo, antes bien mostrándote digno de tus hermanos, acepta la muerte, para que vuelva yo a encontrarte con tus hermanos"⁵⁵.

Aquí se encuentra, por primera vez, la expresión *de la nada*; aunque estaba implícita en el texto del Génesis, aquí es donde se expresa de una forma más contundente.

También en el Nuevo Testamento son varios los textos que hacen referencia al Dios Creador y lo identifican con el Padre. "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo"⁵⁶. El mismo Jesús dice: "Ahora, Padre, glorifícame Tú junto a Ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese"⁵⁷. En el libro de la Apocalipsis, se dice: "Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú has creado el universo; por tu voluntad, no existía y fue creado" (4, 11).

3. El lugar del hombre en el mundo

El hombre ocupa un puesto especial en el contexto de la Creación, puesto que, por su cuerpo, está en el mundo, pero no está de cualquier manera, sino con una presencia espiritual además de física. En el hombre, se sintetiza el mundo material y el mundo inmaterial, por esto, no sólo ocupa un espacio físico sino que tiene también una presencia espiritual y le compete la misión de ser el lazo de unidad entre estas dos dimensiones del cosmos. El ser humano es el nexo, el anillo que los une. El mundo es uno por su origen, por la relación de sus partes y por su ordenación al hombre como fin del universo.

⁵⁵ II Macabeos, 7, 22-29.

⁵⁶ Mateo 25, 34.

⁵⁷ Juan 17, 5.

Sólo Dios, como Ser absoluto, puede ser el principio y fin último del mundo. Sólo Dios puede crear. Los entes son una participación finita de su ser y ninguno de ellos llega a agotar el ser de la causa; cada uno a su manera refleja la perfección infinita del Creador. Ésta es la razón de ser de la variedad de los entes y de los distintos niveles de ser. Dios creó una multitud de cosas para manifestar a través de ellas su infinita Bondad. La Bondad que en Dios se da de manera absoluta y simple, en las creaturas, se da de manera múltiple y por partes; de forma tal que es el conjunto, la totalidad, la que representa de manera más acabada el Ser divino.

En conclusión, la pluralidad y la desigualdad de seres es una consecuencia necesaria en los entes creados. Pluralidad significa de por sí imperfección, y esta pluralidad procede de la unidad puesto que Dios, que es Uno, crea seres imperfectos y, por lo tanto, múltiples⁵⁸. La perfección del universo consistirá, por tanto, en el retorno de las cosas a Dios, en otras palabras, en el acercamiento de la multiplicidad de los seres a la Unidad divina. En el origen y en el fin de todo, hay una Unidad que da consistencia y orden a todos los seres que forman parte del universo.

Todos los seres creados proceden del Ser infinito, todos proceden por vía de participación, pero no todos participan del ser de la Causa en la misma medida. Las posibilidades de participación de los seres creados es, al menos en potencia, infinita.

El hombre forma parte de esta variedad de seres que constituyen el mundo y, como cada una de ellos, el nivel de participación que tiene del ser de la Causa primera le concede a él un grado de perfección en el ser y, por ende, determina el puesto que debe ocupar en el mundo. El hombre, como dijimos, ocupa un lugar intermedio entre las sustancias corporales y espirituales. Está en el horizonte de ambas realidades como nexo.

⁵⁸ Dice Santo Tomás: «La distinción de los seres y su multiplicidad proviene de la intención del primer agente que es Dios, porque él le ha dado el ser a las creaturas a causa de su bondad la que quiere comunicar a ellas, y que por ellas se ha representada. Y como no puede ser representada suficientemente por una sola creatura, ha producido muchas diversas a fin de que una supla lo que le falta a las otras, para representar la divina bondad». (SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I,q.47, a.1, c.)

En la Creación, hay un orden que tiene como fin último a Dios y allí realiza el hombre su tarea en cuanto conduce las cosas hacia Él. En un sentido relativo y sólo relativo, se puede decir que el hombre es el fin del mundo en cuanto que el orden que muestra el universo supone la ordenación de las cosas inferiores a las superiores: los cuerpos se ordenan a los vivientes, y todos estos, al hombre que es el fin de todo cuanto hay en el mundo de los cuerpos.

El mundo no es un universo homogéneo que tiene sólo diferencias de grados entre los seres, como sucede en la escala química de los elementos: “En el mundo no sólo hay diferencia de individuos, sino de especies, de esencias y de participación en el acto de ser. Los entes del mundo no sólo son innumerables sino son diversos. La diferencia constituye la riqueza del universo”⁵⁹.

El mundo es uno y múltiple a la vez; uno, por la unidad que proviene del principio y el fin y por la relación entre las distintas partes que la componen. Sin embargo, también es múltiple. Hay de hecho muchos individuos dentro de una especie, como sucede con el ser humano, y la razón de esto está en que cada individuo manifiesta algún aspecto de la humanidad del hombre y, a su manera, la enriquece con su aporte. Además de esta multiplicidad de individuos, hay también una multiplicidad de especies cuyos conjuntos conforman el universo.

La Inteligencia infinita de Dios ha pensado y creado un mundo constituido por seres que están relacionados entre sí como constituyendo una cadena que va de lo inferior a lo superior. En esta cadena de los seres, lo más elevado de los seres inferiores se toca con lo menos elevado de los seres superiores que siguen a continuación; de esta forma, el hombre ocupa un lugar central, como anillo central, en cuanto articula el mundo de la materia con el mundo del espíritu⁶⁰.

Podemos hablar de un orden en el universo puesto que cada una de las partes tiene un lugar que ocupa en el contexto del todo, y este orden de las partes es el que permite que el universo se realice

⁵⁹ LOBATO A. *El hombre en cuerpo y alma*. Valencia: Edicep, 1994, p. 120.

⁶⁰ Cf. *Idem* p. 121.

en cuanto tal⁶¹. Hay dos fines: uno, que es intrínseco a cada ser y otro, que es común a todos. Siempre el bien del todo es mayor que el de la parte. Por eso, el orden de todo el universo es mayor que el de la parte. En ese orden, los seres inferiores están ordenados a los superiores, y los superiores disponen y dirigen a los inferiores. Así es como podemos decir que las plantas son para los animales, y éstos, para el hombre, en el sentido de que son útiles al ser que es superior y, de esta manera, cumplen su misión en la totalidad del mundo.

Para comprender el orden del mundo, hay que tener una visión de su totalidad. Esto implica reconocer que existen sustancias materiales y espirituales que en la persona humana se dan unidas sustancialmente, pero que también hay un tipo de ser de sustancia puramente espiritual. Hay un mundo de sustancias espirituales que forman parte, también, de la Creación divina y que es lo más próximo al Ser de Dios: **los ángeles**.

Para comprender, entonces, el sentido del mundo, hay que tener presente estas realidades espirituales que forman parte de él. Los ángeles no son fuerzas o energías difusas, dispersas en el espacio, o sentimientos subjetivos de las personas humanas; los ángeles son seres personales como el hombre y como Dios, aunque lo son de un modo diferente. Los ángeles son sustancias creadas, completas y subsistentes, de naturaleza puramente espiritual, dotadas de gran inteligencia y de poder superior a los hombres.

La existencia de estos seres espirituales se puede llegar a deducir con la razón humana, pero constituyen fundamentalmente un dato de la Revelación que se acepta por la fe⁶².

En la Sagrada Escritura, aparecen ya desde los inicios. Así por ejemplo, inmediatamente después del pecado de Adán y Eva, un ángel guarda la entrada del Paraíso (Génesis 3, 24). También un ángel se aparece a Agar, mujer de Abraham, en el desierto. Es un ángel el que detiene el brazo de Abraham cuando va a sacrificar a

⁶¹ Es la Sabiduría divina la que es causa de la distinción de los seres para la perfección del universo, puesto que este no sería perfecto sino hubiese más que un tipo de bondad en los seres. (Cf. SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., q 47, a.2, c.)

⁶² Así por ejemplo, los racionalistas y materialistas y los espiritistas los identifican con las almas de los muertos.

su hijo Isaac (Génesis 22, 11). Jacob, patriarca de Israel, ve en sueños (se trata de una revelación sobrenatural) una escalera por donde suben y bajan los ángeles de Dios (Génesis 28, 12). Es también un ángel el que acompaña a los judíos en su éxodo por el desierto (Éxodo 14, 19). Los ángeles protegen a los jóvenes que se mantienen fiel a la ley divina cuando son enviados a morir en un horno (Daniel 3, 49).

En el Nuevo Testamento, aparecen también en varios pasajes: es un ángel el que anuncia a María la Encarnación del Verbo de Dios (Lucas 1, 26-38); también es un ángel el que le avisa a José sobre el nacimiento del Niño, y el que le manda huir a Egipto (Mateo 1, 20 y 2, 13). En el mismo nacimiento de Jesús, aparece una multitud de ángeles (Lucas 2, 13); y finalmente, en el momento de ser capturado para ser crucificado en el huerto de Getsemaní, Jesús dice que tiene a una legión de ángeles que lo protege (Mateo 26, 54).

Los ángeles, entonces, no son inspiraciones divinas, ni fuerzas de la naturaleza, tampoco personificación de operaciones divinas ni las almas de muertos; son seres espirituales creados por Dios, como dice San Pablo: "Porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él y para Él"⁶³.

Los ángeles son espíritus puros, sin mezcla alguna de materia, y la Teología ha encontrado una razón de conveniencia para explicar la naturaleza de estos seres: existiendo seres inteligentes dotados de cuerpo, hacía falta que existiesen seres puramente espirituales que se acercaran más a la perfección divina. puesto que un ser cuanto más espiritual es, más inteligente es⁶⁴.

⁶³ Colosenses, 1, 16.

⁶⁴ Los ángeles no existen desde la eternidad, sólo Dios existe desde toda la eternidad; estos seres fueron creados por Dios junto con la Creación del universo material. Naturalmente "junto" no significa en el mismo momento, pues eso es imposible de determinar; significa que estos también son seres creados, y por eso, también forman parte de la totalidad de la Creación. Esto es lo que han enseñado siempre los Doctores de teología y el Magisterio Oficial de la Iglesia. Es también imposible determinar la cantidad de ángeles que fueron creados, sin embargo, de los textos bíblicos puede deducirse que su número es muy elevado. Por eso se habla de millares,

Al ser puramente espirituales, no se da en ellos ninguna de las condiciones propias a las que están sometidos los seres corporales, como la corrupción, la mutabilidad, la división en partes o la ocupación de un espacio físico. El ángel se halla allí donde actúa como ser inteligente y esto lo hace a través de su inteligencia y voluntad, y sólo puede hacerse presente en el mundo material en la medida en que puede mover a un determinado cuerpo. Este movimiento se realiza normalmente a través de la comunicación que tienen con los seres racionales a los cuales pueden, por ejemplo, sugerirle una idea.

Estos seres espirituales, aunque puedan influir en la vida de los seres humanos, de ninguna manera se mezclan con ellos, puesto que tanto éstos como los ángeles son personas, y ser persona, como vamos a ver, significa ser una sustancia completa e incomunicable.

El ángel es un ser que tiene una capacidad intelectual superior a la del hombre, porque en él la inteligencia no actúa en relación con un cuerpo. En el hombre, el conocimiento racional parte de los datos de la realidad que reciben los sentidos y el razonamiento se logra por partes siguiendo un procedimiento. En el ángel, en cambio, el conocimiento se da de manera directa por una captación inmediata del objeto conocido, sin necesidad de todo ese proceso lógico de composición o división de juicios⁶⁵. Los ángeles conocen las cosas porque tienen una participación en el Conocimiento divino. Reciben, de esta manera, esas ideas sobre las cosas, aunque su conocimiento no es perfecto como el divino y, por lo tanto, no es causa de las cosas. También poseen voluntad, pues a través de ella operan. Con esta potencia, ellos aman aquello que conocen: en primer lugar, a Dios, pues al ser creados pueden verlo; también aman a los demás ángeles y a los hombres. De la misma forma que su conocimiento es instantáneo, también su voluntad. Para estos seres puramente espirituales, no existe el tiempo, al menos en el sentido como existe para nosotros.

Al ser seres dotados de inteligencia y voluntad son también libres; esto significa que, por decisión individual, no impuesta, tienen

millones, legiones, etc. (SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I q 50 a.1).

⁶⁵ Cf. SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I, q. 58 aa. 2,3,4.

ellos que adorar a Dios y cumplir con la misión que Él les encargue en el mundo⁶⁶. No todos quisieron adorar a Dios y, por eso, existen ángeles buenos y ángeles malos⁶⁷.

Los demonios son los ángeles malos. Estos existen porque prefirieron amarse más a sí mismos que a Dios; fueron vencidos por la tentación de considerarse seres superiores. Esto explica la presencia del mal moral en el mundo; como relata la Sagrada Escritura, la tentación de “ser como dioses” para Adán y Eva fue introducida por el demonio (representada en la serpiente)⁶⁸.

Para concluir, hay que decir que, según la Teología, los ángeles tienen una doble misión:

- adorar a Dios como toda creatura: siendo ellos seres espirituales la adoración consiste en una alabanza que deben rendir ante su presencia.
- colaborar para que el universo llegue a su perfección (como cada una de las creaturas): asistiendo a los hombres de manera tal que sus vidas se dirijan a Dios. Por eso, se habla en la Teología de los **ángeles custodios**, como enseña la Escritura: “Te encomendaré a sus ángeles para que te guarden en

⁶⁶ Cf. SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., I, q. 59 aa 1,2,3.

⁶⁷ La existencia de los demonios es una enseñanza que se halla en la Sagrada Escritura y que ha sido incorporada al Magisterio Oficial de la Iglesia. Así por ejemplo, se menciona en el Antiguo Testamento una “caída” de Lucifer que pretendió alzarse por encima de Dios y ser más que Él (Cf. Isaías 14, 12-15). También en el Nuevo Testamento aparecen estos ángeles malos; el mismo Jesús dice haber visto caer a Satanás desde el cielo (Lucas 10, 18), y en el Evangelio de San Juan le dice a los judíos que lo rechazaban: «Ustedes tienen por padre al diablo» (8, 44).

⁶⁸ Cuando en la Teología católica se habla de Infierno, no se entiende por tal un espacio donde se realizan tormentos corporales, como el fuego por ejemplo. Eso han sido formas de representar metafóricamente lo que, en realidad, constituye el sufrimiento espiritual que significa haber sigo hecho para Dios y no poder poseerlo por una decisión libre. La Iglesia enseña que el infierno existe, que los demonios existen, que no es un diablo rojo con tridente, mucho menos un monstruo que asusta sino uno ser espiritual más inteligente que el hombre, que seduce y atrae con el fin de alejar al hombre de Dios.

todos tus caminos y ellos te llevarán en sus manos para que no tropiecen en las piedras”⁶⁹.

Hemos tratado brevemente de los ángeles ya que consideramos que no se puede entender al universo sólo como una realidad material y al hombre como la única realidad espiritual en él. Además, creemos que esto contribuye a la comprensión del misterio del mal en la vida del hombre.

4. La finalidad de todas las cosas creadas

Antes de estudiar la finalidad del mundo, tenemos que aclarar dos nociones: la **conservación** y **gobierno** de la Creación.

La Creación supone no sólo una acción de la Potencia divina para hacer existir a cada uno de los entes, sino que esta acción tiene que necesariamente permanecer en el tiempo que dura la existencia de ese ser, puesto que el ser mismo de cada cosa depende de la Causa Primera⁷⁰. En otras palabras, Dios crea las cosas de la nada y prolonga su acción creadora en la conservación de su ser. Esto significa que Dios sostiene el ser de la cosa pues si no lo hiciera desaparecerían. Nada de cuanto existe continuaría existiendo si no fuese por esta prolongación de la acción de la Causa Primera, como dice la Sagrada Escritura: “Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti?”⁷¹. También San Pablo dice: “Él es antes que todo y todo subsiste en Él”⁷².

La acción por la cual Dios conserva todo lo que existe es continua e incesante, pues todo efecto depende de su causa, y en este caso en particular, depende no sólo en sus obras sino también en su mismo ser, ya que no lo tienen por sí mismos sino recibido de la Causa Primera. Sólo Dios existe por sí mismo, porque su existencia pertenece a su esencia, Él es el Ser Necesario. Todos los demás seres son contingentes, es decir, podrían no existir. Como de

⁶⁹ Salmo 90, 11-12.

⁷⁰ Cf. ROYO MARÍN, A., *Dios y su obra*, Madrid: BAC, 1963, p. 538-546.

⁷¹ Sabiduría 11, 25-26.

⁷² Colosenses 1, 17.

hecho no existieron, si existen es porque han recibido esta existencia de aquel Ser Necesario.

Algunos se preguntaron si podría Dios aniquilar todo lo que existe, y al encontrarse con la respuesta negativa, pretendieron ver en ella una limitación de la Omnipotencia divina. Dios es Todopoderoso, puede hacer lo que quiere; pero es perfecto y, por lo tanto, no puede querer lo contradictorio o lo ilógico. Y crear algo para que exista y después hacerlo volver a la nada sería una contradicción, más bien propia de los hombres que de Dios. De esa manera, no sólo no habría lógica en Dios, sino tampoco bondad. Cuando en la Escritura se habla del fin del mundo, no se entiende por ello una aniquilación, sino una transformación en un nuevo mundo, esto es, en la Vida eterna.

La Teología católica nunca ha definido la duración del tiempo hasta éste "fin del mundo", porque no existe ningún dato en la Sagrada Escritura que permita deducirlo. Más aún, ha rechazado todas las especulaciones humanas respecto de una fecha, como se ha dado frecuentemente entre las sectas. Sin embargo, puede resultar interesante, incluso para entender el sentido del mundo y del tiempo, una teoría propuesta por San Agustín y retomada por Santo Tomás: el fin del mundo llegará cuando sea creado el último hombre que está destinado, según el plan divino, a formar parte del reino de Dios en la vida eterna⁷³.

En efecto, existe un orden admirable en todas las cosas creadas por el cual cada una de ellas se dirige a un fin propio, y ese orden no puede tener otra causa sino el Pensamiento divino que, al crear las cosas, determina el modo en cómo éstas se realizan, no sólo cada una, sino la totalidad de ellas. Este plan que Dios tiene por el cual gobierna todo el mundo se llama Providencia y existe en la mente divina. En la Sagrada Escritura se menciona la existencia de este plan en Dios: "Sí, yo soy Dios, yo y no hay ningún otro; yo soy Dios y no tengo igual. Yo anuncio desde el principio lo por venir, y de antemano lo que no se ha hecho. Yo digo: mis designios se realizan y cumpro toda mi voluntad...como lo he dicho así lo haré; lo he dispuesto y lo cumpliré"⁷⁴. El mismo Jesús habla en los

⁷³ Cf. SANTO TOMÁS. *De Potencia*. q. 5. a.1, c.

⁷⁴ Isaías 46, 9-11. En varios otros pasajes de la Sagrada Escritura se menciona la dependencia que tienen los seres de su Creador,

Evangelios de este plan divino: “Por esto os digo: no os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, sobre con qué os vestiréis...mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan ni acumulan en graneros, y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas...? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo como crecen: no se fatigan ni hilan... En cuanto a vosotros aún todos los cabellos de vuestras cabezas están contados”⁷⁵.

Hay dos razones teológicas que permiten explicar el sentido de la Providencia divina:

a) en las cosas, se advierte un orden que no tiene ninguna explicación sino fuese por la presencia de una Inteligencia que es su Causa. El orden supone finalidad y nunca puede ser el resultado de una disposición casual de elementos materiales. Esto lo admiten incluso las hipótesis científicas que tratan de explicar el origen del universo. Hay no sólo producción de energía sino orden.

b) es imprescindible que haya un plan porque, de esta manera, se hace posible la realización de cada ser, y es propio de un ser bueno que quiera que otro se realice.

Habiendo creado Dios todas las cosas por ser absolutamente bueno, resulta coherente que, en virtud de la misma Bondad, conduzca las cosas creadas a su perfección.

De esta manera, no caben en el cristianismo el fatalismo de aquellos que niegan la existencia de Dios (como los deístas, los fatalistas y los materialistas). La forma más corriente de negación de la Providencia consiste en el dualismo de los que sostienen que hay un principio del bien y otro del mal; y también la de aquellos que piensan que el orden del universo depende de los astros (astrología). La actitud del creyente, en cambio, es de confianza en un Dios infinitamente bueno: “Yahvé es mi pastor, nada me falta. Me

particularmente en lo que tiene que ver con la alimentación como signo visible de la sustentación en Dios (Salmo 146, 103, 144). También para la Escritura es Dios el que conduce la vida del hombre (Proverbios 16, 9, Sabiduría 14, 3).

⁷⁵ Mateos 6, 25-30.

ponen verdes pastos y me lleva frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas por amor de su nombre” (Salmo 22).

Podría alguno preguntarse si es Dios el que gobierna al mundo y, siendo Él bueno, por qué muchas veces los malos triunfan. Este problema se resuelve con el conocimiento del misterio del mal y de por qué Dios lo permite, que veremos más adelante.

De los textos bíblicos, la Teología ha ido elaborando a lo largo del tiempo un pensamiento sobre el sentido de la Creación. La Biblia, como dijimos, no tiene una intencionalidad doctrinal, en el sentido de una explicación racional; su fin es sólo dejar por escrito lo que quiso Dios revelar a los hombres. De allí que a partir de las nociones fundamentales que podemos sacar de los textos es que llegamos a concluir una visión del cosmos desde la perspectiva de Dios.

El hombre no se puede entender sino como parte de este cosmos; por eso, resulta particularmente interesante entender el mundo para comprender el sentido de la existencia de este ser.

En la relación que el hombre tiene con el cosmos, existe una primera dificultad: él tiene una sobredimensionada imagen de sí mismo, y a partir de ella, la pretensión de ser el centro de todo. Esto tiene una explicación muy lógica, porque el hombre no sólo conoce las cosas, sino que se conoce a sí mismo; y además, sabe que el entendimiento le da la capacidad de modificar las cosas creadas.

Uno de los errores que más a menudo comete el hombre es pensar en sí mismo, pensar en sus problemas y en que la solución de ellos está sólo en sus manos. No tiene en cuenta su verdadera dimensión, porque vuelto sobre sí mismo y encerrado en las fronteras de su ser, a veces, pierde la capacidad de mirar alrededor, a la Creación, para después mirarse, comprenderse a sí mismo dentro de ella. Éste es el consejo del salmista, en el Salmo 8, para vencer la soledad y la depresión, dice que no hay mejor remedio que contemplar el mundo: “Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes?”. El salmista dice una gran verdad, porque contemplar la grandeza de la creación no sólo produce un goce estético por su belleza, sino que nos enseña que el verdadero tamaño del hombre no se percibe cuando sólo se mira a sí mismo. Es cierto que la inteligencia, como muestra el libro del Génesis, le da al hombre

superioridad sobre el resto, pero no es menos cierto que su pequeñez es la contracara de aquella dignidad.

En realidad, deberíamos ir más lejos en la afirmación y decir que, no sólo el hombre no es el centro del mundo, sino que éste no ha sido creado para él. Dios no creó el mundo para el hombre, sino que lo hizo para sí mismo. Comprender esto es comprender al hombre.

Para explicar esta verdad teológica, tenemos que explicar la Creación por sus causas. Así es que comenzamos por la causa eficiente.

La **causa eficiente** de una acción cualquiera es aquello que, obrando, realiza la operación. En el caso de la Creación, se trata de realizar el efecto más universal, esto es, dar el ser (la existencia) a todas las cosas, y por lo tanto, ninguna causa puede realizar semejante efecto, sino el Ser que existe por sí mismo y desde siempre. Sólo Aquél que tiene la plenitud del ser puede causarlo de la nada. Esto es lo que se dice con la expresión “de la nada”⁷⁶.

Todo aquél que obra lo hace en virtud de su naturaleza, porque el obrar sigue al ser, esto es, que las acciones tienen que ver con el modo de ser. En otras palabras, ningún efecto puede ser desproporcionado con respecto a la forma de un ser. Esto se aplica a todos los seres creados (causas segundas) y, analógicamente, a Dios. De esta forma, podemos decir que la acción divina realizada en la Creación es proporcional al Ser divino, puesto que Él es un Ser absolutamente perfecto. No hay ningún otro ser que pueda producir un efecto tan grande, por esto es que se llama a Dios, filosóficamente hablando, **Causa Primera**.

Cuando Dios creó no sólo creó los seres, produciendo su sustancia, sino que, además, les dio capacidad para obrar; de allí que se llama a estos **causas segundas**. Y así como estos seres dependen de Dios para existir, de la misma manera dependen de la Causa Primera para obrar, pues si no existiera Aquella, no podrían éstos realizar acciones.

⁷⁶ Cf. AUER J. *El mundo, creación de Dios*. Barcelona: Herder, 1979, p. 125-175.

En la obra de la Creación, se da, además, una **causalidad ejemplar**⁷⁷. La causa ejemplar es aquello según lo cual se hace una cosa, es la forma concebida en la mente, a imitación de la cual todo agente inteligente produce un efecto⁷⁸. Es el proyecto o idea ejemplar que tiene el arquitecto o el escultor en su mente antes de comenzar la obra; podemos decir, entonces, que existe ya una idea de la obra antes de que exista.

Esto se aplica analógicamente a Dios. La Creación es una expresión externa realizada en el tiempo, de una idea de la Mente divina. En otras palabras, esto significa que para crear, Dios no toma de otro lado “los modelos” de las cosas: primero, las piensa; luego, decide darles existencia. Dios es un Ser inteligente, y por eso, piensa antes de obrar, de una manera sabia y ordenada, es decir, conduce las cosas a un fin, a su propia realización. Dios ha pensado un universo ordenado con multiplicidad de cosas existentes y todas dirigidas a un mismo fin, y todas estas ideas que están en la Mente divina son las **formas ejemplares**, los arquetipos conforme a los cuales crea⁷⁹.

Estas ideas divinas ejemplares se identifican con la esencia de Dios. En Él, ser y conocer son una misma cosa, y no sólo se conoce a Sí mismo sino que conoce las infinitas participaciones que tienen las cosas de su Ser, fuera de Él. Esto explica la admirable unidad que tiene la Creación, la innumerable cantidad de seres creados, y la coordinación y armonía de todo el cosmos, en orden a una misma finalidad.

Las cosas creadas tienen una impronta divina, es decir, una semejanza con Dios. Obviamente, la creatura no puede imitar a Dios sino de una manera inadecuada e imperfecta por ser finita y limitada. Aquí también se halla la razón de su multiplicidad, cada una, según su modo, refleja la perfección divina. Ese reflejo adquiere su máxima expresión en la Imagen divina plasmada en los seres espirituales.

En el relato de la Creación, el hombre es designado como imagen y semejanza de Dios, y como dijimos ya, esto significa un

⁷⁷ Cf. PIOLANTI, A., *Dio nel mondo...* op. cit., p. 84-103.

⁷⁸ Cf. SANTO TOMÁS. *De veritate*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1996, q. 3, a. 1.

⁷⁹ Cf. SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*, op. cit., q. 44, a. 3, c.

grado de superioridad sobre el resto de las creaturas. Esta superioridad tiene su fundamento en la condición espiritual del ser humano, particularmente en la razón, porque ésta se conoce a sí misma y sabe de su superioridad. Por esto, es frecuente que el hombre piense que Dios ha creado el mundo para él.

Una de las grandes cuestiones que hay que resolver respecto del cosmos es: para quién o para qué crea Dios el mundo. Y la respuesta es imprescindible para poder tener una idea más precisa del puesto que ocupa el hombre dentro del mundo.

El mundo no fue creado por Dios para el hombre, a pesar de que éste sea el ser más perfecto de la Creación visible. Dios no puede hacer nada que tenga como fin un ser creado, porque, de esa manera, estaría subordinándose a un ser inferior, lo cual sería una imperfección. Al obrar por un fin, un ser pone en juego su naturaleza. Así por ejemplo, yo no podría dedicar toda mi vida a mi perrito por más buenito y lindo que sea, porque estaría subordinándome a un ser inferior; puede ser que lo cuide, pero nunca más que a las personas humanas a las que debo querer con un amor espiritual.

Lo mismo sucede con Dios. De este modo, una de las formas de deformar la idea verdadera de Dios es pensar que Él es un Ser que vive pendiente de las necesidades del hombre, de forma tal que, cuando no asiste a las necesidades humanas, pareciera ser que ya no es Dios. Esta equivocación es fruto de la mentalidad utilitarista de los seres humanos, ya que, a veces, el hombre en su soberbia se constituye en fin de todas las cosas y piensa que las personas merecen la pena amarse si le reportan algún tipo de utilidad, hasta el punto de trasladar esta idea a Dios mismo. Esta es la razón por la que no pocos atraviesan por “profundas crisis de fe”, cuando ponen en duda la existencia o bondad de un Dios que parece haberse olvidado de ellos.

El hombre no es el centro del mundo. Dios no puede obrar con ningún otro fin que no sea Él mismo, como veremos más adelante, y por este motivo, es que Él mismo es el fin de la Creación. Dios ha creado el mundo para Él mismo, y no porque sea egoísta como algunos podrían pensar. No tenemos que confundir el ser de Dios con el ser del hombre, puesto que, en el caso del hombre, si éste obrara siempre teniéndose a sí mismo como fin de sus acciones, entonces sí estaríamos frente a un perfecto egoísta. Esto no sucede

con Dios porque no es egoísta: Dios es Dios y su obrar no puede tener otra finalidad que Él mismo.

Hay, además, otra razón que justifica que Dios sea el fin de toda la Creación: Él quiso, en su infinita Bondad, darse a Sí mismo, esto es, darle al hombre una participación en su perfección. Cualquier otro tipo de felicidad que el hombre pudiese imaginar no podría nunca tener el valor de amar y contemplar a Dios para siempre. Dios no podría haberle dado un fin más grande al mundo.

En la Creación, los seres inferiores se subordinan a los superiores, hay un orden; por esto, las plantas, los animales, las cosas en general deben servirle al hombre, quien, a su vez, debe dirigir su vida a Dios. El fin de la Creación se alcanza cuando el hombre termina viviendo para siempre con Dios en el Cielo.

El mundo no es perfecto y, por lo tanto, no es un ser quieto, sino en permanente movimiento en busca de su realización; es una realidad siempre dinámica. Este movimiento se verifica en todos los niveles de seres, desde los irracionales (que tienden por su forma a conservarse y a realizarse) hasta los racionales (en los cuales, en virtud de su alma, se proyectan al exterior para alcanzar su perfección). Esta proyección de los seres espirituales es una búsqueda del conocimiento de Dios, de una verdad que pueda saciar su inteligencia. El modo de ser del hombre determina necesariamente esta búsqueda de una realidad absoluta; su naturaleza espiritual reclama la eternidad. El obrar es siempre proporcionado al ser y busca un bien que lo realice; ese bien no puede ser él mismo. El hombre no puede tenerse a sí mismo como fin de su vida, porque él es un ser contingente, limitado, imperfecto; su alma busca mucho más.

La pregunta sobre la finalidad de la Creación requiere aún una aclaración mayor. Uno podría preguntarse por qué Dios crea si no tiene necesidad de las creaturas: la razón última está en su propia Bondad. La Bondad de por sí es difusiva, esto es, tiende a hacer el bien sin otro motivo que ella misma, y por esta razón, Dios, sin necesitar de las creaturas, las crea. La Creación es un acto de absoluta liberalidad de Dios, es decir, no está condicionado por ningún tipo de necesidad. Hay aquí otro elemento que puede servirle al hombre para descubrir cuál es su lugar en el cosmos: Dios no necesita de él.

Sin embargo, se puede afirmar que Dios ha creado el universo para su gloria. La **gloria** es una expresión de origen bíblico que designa la manifestación de la Bondad y el Poder de Dios. Así sucede en los hechos milagrosos y de intervención extraordinaria de Dios en la historia de los hombres, en los cuales se hace patente la Omnipotencia divina. Del mismo modo, en la Creación, los seres creados manifiestan el Poder, la Sabiduría y la Bondad divinas⁸⁰.

Las cosas “muestran” a Dios, “hablan” de Él, de la misma manera, en que se puede decir que la obra de un artista es su gloria, en cuanto significa para él honor, fama, bienes materiales, etc. (cosas que el artista no busca directamente pero que se siguen necesariamente de su tarea). De manera semejante ocurre con la Creación, pues ésta es una inmensa obra de arte que glorifica a su Creador.

La Creación proyecta fuera de Dios la belleza de su Ser, pero esta proyección es siempre imperfecta y parcial, ya que nunca agota el ser de Dios; hay una distancia infinita, insalvable, entre la bondad de las cosas y la Bondad de Dios.

La realización de cada una de las creaturas significa, de manera directa, una manifestación mayor de la perfección divina. De manera particular, el hombre, al ser libre, puede ver el fin y elegirlo, y así, llegar a una participación más elevada de la Bondad y Belleza de su Creador.

Esta es la vocación esencial de toda creatura y lo que lleva inscripto en lo más profundo de su ser: dar gloria a Dios con todo su ser y sus acciones. Esto es lo que reclama Dios con mucho celo en la Sagrada Escritura: “Ser amado con todo el corazón, con toda el alma”. Dios no está dispuesto a compartir este puesto (el de ser fin último) con ningún otro ser. Por esta razón, a veces, el hombre en su vida se ve exigido por una respuesta ante lo Absoluto y se debate en una lucha interior entre los dos grandes amores: amar a Dios por encima de todas las cosas o amarse a sí mismo hasta el fin.

Para explicar mejor el sentido de la Creación, hay que decir que ésta no le agrega nada a la Perfección divina sino que más bien, por ser perfectamente bueno, era conveniente que su Bondad

⁸⁰ Cf. NICOLAS, J-H. *Synthèse de dogmatique, complémen.*, París: Ed. Univ. Fribourg, Beauchesne, 1993, p. 217-227.

se difundiese. Dios no está determinado a crear por nada ni por nadie, lo hace libremente. Su obrar no depende de ningún otro ser porque está siempre en acto, como veremos, Dios no busca nada que no tenga ya. La Creación es la mayor manifestación de libertad y amor en Dios.

En conclusión, Dios, en la Creación, obra en vistas de un fin: su divina Esencia y su infinita Bondad. Él decide crear para que su perfección sea comunicada fuera de Sí a otros seres que participen de ella y todo esto por la única razón de su Amor. En esta intención, confluye también la gloria de Dios, es decir, la manifestación de su bondad y el bien mismo de las creaturas. Dios quiere entonces, en segundo lugar, la perfección de las creaturas, y en este sentido, sí podría decirse que Dios ha creado el mundo para el hombre. Amándose a sí mismo, Dios ama a las creaturas, en las cuales brillan reflejos de su Belleza.

De esta manera, encontramos respuesta también a la cuestión de si Dios es o no egoísta. Con la Creación, Dios no recibe una perfección que le faltaba, sino que simplemente comunica a otros su Bondad.

Esta finalidad última del universo en Dios mismo, hace que todo tenga unidad, pues todos los entes creados, sean materiales o racionales, convergen en el mismo fin, a partir del cual se entiende el orden y la armonía que tiene la totalidad del cosmos y que se refleja en la armonía interna de cada creatura. El universo creado se presenta así como una ascensión de los seres que participan, según su modo, de la perfección divina.

La Bondad y el Amor divino son la razón de la Creación.

Capítulo 3 La persona humana

1. El hombre como imagen de Dios en la Biblia

Si buscamos en la Sagrada Escritura un concepto que defina lo que el hombre es, no lo vamos a encontrar. No existen definiciones en la Biblia. Por esta razón, tenemos que buscar conceptos que, de alguna manera, expresen lo que piensa Dios sobre el hombre. Entre estos, el más importante es el que encontramos en la primera página de la Sagrada Escritura, donde se presenta al hombre como imagen del Ser divino, porque lo que más le interesa a la Escritura es mostrar este aspecto del ser humano: la relación con Dios como algo constitutivo de su ser y como algo que tiene que ver con todas las dimensiones de su vida, no sólo con una parte.

En el relato del Génesis, se presenta la Creación del hombre en los capítulos 1 y 2. En el primero, la Creación del ser humano se presenta al fin del relato de la Creación del mundo entero. Luego de haber creado los cielos y la tierra, los astros del firmamento y todos los vivientes (vegetales y animales), Dios decide crear al hombre:

“Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano, a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó”⁸¹.

En este texto, el autor inspirado enseña dos verdades fundamentales:

- todas las cosas salen de Dios;
- el hombre es el culmen de la Creación.

Esta última es la idea fundamental de la Biblia sobre el hombre: esta criatura se halla en la cima del mundo material y es la más digna de todas las criaturas, por eso, su creación está colocada al final del mundo material.

⁸¹ Génesis, 26 y 27.

La Creación del hombre es considerada por el autor sagrado como el coronamiento de toda la obra creadora. Y esto se manifiesta a través de distintos signos:

- el relato metódico de la Creación (en el capítulo 1) repite al final de cada día que Dios, contemplando su obra, la aprueba con la expresión: “Y vio Dios que era bueno”. Sin embargo, llamativamente, en el caso del hombre, al finalizar su Creación ya no dice Dios que era bueno, ahora afirma que es “muy bueno” (v.31). Además, en ninguna otra creatura se usa esta expresión fuerte para los hebreos que tenían conciencia clara de la trascendencia divina, es decir, de ser imagen, parecerse a Dios.
 1. en el capítulo 2 del Génesis⁸², la superioridad del hombre se expresa con bastante energía: Dios produce, Él mismo, con una acción directa y especial, al ser humano mediante su soplo: “Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente” (2, 7).

Otro indicio de esta condición especial del hombre es el poder que le concede Dios de poner nombre a los animales y a las cosas, como señalando el dominio de éste sobre el resto de la Creación (v. 20). Sin embargo, el hombre no encuentra entre todos los seres “una ayuda adecuada”. Ante la Creación de la mujer, el hombre con gozo exclama: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (v.23).

El hombre es un ser especial, distinto de los demás seres creados, porque hay en él un modo de ser más perfecto: existe en él un alma. Siendo Dios espiritual, quiso crear un ser que sea en parte también espiritual para poder recibirlo en su interior.

El hombre tiene alma, un alma inmortal hecha para Dios. Y por tener alma, tiene capacidad de conocer y amar; es el único ser de toda la Creación que tiene esta capacidad. Por lo tanto, Dios es

⁸² Este capítulo fue redactado antes que el 1, pertenece a la tradición yahvista.

el único ser con el cual puede hablar, del cual puede esperar y un acto libre de amor.

Ningún otro ser puede entablar con Dios una relación personal; siendo la Vida eterna la contemplación de Dios, sólo el hombre está hecho para ella⁸³. No hay un cielo para las plantas o los animales, sus vidas terminan definitivamente con su muerte. No así con el hombre que, teniendo un alma de naturaleza espiritual, está hecho para conocer y amar a Dios en la tierra y vivir con Él para siempre en la eternidad.

Ésta es la razón por la cual el hombre está por encima de las demás creaturas y esto es lo que intenta expresar el autor sagrado cuando afirma que las cosas le están sometidas: “Multiplíquense, llenen la tierra y sométanla” (v. 28). “Someter las cosas” no significa hacer un uso antojadizo e irracional de ellas, sino por el contrario, usarlas bien. Si el hombre es superior al resto de las cosas creadas por su inteligencia, es porque Dios quiso que usara su inteligencia para hacer que cada cosa cumpla su fin.

En la Creación, hay indiscutiblemente una jerarquía de seres; no todos son iguales, y esto es algo evidente. La jerarquía responde a un orden y el orden tiene sentido en el todo. Cada ser tiene una misión individual que cumplir en el contexto de ese todo que es el cosmos. Así es como los seres inferiores se ordenan a los superiores y éstos, a su vez, hacen que los inferiores se realicen. El hombre tiene dominio sobre los seres vivientes, animales y vegetales, en virtud de su capacidad racional. Esto significa que debe usar racionalmente de ellos, es decir, conservar y proteger el medio en el cual comparte con ellos la vida.

La ecología o defensa del medio ambiente es la consecuencia lógica de la enseñanza de la Creación en la Biblia. Cuidar del medio ambiente es para el hombre una obligación ante Dios, puesto que respetar la vida es siempre respetar a Dios. De todas maneras, no hay que confundir ecologismo con respeto por la obra divina. Algunas veces, detrás de propuestas ecologistas, se halla una idea equivocada del mundo y del hombre. Afirmar que la tierra entera es un ser viviente (La Gaia, la madre tierra) es negar el dato evidente de la realidad que nos indica que no todos los seres tienen vida y que, entre estos, no todos tienen el mismo tipo de vida.

⁸³ LADARIA L. *Antropología teológica*. Asti: Piemme, 1995, p.115.

Así es como no podemos decir que la vida sea lo mismo en una planta, en un animal y en el hombre.

Resulta una hipocresía y una falta de respeto conmovirse por las necesidades de los animales y no hacerlo en igual y mayor medida por las necesidades de los seres humanos que sufren. Todo esto dice la Biblia cuando afirma que de Dios salen todas las cosas y que el hombre ha sido hecho a su imagen. Esto último implica una gran responsabilidad para el hombre, pues es el único ser que puede lograr que las cosas que han salido de Dios vuelvan a Él, en la medida en que él dirija su vida hacia su Creador. Con la realización del hombre, se realiza toda la Creación.

Volviendo otra vez a la Biblia, tenemos que decir que el misterio del hombre se explica en el relato mismo de la Creación, porque es un ser sacado del polvo y formado a imagen de Dios. En él, se conjugan la miseria y la grandeza, la mortalidad y la Vida eterna. El hombre trasciende el mundo de las otras creaturas; pero sin embargo, está estrechamente emparentado con él. Así como nace de la tierra, debe volver a ella: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo volverás”⁸⁴.

La expresión bíblica de que el hombre es imagen de Dios no intenta destacar la fragilidad humana, sino por el contrario, el hecho de que este ser débil está llamado a participar de la grandeza y Bondad divina⁸⁵. Esto es lo que expresa el salmista cuando contempla el espectáculo del cosmos y descubre la verdadera dimensión de este ser tan pequeño y con una vocación tan grande: “Oh, Yahveh, Señor nuestro, qué glorioso es tu Nombre por toda la tierra...Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste Tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes?, ¿el hijo de Adán para que de él cuides? Apenas inferior a un ángel le hiciste coronándole de gloria y de esplendor; le hiciste Señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por Ti bajo tus pies” (Salmo 8).

El hecho de ser imagen no significa una reproducción o participación material del ser de Dios, sino más bien consiste en la condición espiritual del hombre, que le permite establecer una

⁸⁴ Génesis 3, 19.

⁸⁵ TETTAMANZI D. *El hombre imagen de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1978, p.37.

relación personal con Dios⁸⁶. Esto es lo que subraya el autor del Eclesiástico: “De la tierra creó el Señor al hombre, y de nuevo le hizo volver a ella. Días contados le dio y tiempo fijo y dióles también poder sobre las cosas de la tierra. De una fuerza como la suya los revistió, a su imagen los hizo...Le formó lengua, ojos, oídos, y un corazón para pensar. De saber e inteligencia los llenó, les enseñó el bien y el mal. Puso su ojo en sus corazones para mostrarle la grandeza de sus obras. Por eso su santo nombre alabarán, contando la grandeza de sus obras. Aún les añadió el saber, la ley de vida les dio en herencia. Alianza eterna estableció con ellos y sus juicios le enseñó” (17, 1-12).

La imagen de Dios en el hombre se manifiesta también en el señorío de éste sobre la Creación, por eso, en el libro de la Sabiduría, el autor pide a Dios el don de la sabiduría para que lo asista en el trabajo: “Dios de los padres, Señor de la misericordia, que hiciste el universo con tu palabra, y con tu Sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu” (9, 1-3).

Finalmente, hay que señalar que la imagen se refleja, según el pensamiento bíblico, también en el cuerpo, puesto que el hombre es concebido como una totalidad. No es que Dios tenga cuerpo, pues no lo tiene, sino que el cuerpo y el alma forman una única sustancia: la persona humana. No existe la consideración separada de cuerpo y alma en la Biblia como se da en el pensamiento filosófico griego. No obstante ello, la Escritura señala, también como propio de la imagen, la inmortalidad: “Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo a imagen de su misma naturaleza;

⁸⁶ «Por eso, la semejanza divina consiste en la referencia esencial y permanente del hombre a Dios como fundamento y figura de su ser....El hombre por su misma naturaleza está orientado hacia Dios y sólo puede ser verdadero hombre en unión con Dios. Por eso, el hombre no encuentra su esencia más íntima cuando pretende definirse solamente desde abajo, a partir de su relación con el mundo de la naturaleza y del reino animal» SEIBEL W. *El hombre, imagen sobrenatural de Dios. Su estado origin*”, en *Mysterium Salutis*, vol II, p.630.

más por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen”⁸⁷.

En el Nuevo Testamento, la idea del hombre como imagen de Dios adquiere un matiz distinto, puesto que ya no significa sólo una impronta divina impresa en el hombre sino que es considerado más bien en su aspecto dinámico, es decir, como algo que tiene que reproducir el hombre. Por lo tanto, le presenta el modelo a imitar: Cristo.

Cristo es el hombre perfecto, el nuevo Adán, el arquetipo al cual el hombre debe conformarse. La persona humana tiene la misión, entonces, de poner en acto esta imagen divina y lo hace en la medida en que se relaciona con Dios ⁸⁸

La noción de imagen tiene acá un sentido moral: es la dignidad que el hombre tiene que manifestar en sus actos. Así aparece, por ejemplo, en San Pablo, cuando dice: “Un hombre no debe cubrirse la cabeza, ya que es imagen y gloria de Dios”⁸⁹.

El punto de partida de esta actitud es la conciencia de ser creatura de Dios y de tener confianza en que Él cuida de sus hijos. Esto es lo que enseña Jesús: “No se inquieten por su vida pensando qué van a comer ni por su cuerpo pensando con qué se van a vestir”⁹⁰. A partir de esta conciencia, debe surgir una actitud nueva del hombre, esto es, tener a Dios y sólo a Él como lo más importante de su vida. No puede haber nada en la vida que sea tan importante como el Señor, ni siquiera el amor por las personas más cercanas puede estar en el mismo nivel del amor a Dios. Por más sentimiento que tenga uno hacia un ser querido, de nadie, salvo de Dios, puede decir el hombre que ha recibido todo lo que es y todo lo que tiene. Sólo a Dios puede entregarle completamente su vida. Todo esto es lo que expresa Jesús cuando enseña a sus discípulos: “El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con

⁸⁷ Sabiduría 2, 23. El texto hace referencia a la tentación de Adán por la cual se introduce el mal y la muerte en la vida del hombre.

⁸⁸ SEIBEL W. *El hombre, imagen...* op.cit., p. 631.

⁸⁹ 1 Corintios 11, 7.

⁹⁰ Mateos 6, 25. Esta expresión no significa que el hombre no tenga que trabajar, sino que la Providencia cuida también de lo que el hombre necesita.

todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”⁹¹.

De esta forma, es como surge una relación profunda entre el hombre y Dios, por la cual aquél descubre que tiene un Padre que está dispuesto a amarlo siempre, aún cuando no siempre ese amor sea correspondido. Esto es lo que relata la parábola del hijo pródigo, como veremos más adelante⁹².

Tampoco existe en el Nuevo Testamento un concepto abstracto y filosófico del hombre en sí; sin embargo, se mencionan una serie de categorías fundamentales que manifiestan la conciencia hebrea de la unidad del ser humano en sus distintas dimensiones.⁹³ Por esto, el alma (*psyché*) es siempre una vida ligada a un cuerpo; así por ejemplo, en la expresión: “El que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda por Mí por la Buena Noticia, la salvará”⁹⁴.

El otro concepto que completa la naturaleza humana, resaltando su unidad, es el de cuerpo⁹⁵. Por eso, Jesús dice: “No teman a los que mata al cuerpo, pero no pueden matar al alma. Teman más bien a los que pueden arrojar el alma y el cuerpo a la gehena (infierno)”⁹⁶. Con esta expresión, el Señor muestra la unidad de cuerpo y alma más allá de la Vida eterna.

De todas maneras, el mensaje central del hombre como imagen de Dios en el Nuevo Testamento pasa por la idea de reproducir el modelo que tiene el hombre. Y este modelo no puede ser otro más que Aquél que es la Imagen perfecta de Dios, aquél que es la Idea que tiene Dios de sí mismo, que lo conoce perfectamente y que vino al mundo para darlo a conocer a los hombres. Cristo es la fiel manifestación de la divinidad; como dice

⁹¹ Marcos 12,28.

⁹² Cf. Lucas 15, 11-31.

⁹³ RUIZ de la PEÑA J.L. *Antropología Antropológica Fundamentale*. Roma: Borla, 1992, p.58 y ss.

⁹⁴ Marcos 8, 35.

⁹⁵ La expresión cuerpo (*soma*) en el Nuevo Testamento significa el hombre concreto encarnado en el espacio y en el tiempo, solidario con los otros hombres, portador de la imagen de Adán y capaz de reproducir la imagen de Cristo. Cf. RUIZ de la PEÑA, *Antropología...* op.cit., p. 73.

⁹⁶ Mateos 10, 28.

San Pablo en la carta a los Colosenses: “Él es Imagen de Dios invisible, primogénito de toda la Creación porque en Él fueron creadas todas las cosas, los cielos y la tierra....Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas” (1, 15-20). Así es como adquiere su significado más perfecto la expresión del Génesis: cuando el hombre incorpora a su vida una nueva “forma”, un nuevo modo de ser y pensar; cuando el hombre no vive ya sólo según sus criterios, según sus “verdades”, sino cuando imita el estilo de vida de Jesús en los Evangelios.

Es Jesús quien enseña a amar a Dios por encima de todo, quien enseña a perdonar como la forma más elevada del Amor, el amor a los enemigos, y a dar la vida por aquellos que se aman. De esta forma, enseña un estilo de vida completamente distinto al que los hombres puedan imaginarse según sus criterios. Es por esto que San Pablo sostiene que el cristiano es un hombre nuevo, porque es como si hubiese sido rehecho, ahora, conforme al modelo que es Cristo: “Revestíos del hombre nuevo, el creado según Dios en justicia y santidad de la verdad”⁹⁷. Esta imitación de Dios implica un proceso que no termina en esta vida, sino que se continúa en la otra y que implica imitar la Resurrección corporal del Cristo glorioso: “De igual forma que nosotros hemos llevado la imagen del fuera de polvo, seremos la imagen del Celeste”⁹⁸.

Es ésta, quizás, el reconocimiento más importante de lo que significa el cuerpo para el hombre; no sólo no es algo imperfecto como pensaban algunos filósofos, o algo pecaminoso como pensaban algunos herejes, sino que, junto con el alma, tiene un destino de eternidad. El hombre es imagen de Dios en todo su ser, en esta vida y en la otra.

De esta manera es como la Teología del Nuevo Testamento exalta la dignidad del hombre y el valor de su existencia terrestre. El cristianismo, lejos de ser pesimista por la presencia del mal y las limitaciones humanas, es muy optimista, porque contempla la

⁹⁷ Efesios 4, 24.

⁹⁸ 1 Corintios 15, 49.

grandeza de lo que el hombre ha recibido (la Imagen divina) y la posibilidad real de realizar su vocación con la ayuda de Dios⁹⁹.

2. La naturaleza humana

En ningún pasaje de la Sagrada Escritura existe una explicación racional sobre la constitución de este ser diferente en la Creación. Como hemos visto, se acentúa fundamentalmente aquello que, en primera instancia, lo distingue del resto de los seres: su capacidad de conocer. El entendimiento humano es una participación del Entendimiento divino y allí radica el fundamento de su señorío. Vamos a tratar ahora de ver dos aspectos del ser humano: por un lado, su naturaleza; por otro, su ser personal.

La naturaleza de un ser es aquello que tiene desde su nacimiento, es la esencia, aquello que lo hace ser tal cosa, y el principio de su obrar. Cuando nosotros hablamos de la naturaleza humana, tenemos que tener en cuenta las dos dimensiones que la componen:

- la corporal, que es evidente por la simple auto percepción;
- la espiritual, es decir, que somos seres inteligentes que podemos pensar, produciendo realidades espirituales (ideas)¹⁰⁰.

En esto nos distinguimos del resto de los seres y esto revela que hay en nosotros algo más que un cuerpo, puesto que todo efecto supone una causa que lo origina. Si hay efectos espirituales (conceptos), es porque hay una realidad espiritual que puede generarlo: una inteligencia¹⁰¹.

Éste es el principal argumento para demostrar la existencia del alma: el hombre puede pensar porque tiene una sustancia espiritual. Si el hombre fuera sólo materia (como pretenden algunos filósofos), no sería posible una explicación del pensamiento humano. La pregunta es entonces: ¿Qué es el alma?

⁹⁹ SPICQ C., *Dios y el hombre en el Nuevo Testamento*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1979, p. 242.

¹⁰⁰ FABRO C., *Introducción al problema del hombre, la realidad del alma*, Madrid: Rialp, 1982, p. 155.

¹⁰¹ idem p.159.

La respuesta la dio Aristóteles: “El alma es el acto primero de un cuerpo natural orgánico”¹⁰². También dice que se trata de “aquello por lo que primeramente vivimos, sentimos y pensamos”¹⁰³.

Para precisar la naturaleza del alma, vamos a ver ahora algunas de las propiedades¹⁰⁴:

- **es subsistente:** el alma es una forma inmaterial, como toda alma (del mismo modo que el principio vital en un vegetal y en un animal), pero la humana es, además, espiritual. Esto significa que si bien se halla unida a un cuerpo (al cual le da vida y a través del cual realiza algunas de sus operaciones), no depende él para existir, y en algunas otras operaciones, para obrar. Es decir que, en cierta medida, es independiente del cuerpo. Esto no significa de ninguna manera que sea una sustancia separada del cuerpo; afirmar esto sería caer en el dualismo de Platón y de otros pensadores que imaginaban al hombre como compuesto de dos sustancias distintas. El que sea subsistente no significa que el alma sea una sustancia completa; significa que puede vivir y obrar sin depender del cuerpo. El alma no está completamente encerrada en los límites del cuerpo.
- **es simple:** no tiene partes y, por lo tanto, no puede ser dividida. Esta propiedad es una consecuencia de su espiritualidad, porque la cantidad y la extensión son sólo propiedades de los cuerpos. Por supuesto que no hablamos acá de la simplicidad en un sentido absoluto, como se da sólo en el caso de la Naturaleza divina; aquí sólo decimos que no tiene partes.
- **es inmortal:** no puede corromperse o disolverse siendo como es un ser espiritual. La descomposición supone partes, cosa que no se da en este caso. Además, como dijimos antes, no depende del

¹⁰² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De Anima*, II,1,412b, 5-6.

¹⁰³ Idem II,2, 414 a, 12-13.

¹⁰⁴ Seguimos en esto a VERNAUX R *Filosofía del hombre*. Barcelona: Herder, 199?.

cuerpo para existir. La única posibilidad de desaparición del alma humana es que sea aniquilada por Dios, pero esto sería un sin sentido puesto que Dios habría creado un ser para que viva para siempre, impidiéndole luego esta posibilidad. Y no es que Dios no pueda hacerlo, porque Él puede hacer todo lo que quiere; lo único que no puede es querer hacer algo contradictorio.

Hay, además, otro argumento para probar la inmortalidad del alma: un deseo natural no puede ser vano. Esto significa que si una naturaleza desea profundamente algo, está hecha para eso y, por lo tanto, tiene que ser algo posible, sino caeríamos otra vez en una contradicción. Y cómo es posible comprobar que en todos los hombres existe el deseo de vivir siempre, siendo el tema de la muerte algo natural al hombre, podemos concluir que el alma está hecha para la inmortalidad.

- es **creada inmediatamente por Dios**: los padres no pueden ser causa del alma de sus hijos, porque ésta es una realidad espiritual y lo que es espiritual es simple, no tiene partes. Como nadie puede dar lo que no tiene, sólo un ser espiritual que tenga capacidad para crear puede dar existencia a un nuevo espíritu. Esto se produce en el instante en el cual comienza a existir un nuevo ser humano, en el instante preciso de la fecundación, en esa primera célula que tiene una vida distinta de la de la madre. El alma es aquello que le está dando vida, por lo tanto, hay allí un ser humano en potencia.

Como dijimos anteriormente, el alma no preexiste al cuerpo porque ha sido creada para dar vida a un cuerpo determinado, y no para que viva por sí misma. Cabe entonces la pregunta: ¿cómo se realiza esta unión entre el cuerpo y el alma?

Para algunos filósofos, se trata de dos sustancias separadas que se unen para realizar determinadas operaciones. Esto es lo que habitualmente se llama dualismo, es decir, la tesis de dos sustancias. Y lo podemos encontrar, en primer lugar, en Platón que enseñaba que el alma es un espíritu puro, caído en un cuerpo en el

cual se encuentra encerrado como en una prisión. Una idea semejante se halla en Descartes.

Para Spinoza, el alma y el cuerpo no son dos sustancias, sino dos modos de una misma sustancia: la sustancia infinita que es Dios. Para Malebranche y Leibniz, se trata de dos sustancias que no se comunican para actuar ¹⁰⁵.

Nosotros, siguiendo el pensamiento de Aristóteles, afirmamos que no hay dos sustancias distintas, sino que el hombre es un ser en el cual se dan unidas formando una sola sustancia, el cuerpo y el alma. El alma no es el hombre, ni el cuerpo es el hombre. La persona humana es un compuesto en el que el cuerpo y el alma forman parte de una misma sustancia.

Y esto es posible deducirlo a partir de algunas experiencias que nos son comunes a todos los hombres:

- es el mismo hombre el que realiza actos de distinta naturaleza, como el pensar y el sentir, es decir, que ambos pertenecen al mismo yo, no a dos seres distintos (salvo en caso de insanía mental).

Es posible, también, comprobar por la experiencia que algunas actividades mentales se ven impedidas por la situación del cuerpo; así por ejemplo, con un intenso dolor de cabeza resulta imposible reflexionar sobre algo profundo. Esto no sería posible si no hubiese un único ser del cual salen ambas operaciones.

Lo mismo sucede con la influencia que tienen nuestros pensamientos sobre la salud del cuerpo, y esto lo sabemos particularmente por nuestras situaciones de estrés.

El hombre es una sustancia compuesta de materia y de forma. La materia es el cuerpo y la forma, el alma. No hay que confundir aquí forma con figura; forma no significa contorno físico, sino, el principio de ser y de acción del cuerpo. El alma hace que el cuerpo exista como una sustancia viva, organiza sus partes y le da unidad; y por otra parte, es el principio intrínseco de sus acciones. El alma es el principio de los actos vitales (nutrición, movimiento, sentimiento y pensamiento). Esto no significa que se es una forma enteramente absorbida por la función de dar vida a un cuerpo, ya

¹⁰⁵ Idem, p. 222 y 223.

que ella tiene, además, una actividad propia, como sucede durante el tiempo que media entre la muerte y la resurrección del cuerpo en el cual ella sigue viviendo aunque separada de aquél. La unión del cuerpo y el alma es algo natural, es decir, que el alma fue creada para un cuerpo concreto, y no es una unión solamente funcional.

De los relatos de la Creación, se concluye que la persona humana comprende no sólo el alma sino también el cuerpo, y esto significa que también el cuerpo depende de Dios en su ser y que tiene un sentido especial en su obra creadora. El ser humano coopera con el Creador en la obra de hacer que todas las cosas alcancen el fin último. Para ello, tiene una dimensión especial no sólo lo espiritual, sino también lo corporal. En cierto sentido, se puede decir que el hombre, varón y mujer, y a través de esta complementariedad de los sexos, se convierte en el “compañero” de Dios en la tarea de hacer que la Creación alcance su fin.

La corporalidad en el hombre significa nuestra pertenencia a la historia del universo; es el signo de nuestra solidaridad con el cosmos. Ella es también, como en el caso del alma, una manifestación de la Bondad divina. La vida humana en su totalidad es un don, un talento confiado a la libertad del hombre y una expresión del amor permanente de Dios que la conserva en su ser. Todo esto significa tener cuerpo, y por esto, el valor de la vida humana es sagrada e inviolable, ya que dañarla es un modo de rechazo del don divino, de rechazo al Amor del Creador.

Así podemos concluir que de ninguna manera el cuerpo (la materia) es un obstáculo para llegar a Dios; por el contrario, constituye el espacio personal en el cual experimentamos nuestro ser como un don del Amor divino. Es importante la autoconciencia de la bondad del cuerpo puesto que, desde allí, el hombre descubre las posibilidades de comunicación con el resto de las creaturas que pertenecen al universo, y a través de esa comunicación, cumple con la misión que tiene en el cosmos.

El cuerpo humano tiene, en primer lugar, una dimensión personal, en la medida en que no es solamente una cosa que el hombre posee, sino que el hombre existe en un cuerpo, como una persona humana. El cuerpo es el “lugar” en el cual se expresa y actúa el ser humano; en él, adquieren forma y se concretizan sus potencialidades, todas ellas en relación con su corporalidad. Incluso el entendimiento humano tiene una dependencia directa con el

cuerpo, puesto que depende de él para actuar. El conocimiento racional se inicia en los datos sensibles que obtiene el hombre a través de los sentidos orgánicos. El cuerpo participa en la realización total de la persona y es el ámbito primero dentro del cual el ser humano experimenta y realiza su existencia ¹⁰⁶.

Otra de las dimensiones que explica el sentido del cuerpo humano es la relación que, a través de él, establece el hombre con el mundo creado. Si bien el hombre trasciende el universo de lo material, al mismo tiempo, está constituido por esos mismos elementos del mundo. El cuerpo es el signo visible de esta pertenencia a la tierra (*Adám-adamá*). En el primer relato de la Creación, el ser humano aparece como la coronación de obra creadora de Dios; en el segundo relato, el hombre es creado a partir de la tierra, y recibe, además, el mandato de cultivarla. En otras palabras, el hombre es un colaborador de Dios, vive en el mundo con la tarea de continuar la obra que Dios comenzó. El cuerpo manifiesta la posibilidad de cumplir con esta misión en el mundo material. Dominar sobre el resto de la Creación significa poseer y desarrollar las potencialidades de la Creación para el bien de todos los hombres. Naturalmente, esta transformación del mundo por el trabajo no es un hecho solamente material, sino espiritual, más precisamente ético, puesto que se trata de la responsabilidad que el hombre asume frente a la Creación.

El cuerpo humano tiene, además, una dimensión social ya que, por su medio, se realiza el encuentro con los otros hombres, compartiendo con ellos una vida que es, por la naturaleza misma del hombre, comunitaria. El ser humano es pensado por Dios como una totalidad, esto es, el varón y la mujer se complementan de manera que juntos realizan la imagen de Dios. Por esto, el hombre rodeado de toda la Creación se siente solo, como vimos en Génesis 2; a pesar de que el mundo estaba lleno de seres, con ninguno de ellos podía el hombre llegar a una comunión espiritual. El hecho de que Dios le presente una mujer al hombre es porque éste sólo es incompleto. Así, Adán exclama en el relato: “esta sí que es carne de mi carne”.

¹⁰⁶ Cf. ROCCETTA C. *Per una teologia della corporeità*. Torino: Camilliane, 1993, p. 118.

La expresión más elevada de esta reciprocidad entre el varón y la mujer se realiza en el matrimonio, pero también fuera de él, en todo tipo de encuentro que cada uno tiene con los otros, en toda forma de amor y de comunión, de colaboración y de vida en común que expresa la naturaleza social del hombre. El hombre es un ser hecho para relacionarse con los demás, y el cuerpo es la presencia y el lenguaje de este modo de ser del hombre. La corporalidad es la forma visible por la cual un ser humano se presenta a otros y se comunica. El cuerpo es la revelación de la persona, particularmente el rostro que manifiesta su interior¹⁰⁷.

Por último, tenemos que decir que el cuerpo tiene una dimensión ético-religiosa, en la medida en que, por su intermedio, el hombre se relaciona también con Dios. Del relato del capítulo segundo del Génesis, se deduce una extraordinaria familiaridad entre el hombre y la mujer con Dios; ambos comparten su vida con Dios. Hay, en el hombre, conciencia de que todo su ser depende totalmente de Dios. Por esto, tiene que darle gloria, es decir, honrarlo como Dios, también a través de su cuerpo. Esta tarea supone una elección libre por parte del hombre, esto es, la decisión voluntaria de buscar el bien con todo el ser, cuerpo y alma. No caben aquí distinciones entre el alma y el cuerpo; el ser persona es una totalidad.

Conviene aquí, entonces, mencionar aunque sea brevemente, el sentido de la sexualidad humana. Trataremos de descubrir el sentido que tiene, no sólo el cuerpo en forma individual, sino la complementación del varón y la mujer. Para descubrir el valor que tiene la sexualidad en el hombre, hay que recordar que la persona humana es el ser más noble y excelso que existe en el universo visible. Tiene valor en sí misma y por sí misma y tiene un destino de eternidad, y esta vida eterna a la cual está ordenada le confiere una dignidad especial al cuerpo y a la sexualidad.

La sexualidad es una facultad de la persona humana por la cual el hombre coopera en la obra de la Creación divina en cuanto que, por ella, Dios crea nuevos seres humanos. La sexualidad tiene una dimensión biológica (corporal-orgánica), pero también una dimensión psíquica que se revela a través de la atracción que une al hombre y la mujer. Dicha atracción no es solamente física, pues

¹⁰⁷ *Idem* p. 121.

lleva a la persona a buscar una plenitud que se obtiene “en y desde” la complementariedad entre masculinidad y feminidad. El ser humano, por naturaleza, busca la plenitud de sí mismo a través del otro, pero hay una tercera dimensión de la sexualidad, que es más profunda aún: la espiritual. Cuando una persona madura descubre en el otro sexo a “la persona” en su suprema dignidad, es decir, la persona dotada de un valor y belleza tales que la hacen merecedora de ser amada, querida por sí misma. A partir de acá, se producen entre el hombre y la mujer la máxima unión posible, es decir, la unión espiritual que se expresa mediante el lenguaje propio de la sexualidad¹⁰⁸.

Cuando el ser humano logra esta comunicación interpersonal en un amor espiritual, puede descubrir el verdadero valor de la sexualidad, puesto que la percibe no como una realidad en sí misma o en cuanto que sirve a los propios gustos, deseos, intereses, sino como la posibilidad de la donación de sí mismo. El hombre no se realiza si no es entregándose y venciendo su propio egoísmo. Esto se percibe también, a nivel corporal, en la necesidad del otro sexo. Por lo tanto, podemos concluir que la dimensión biológica y psíquica se realizan plenamente en la espiritual¹⁰⁹.

La sexualidad es un bien no porque sea algo útil o agradable, ni por el placer que pueda brindar, sino porque en sí misma y por sí misma es buena. Nunca puede ser el fin de la vida humana por más intensidad que tengan los placeres, puesto que la persona está hecha para algo más, la comunicación en un amor espiritual que sólo es posible por la donación de sí mismo. La sexualidad es la facultad que permite la mutua donación del varón y la mujer, por lo tanto, su valor radica en cuanto conduce a ese amor personal.

Si la sexualidad humana fuese solamente un bien útil o un bien que produce placer, deberíamos concluir en que es lícito usar a las personas en las relaciones sexuales, pero aquél que usa a los demás es porque no los ama, sólo se ama a sí mismo, y como esto es contrario a su naturaleza, termina destruyéndose. Esto se

¹⁰⁸ Cf. CAFFARRA C. *La sexualidad humana*. Madrid: Encuentro, 1987, p.31-47.

¹⁰⁹ *Idem* p.34.

expresa en la sensación de vacío y frustración que se siente cuando no se da la comunión espiritual.

3. La persona humana

La Sagrada Escritura, decíamos, no tiene una definición científica sobre el hombre; sin embargo, se puede decir que los distintos conceptos de hombre que en ella aparecen se sintetizan en la expresión del Génesis que designan al hombre como *imago Dei*. Con esta expresión, el texto sagrado resalta la condición superior del hombre en la Creación.

La Teología ha tomado de la Filosofía un concepto para expresar lo que el hombre es como imagen de Dios; y ha aplicado, análogamente, este concepto a Dios mismo. Estamos hablando de la **noción metafísica de persona** que trataremos de explicar a continuación.

En primer lugar, tenemos que dejar en claro la perspectiva de nuestro análisis; como dijimos, hablamos de una noción filosófica y no entramos en el ámbito de la Psicología o la Filosofía del derecho.

Cuando se habla normalmente de **persona**, se tiende a identificarla con la personalidad, lo cual es un error, porque la personalidad está en el orden del obrar y se refiere al modo de ser y hacer que tiene el hombre, pero antes que el obrar está el ser y es esto lo que queremos conocer. La **personalidad** es el conjunto de cualidades (heredadas y adquiridas, cognitivas y emocionales) que definen al ser humano concreto, individual y viviente. A esta definición clásica podríamos agregarle otra: personalidad es el peculiar y característico modo de sistematizar, asimilar e integrar la información que recibe el ser humano. El tercer modo de comprenderla puede ser el de identificarla con el modo con que cada individuo humano se adapta al medio. Finalmente, se la podría definir como el sustrato sobre el que se asienta el modo de operar del ser humano, el centro de gravitación del obrar individual, el motor de la actividad.¹¹⁰

En todos estos casos, se trata de analizar la acción del psiquismo humano y su relación con el ambiente; y esto se realiza, sobre todo, a través de las distintas técnicas de evaluación de la

¹¹⁰ Cf., PELECHANO BARBERÁ, V. *Personalidad, descripción psicológica general*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, p. 363-365.

personalidad (técnicas proyectivas, técnicas subjetivas, tests psicométricos, tests objetivos).

En nuestro caso, el estudio tiene como objetivo no ya el carácter, la conducta o el temperamento del individuo humano, sino aquello que lo constituye en su ser y que es anterior a toda manifestación psicológica.

El ser en las cosas es una realidad invisible pero real y consiste en un acto que hace que algo exista; y no sólo que exista, sino que, además, exista de una manera determinada. No es lo primero que se percibe de un ser, puesto que lo primero que se percibe es la existencia de un ser por los sentidos, pero es aquello que permite que ese ser esté allí. En el caso de la persona humana, percibimos, en primer lugar, su existencia porque lo vemos y sentimos; en el segundo momento, a través de la actividad de la razón podemos descubrir que se trata de un ser diferente y que esto se manifiesta en que puede pensar (es lo que estudia la Psicología y Antropología filosófica). Sin embargo, si usamos la inteligencia para estudiar al ser humano y profundizamos en la abstracción (dejando de lado sus condiciones físicas particulares, y sus modos de pensar y amar), podemos llegar a descubrir que hay un ser que es el fundamento de este individuo humano y que es el que hace que exista este compuesto de cuerpo y alma.

Así es como la metafísica mira las cosas, esto es, se pregunta por su existencia y por su modo de ser. En esta perspectiva encontramos una definición clásica de persona: **la persona es una sustancia individual de naturaleza racional**¹¹¹.

Antes de entrar en la explicación metafísica de esta noción, debemos recordar que esta noción es de origen griego: *prósopon*, que designaba las máscaras que usaban los actores en los teatros. Estos actores representaban, en las comedias y en las tragedias, a hombres importantes; por esto, desde el inicio, el concepto se identifica con la dignidad del personaje. De allí lo toma la escuela filosófica del estoicismo para referirse al ser humano y hablar del papel que desempeña el hombre en el escenario del mundo; así por ejemplo, lo expresa Epicteto en el siglo I. En el siglo II, se traslada al ámbito jurídico para distinguir los temas que se refieren a las

¹¹¹ Es la definición Boecio en *De Duabus naturis et una persona Christi*, c.3: PL-64, 1345.

personas de aquellos que se refieren a las cosas (esto sucede, por ejemplo, en el Digesto I de Gayo). En este contexto, el cristianismo asume la noción para aplicarla a Dios y, análogicamente, al hombre (esto se da en el Concilio de Constantinopla II, año 553, cuando se afirma que en Dios hay una naturaleza y tres personas). En este caso del uso teológico, aparece también una noción que es equivalente a la de persona, la de **hipóstasis**: subsistencia.

Los Padres de la Iglesia son los primeros en usarla para hablar de la Trinidad, entre ellos, principalmente Tertuliano, Novaciano, San Hilario, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio de Niza y San Gregorio Nacianceno. La expresión se usa no sólo para el tema de las Personas divinas, sino también para explicar el misterio de Cristo. Por eso, aparece en las definiciones de Fe de varios Concilios (Constantinopla, Éfeso, Calcedonia)¹¹².

Regresando al concepto filosófico, vamos a tratar de explicarlo siguiendo la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

Vamos a explicar la definición explicando sus partes:

- es **substancia**: La substancia es la esencia lo central de una realidad, aquello que hace que algo sea lo que es. En todas las cosas hay, además de propiedades, un núcleo indiviso y unitario que congrega las distintas propiedades, dando a cada cosa su unidad y su carácter propio y fundamental. Ese núcleo es la esencia y es aquello que responde a la pregunta: ¿qué es esto? La substancia es, además, el sujeto portador y sustentador de los accidentes, lo que permanece mientras que los accidentes cambian y eso es lo que indica la expresión latina *substare* (estar debajo). Esto significa que es aquello que subsiste, es decir, que existe en sí mismo y no en otro como los accidentes. Los accidentes son seres que existen necesariamente en otro (como los colores: el azul y amarillo que se dan en el cielo, en el sol y en una gloriosa camiseta de football; no existe el azul o el amarillo sino en las cosas, por esta razón, podemos

¹¹² BELTRÁN, F. *Persona en Gran Enciclopedia Rialp*, op. cit., p.346-353.

decir que el ser de la sustancia es más perfecto que la del accidente)¹¹³.

En conclusión lo primero que indica la definición es que la persona es un ser que existe en sí mismo, y no en otro.

- es **individual** para determinar que no se trata de un ser abstracto, sino de un ser concreto. En sentido filosófico, individuo es un ser que es distinto de los demás e indistinto de sí mismo. La individualidad es una negación en cuanto se sostiene que un ser no es otro. En los seres compuestos de materia y forma, esto se da por la materia, puesto que ésta es potencia y determina los límites de un ser. Pero en los seres espirituales, se da sólo por la forma, esto significa que, en el caso del hombre, su corporalidad es un principio de individuación, de distinción de los otros.
- **de naturaleza racional:** para señalar la peculiaridad de esta sustancia: “Más todavía lo particular y lo individual existe de una manera más especial y perfecta en las sustancias racionales, que son dueñas de sus actos; por cuanto no son solamente movidas como los demás seres, sino que obran por sí mismas; y las acciones son propias de los singulares, por lo cual los singulares racionales han recibido entre todas las sustancias un nombre especial que los distingue; y este nombre es la palabra **persona**”¹¹⁴. El intelecto en el hombre significa, por un lado, apertura a todas las cosas en la medida en que, por el conocimiento, el hombre puede tener las esencias de las cosas en su mente; y por el otro lado, es lo que le permite al hombre ser libre ya que, el hombre obra con conocimiento del fin por el cual obra.

La persona humana tiene dos características propias de su forma de ser:

¹¹³ Cf., ARTIGAS, M.- SANGUINETI, J.J. *Filosofía de la naturaleza*. Pamplona: Ed. Univ. Navarra, 1984, p. 46-48.

¹¹⁴ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*. I, q.29, a. 1, c.

- 1) la **subsistencia**: es subsistente en cuanto es el modo más perfecto que tiene una sustancia de existir, dado que no sólo existe en sí misma, sino que, en cierta manera, se dirige a sí misma. Se trata de una sustancia individual completa imposible de comunicar a otro.
- 2) la **incomunicabilidad**: La substancia en el ser humano está compuesta por el cuerpo y el alma, de manera tal que son inseparables, a no ser de manera accidental (durante la espera de la resurrección del cuerpo en la vida eterna). Se puede decir que el cuerpo y el alma se comunican entre sí, en cuanto unidos forman esta única sustancia llamado ser humano. Pero no puede darse ningún otro tipo de comunicación de este ser a otro, esto es, no puede unirse la persona humana a ningún otro ser, dejando de ser lo que es. No puede ella perderse en un todo como si fuera parte de él (como pretende el panteísmo que interpreta la vida eterna como una fusión del hombre en una masa indefinida que sería la sustancia divina).

La persona no puede darse totalmente; hay una dosis de soledad y otra de comunicación. El hombre puede entregarse a otro por el amor, unirse profundamente por el espíritu a otra persona; puede entregarle sus actos, su trabajo, etc., pero no puede entregarle su ser. El hombre nunca puede dejar de ser quien es, nunca puede destruirse a sí mismo ni en esta vida ni en la otra.

En este sentido, podemos decir que en su ser más íntimo es un ser autónomo por cuanto no necesita de otro para existir. En esto radica que sea una **sustancia completa**. Sin embargo, no debemos entender esta autonomía en un sentido absoluto, porque en su ser depende de Dios en cuanto Él la crea y la conserva en la existencia.

La persona no puede ser poseída por otro. Es una realidad, en cierta medida, clausurada ópticamente en sí misma. Esta es la paradoja de lo humano, por un lado, por su naturaleza espiritual está abierta como ningún otro ser a la comunicación, la incorporación de las cosas por el conocimiento y a la donación de sí mismo por el amor; pero, por otro lado, se trata de una totalidad incomunicable. Y éste es precisamente el fundamento metafísico de su dignidad. Es el ser más perfecto entre las creaturas y su dignidad no depende de sus condiciones personales, sino de su mismo ser. Por lo tanto,

hasta el hombre menos capaz es infinitamente más digno que cualquier otro ser de la reacción.

Esto significa ser imagen de Dios, ser persona como Dios es Persona. Dios hizo partícipe al hombre del modo más elevado de ser y lo respeta aún en la Vida eterna. El Cielo consiste en las personas humanas contemplando y gozando de las Personas divinas.

De esta noción metafísica de persona, se pueden sacar algunas conclusiones interesantes:

- 1) la persona humana no puede ser usada con ningún otro fin inferior a ella en dignidad, esto es, no puede ser usada con un fin político, económico, etc. El punto de partida y de llegada de los totalitarismos de Estado (comunismo, fascismo, nazismo) es la pérdida de la dignidad de la persona. Lo mismo sucede en el ámbito de la economía cuando se convierte a la persona en un elemento más de una sociedad de mercado, contrariamente a lo que debería ser, es decir, que el hombre y su realización sean el fin de la economía;
- 2) también en nombre de la religión puede no valorarse esta dignidad si se afirma una teoría panteísta, en la que la única sustancia es un modo de negar la persona; o bien, cuando se exige sin motivo el sacrificio de la vida humana;

El hombre sólo puede entregar su vida plenamente a Dios, a quien le debe todo lo que tiene y lo que es, y que nunca le exigiría que dejara de ser persona. Quiso Dios ser amado por un ser personal, y de semejante dignidad lo revistió.

La dignidad de la persona humana es uno de los frutos de la Cultura católica, pues con la incorporación de la concepción de hombre dada por la Revelación y la afirmación de Dios como un Ser personal, la persona se abre a una perfección más plena, que va

logrando con su esfuerzo en la dimensión temporal y que alcanza totalmente en la Vida eterna¹¹⁵.

Por lo tanto, para el hombre, **ser persona** a imagen y semejanza de Dios significa no quedar encerrado en los límites de la naturaleza, sino trascenderse en un camino de perfección que supera su naturaleza. De esta manera, su dignidad se fundamenta en su ser, pero no queda atrapada allí sino que se abre a Dios, su Creador.

En la modernidad, filósofos como Kant pusieron el fundamento de la dignidad personal en el orden moral, es decir, en su capacidad para relacionarse con los otros, pues la persona es básicamente subjetividad y conciencia. En esta línea de pensamiento, Hegel llega a sostener la disolución total de la persona en el absoluto¹¹⁶.

En la sociedad actual, se difundieron muchas de esas ideas, por eso, para muchos, la dignidad está dada por la sociedad que la reconoce como tal a través del derecho y la proclamación de los derechos humanos.

No está mal que la sociedad nacional o internacional reconozcan el valor de la persona; pero es importante aclarar que sólo lo reconocen, no lo crean, porque ya existe antes, mucho antes, desde el momento en que comienza a existir el ser humano. El fundamento último de este valor radica en el ser mismo, en el hecho de que la persona es el modo más perfecto de ser de una sustancia y, por eso, es incomunicable y subsistente. Para que el hombre tome conciencia de su dignidad debe empezar por conocer su ser.

¹¹⁵ Cfr. FÓSBERY A., *La Cultura Católica*, Buenos Aires: Tierra Media, 1999, p.309ss.

¹¹⁶ Idem p.319-331.

Capítulo 4 Lo sobrenatural

“**Lo sobrenatural**” hoy nos resulta una expresión ambigua por la diversidad de significados que tiene según los contextos y por la poca claridad con la que, a menudo, se lo define. Nosotros vamos a intentar repasar algunos de esos significados.

Al escuchar hablar de lo sobrenatural lo primero que se nos ocurre pensar es en el título de uno de esos programas de la TV del canal Infinito, en los cuales hay un personaje que, hablando con forzado tono de misterio, intenta introducirnos en los secretos de alguna de las concepciones orientales sobre la vida del hombre y el mundo.

Otro sentido de la expresión se halla en los libros pseudo-filosóficos o pseudo-teológicos de la New Age, en los cuales se usa como síntesis de una espiritualidad que se funda en el panteísmo. El hombre tiene que tomar conciencia de que forma parte de una única sustancia, el Todo, y a través de esta tarea racional, alcanza su propia salvación. “Sobrenatural” significa, en este caso, la conciencia que el hombre tiene de lo divino de su ser; éste sería el modo de alcanzar la armonía corporal y espiritual, y a través de ella, la plenitud.

Pero “sobrenatural” es, además, un término que se ha banalizado en la expresión popular y que se aplica para hacer referencia a una experiencia profunda de exaltación de los sentidos, un estado de éxtasis al cual el hombre llega por el placer. Una variante dentro de esta idea sería cuando se aplica este concepto a la idea de “inspiración” que ilumina y dirige la obra de un artista en un momento especial de “iluminación”, o a la experiencia estética que puede conmover el alma de un hombre ante la presencia de lo bello.

En todos estos casos, se verifica una profunda desvirtuación del significado de este concepto; puesto que el mismo término sugiere algo que escapa a la realidad humana y a las posibilidades de su propia fuerza. Se trata de aquello que está por sobre la naturaleza sea del mundo o sea del hombre. Es algo que trasciende, que está por encima, que está antes y después del hombre: Dios, que es su Causa. De esta forma, nos acercáramos más al concepto cuando nos referimos a la existencia de fenómenos que exceden la capacidad humana para realizarlos y comprenderlos. El ejemplo

más claro es el del milagro. A veces, se confunde el milagro con lo sobrenatural, y decimos se confunde porque son cosas distintas; el milagro (una sanación, por ejemplo) es un hecho sobrenatural, pero sólo en cuanto al modo cómo se produce. Es un hecho que se realiza al margen de las leyes de la naturaleza, a raíz de una intervención extraordinaria de la Primera Causa eficiente de todo, que es Dios. Así es en este sentido que se dice que es “sobrenatural” una curación milagrosa, porque no tiene posibilidades de explicación por medio de la ciencia ¹¹⁷ .

Pero “sobrenatural” no sólo es lo que se produce de esa forma extraordinaria, sino también algo que el hombre recibe desde afuera, que no sale de él mismo y que produce, en él, un efecto que es sobrenatural en sí mismo: la participación en una vida diferente, superior, como es la Vida divina. En el caso del milagro, el hecho es sobrenatural, pero el efecto es natura: por ejemplo, la salud del cuerpo. Pero en el segundo caso, no sólo el hecho es sobrenatural (tener Fe, por ejemplo), sino que el efecto es también algo sobrenatural puesto por Dios en el hombre: la aceptación de la existencia de una realidad de la cual no tengo evidencia ni por los sentidos ni por la razón, que es la Realidad divina.

Cuando nosotros hablamos de “sobrenatural” nos referimos, entonces, fundamentalmente a esta participación del hombre en la Vida divina. Insistimos en esta idea porque, a menudo, se piensa en lo religioso como en un sentimiento que lleva al hombre a “obligarse” con unas leyes que marcan un estilo de vida.

La religión no es un sentimiento, porque estos no son más que movimientos pasajeros de la parte sensible del hombre. Aunque pudiera la Fe concluir en un sentimiento (por ejemplo, de compasión por el prójimo o de deseo de Dios que nos haga sentir bien y nos impulse a obrar), la fe es algo mucho más profundo, pues radica en la parte más elevada y expresa el deseo más íntimo del hombre: el deseo de Dios.

La religión tampoco consiste solamente en una ética, si alguien se obliga en conciencia a cumplir con preceptos religiosos es porque antes cree en alguien, en Alguien.

¹¹⁷ Cf. SPIAZZI R. *Natura e grazia, fondamenti dell'antropología cristinana secondo San Tommaso d'aquino*. Bologna: Studio Domenicano, p.145-149.

Quedarse con esta idea de lo religioso sería una ignorancia respecto de lo que constituye la naturaleza humana, que es poner al hombre en relación con un Ser superior, distinto de él mismo. Es cierto que es posible observar fenómenos externos en la vida humana como consecuencia de una convicción religiosa, pero es cierto también que, en realidad, más allá de esos comportamientos, hay algo que es inexplicable para las capacidades humanas: hay una fuerza espiritual, más potente que los sentimientos y la razón, que eleva al ser humano a vivir de realidades que alcanza a percibir sólo por la Fe.

Lo sobrenatural, en sentido cristiano, es lo que Dios pone en el hombre, y no lo que éste logra con su esfuerzo personal. Es esa íntima convicción de la presencia de Dios en los ritos sacramentales o la aceptación de su Palabra, por ejemplo. Algo que no puede salir de él mismo, que viene de arriba. ¿Cómo es factible si no que, al mirar un pedacito de pan sin levadura, uno crea que es el Cuerpo de Cristo y se arrodille?

Lo sobrenatural es la realización de un movimiento en dos tiempos:

- **1º movimiento:** Dios toma la iniciativa, sale de sí mismo, por así decirlo, y pone algo de sí en el ser humano: su Vida, una energía que genera el segundo movimiento.
- **2º movimiento:** la elevación del hombre a una Vida distinta, superior.

Es así: se vive de realidades espirituales de las que no se tiene certezas racionales, se buscan cosas que no se perciben con los ojos. El que ama a Dios tiene una vida absolutamente distinta de aquél que no lo conoce o lo rechaza.

El creyente, más allá de sus dificultades para cumplir con todo lo que le exige el modelo de vida que intenta imitar, tiene unos criterios que determinan su vida cotidiana que surgen de la Fe en Dios; por ejemplo, desde el sentido de la vida y la muerte o de la misión que pretende cumplir en su existencia terrenal hasta la valoración de las cosas materiales en una jerarquía de valores que suponen cosas más valiosas.

Entonces, la religión no es que sirva para vivir mejor aquí, es que viviendo de realidades espirituales, el hombre llena su existencia con la búsqueda de una vida mejor que sólo es posible en la eternidad de manera perfecta, pero que se anticipa en algo aquí por la Fe. La religión no puede tener nunca como finalidad última esta vida, porque entonces sí sería un producto del hombre y para el hombre. Un ejemplo de esto sería si la desvirtuación del sentido de la acción cultural, como sucede con la meditación trascendental que proponen algunas religiones. No hay que confundir la oración cristiana, un diálogo personal con Dios, con la meditación que proponen las religiones orientales, pues en éstas. no se dialoga con nadie más que con uno mismo, no hay otro ser distinto y superior, es sólo la búsqueda de sí mismo y por sí mismo.

Conviene, pues, distinguir lo que tiene el hombre y puede desarrollar que son sus capacidades naturales, de aquello que puede recibir pero nunca jamás sacar de sí mismo: lo sobrenatural dado por Dios.

1. Lo natural y lo sobrenatural

Para tratar de explicar qué entendemos por **sobrenatural**, nos vamos a remitir a las palabras mismas de Jesús.

En el Evangelio de San Juan, se narra el encuentro que tiene con una mujer de Samaría (un pueblo de Galilea). En la ciudad de Sicar, se hallaba, según la tradición, el pozo de Jacob. Jesús estaba sentado -cuenta el texto- junto a ese pozo, cuando al mediodía, vino la mujer a sacar agua. Entonces Jesús le dijo: "Dame de beber". Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dijo la mujer samaritana: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?" (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva". Le dijo la mujer: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?" Jesús le respondió: "Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé,

no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna”¹¹⁸.

En este texto, Jesús habla de un agua “viva”. Esta expresión se refiere a lo que la misma Sagrada Escritura llama, en otra oportunidad, **la gracia**. Jesús aprovecha la situación, la necesidad natural de beber agua, para hablarle a aquella mujer de una necesidad espiritual: la sed de Dios que toda alma tiene por estar creada para Él. El agua viva es, entonces, la misma Vida divina que el hombre recibe en su interior; por eso, en el texto, Jesús dice que “aquel que beba de esta agua no tendrá sed jamás”, y que “esta agua brota para la vida eterna”. Es Dios mismo, una participación en su Vida, lo único que puede saciar completamente los deseos de verdad y de amor a un bien que todo espíritu tiene; además, esta vida inicia aquí en la tierra algo que se consume sólo en la Vida eterna con la visión y gozo directo de Dios.

Este texto es la mejor introducción para hablar de esa Realidad divina en el hombre que denominamos **lo sobrenatural**. En primer lugar, deberíamos distinguir este concepto de aquello que constituye la naturaleza del hombre para, luego, ver el modo en cómo esto se hace presente.

La **naturaleza** designa la generación o nacimiento de los seres vivientes, según su significado primitivo. Es el principio intrínseco de una cosa en virtud del cual ella se mueve en busca de su perfección; es aquello que constituye una cosa, que hace que es y no otra cosa (esencia) y que determina el modo de su realización. La humanidad, por ejemplo, es la esencia del hombre y consiste en ser una animal racional, por lo tanto, el ser humano se realiza en la medida en que pone en acto esas capacidades que posee. De esta manera, son naturales al hombre no sólo las operaciones que permiten a su cuerpo material conservarse, reproducirse, o sentir, sino también las operaciones propias de su alma espiritual, como el conocimiento y el amor. Sin ellas, el hombre no se realiza, y por esto, decimos que lo natural determina o mueve a la acción; todo ser, en definitiva, busca su propia perfección.

Natural es, entonces, lo que uno tiene de nacimiento, lo que forma parte de la esencia o se deduce de ella y lo que tienen todos los seres que pertenecen a esa especie.

¹¹⁸ Juan 4, 8-15.

La naturaleza en el hombre comprende las dos dimensiones: la espiritual y la corporal. El alma humana es de naturaleza espiritual y tiene, además de su esencia, dos potencias a través de las cuales actúa: la inteligencia y la voluntad. El intelecto le permite al hombre tener apertura para captar el ser de las cosas y expresarlo después en una palabra; la voluntad es la facultad que lleva al hombre a actuar, principalmente a buscar el bien que le presenta la razón. La vida del alma consiste, entonces, fundamentalmente, en actos de conocimiento y en actos volitivos. Son acciones que ponen al hombre en contacto, por un lado, con el mundo material, puesto que el conocimiento se inicia en la información sobre las cosas que le brindan los sentidos; pero que, por otro lado, también lo ponen en contacto con realidades espirituales que están por encima de sus capacidades naturales, puesto que la inteligencia y la voluntad no se conforman con conocer y amar realidades contingentes, sino que, además, buscan la posesión de realidades absolutas, como la verdad y el bien absoluto.

Todo esto significa que el alma tiene una vida espiritual que corresponde a su naturaleza, pero que, además, ella está en condiciones de recibir una participación en un tipo de conocimiento y amor que no surge de ella, sino que recibe de Dios.

Deberíamos aquí hacer una aclaración: cuando decimos que el hombre es un ser racional por naturaleza, no pretendemos reducir esto a la razón. No es el hombre sólo razón; es ser que razona pero que también siente dolor, placer, ve, toca, etc; es decir, que, además de alma, tiene un cuerpo, y esto es evidente porque cada uno puede percibirse así mismo, por la razón y por los sentidos. Si dijéramos que es puro intelecto, estaríamos negando algo que, por evidente, es innegable y no necesita más pruebas que la propia percepción.

Quisimos hacer esta aclaración porque hay algunos que sostienen que cada uno debe ser feliz como le parezca y que, por tanto, nadie tiene derecho a imponer a otro un modo de felicidad. Y en realidad, esto es un error, ya que si bien es cierto que soy un ser libre, también es cierto que hay cosas que no entran en el ámbito de la opción personal, porque la naturaleza me las exige no sólo a mí sino a todos los hombres. El deseo de comer, el de conocer o el de amar son "exigencias" de mi naturaleza. No soy libre en esto, si no amo a alguien no puedo ser feliz. La naturaleza, mi naturaleza, es el

ser y su modo de obrar, algo que tengo desde que nací y que no me di a mí mismo, sino que lo recibí de otros, de mis padres y de la Causa que genera todo ser que existe.

Ahí está la dificultad para algunos que niegan que exista una naturaleza determinada en el hombre; reconocer esto es reconocer implícitamente que Dios existe y que es Él el origen de mi ser. Además, tal reconocimiento nos lleva a la conclusión de que también nuestro modo de ser hombres, es decir, de obrar, está, en cierta medida, señalado por nuestro propio ser. La negación de esto surge en la historia de la filosofía, en distintos momentos: tanto en la antigüedad como en la modernidad, marcada por el racionalismo y el subjetivismo que terminaron por imponer sus principios en la actualidad¹¹⁹.

La idea de **naturaleza** es un concepto clave hoy, sobretodo, en el ámbito del pensamiento filosófico o científico. Es, por ejemplo, lo que se debate en las cuestiones bioéticas del aborto, la eutanasia y la clonación, en las cuales se juega el futuro de la humanidad. También es decisiva una clara idea de naturaleza humana para evitar que los individuos sean manipulados por los criterios de una sociedad de consumo.

Lo sobrenatural es, por definición, como dijimos, aquello que no sale del ser del hombre, que no lo tiene por ser tal, porque no pertenece a su esencia; que, por lo tanto, puede agregarse a ésta, pero no le pertenece por derecho¹²⁰. Si todas las cosas creadas tienen un ser y éste proviene de una Causa, podemos decir que **naturaleza**, en general, es el conjunto de las cosas creadas, por tanto, designamos como **sobrenatural** algo que no pertenece a este mundo creado. Es aquello que está por encima de él, es el Ser superior y anterior que origina todo, pero que no forma parte de esta Creación.

Trataremos de explicar mejor esta idea. Estamos hablando, en definitiva, de un ser trascendente, y **trascendencia** significa que

¹¹⁹ NICOLAS J.H. *Les profondeurs de la grace*, Paris: Beauchesne, 1969, p.335-360.

¹²⁰ Enseña Santo Tomás que ésta es precisamente la razón por la cual lleva el nombre de gracia, esto es, porque se trata un don dado gratuitamente y que supera completamente las expectativas de las creaturas. (Cf., SANTO TOMÁS, *Contra Gentiles*, III, c. 150).

no se identifica con el mundo, que no está dentro de él, que es un ser distinto. Dios, lo sabemos por la Revelación y por la razón, es la Causa Primera. Ahora bien, **ser causa** significa producir un efecto, el cual tiene que ser diferente de la causa, aunque depende de aquella para existir; pues la causa es siempre anterior y distinta del efecto, porque nadie puede ser causa de sí mismo (nadie puede ser su propio padre), puesto que es contradictorio afirmar que se existe antes de existir. En conclusión, ser causa no significa estar dentro del mundo, encerrado en él, dependiendo de él; la causa existe antes, independientemente del mundo, por esto decimos que “trasciende”.

Dejando de lado todas concepciones equivocadas de lo sobrenatural que citamos antes, tenemos que afirmar que por tal entendemos **el ser mismo de Dios, la realidad de su esencia y de sus obras**, eso que por ser infinito supera completamente lo que el hombre puede pensar o imaginar; por lo tanto, lo denominamos **misterio** (algo oculto, desconocido) para una mente finita como la nuestra. Se trata de la Vida de Dios, de su modo de pensar y amar; es algo que nos supera, nos “trasciende”, que no podemos alcanzar por nosotros mismos, pero que podríamos recibir, en parte, en virtud de que también nosotros somos seres espirituales.

Trataremos de explicarnos. Dios es un Ser puramente espiritual, como veremos más adelante, no tiene cuerpo, y por este motivo, su vida consiste en actos de conocimiento y de amor. Siempre que hablemos de “Vida en Dios” nos referimos a ese tipo de actos y es esto lo que el hombre recibe, por participación, de acuerdo a su capacidad. Esto significa que recibe un conocimiento y un amor que no surgen de su razón y voluntad, sino que son puestos por Dios¹²¹.

¿De qué manera Dios pone esa Vida en el hombre? Es un misterio, es algo que nos supera, estamos hablando de la Vida de Dios y de lo que Él nos da. No obstante ello, podemos compararlo, en cierta medida, con lo que nos sucede entre los seres inteligentes.

¹²¹ Santo Tomás enseña que la gracia es una cualidad en el alma, es decir, se trata de un accidente, no de la misma sustancia sino el alma sería Dios, pero un accidente que modifica la sustancia en cuanto la hace participar de la Bondad divina. Ésta se halla en el alma de una manera imperfecta, esto es, como una participación de la Vida divina. (Cf., SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I-II, q. 110. 2, ad. 2).

Yo sé que puedo poner en otro una idea que antes no existía, que puedo hacerlo conocer algo nuevo, y quizás también por este conocimiento, llevarlo a desear, a amar algo. Algo similar es lo que realiza Dios en el hombre cuando le permite conocer algo que éste jamás alcanzaría por sí: la existencia de tres personas en Dios, por ejemplo.

Ese conocimiento sobrenatural, **la Fe**, no es más que una participación de la Vida divina en mí. Algo que supera mis capacidades y expectativas y que, por lo tanto, viene de “arriba”. Nada hay nada en mí por lo que pueda decir que es obra mía, ni siquiera puedo pensar que lo merezco, puesto que si de alguna forma constituye mi ser, entonces, o ya no es Vida divina, o bien mi esencia es divina, lo cual parece poco probable.

Habría que distinguir en el alma humana lo que ésta tiene de Dios, su Creador: su ser natural, su espiritualidad; de lo que se le agrega y significa para ella una vida nueva, de orden sobrenatural: la gracia. Respecto de la primera, tenemos que afirmar que el alma humana es ciertamente capaz, como dijimos, de recibir algo de Dios. Por ser espiritual y por estar hecha para la perfección espiritual, desea naturalmente a Dios, deseo que se manifiesta en la permanente búsqueda de felicidad. Pero respecto de la segunda, se trata no de la sustancia del alma, sino de un accidente que la perfecciona.

Lo sobrenatural es algo divino en el hombre, puesto por Dios, y no una simple exaltación de sentimientos humanos; tampoco una simple consideración externa de Dios respecto de la persona. Como si fuera una bendición general o un mirada misericordiosa, en cierta medida, es algo de esto, pero es también mucho más que esto: es una participación en el Bien divino. En efecto, Dios no puede darse entero, no tiene el hombre capacidad de recibirlo (así como el vaso no puede recibir toda el agua del mar), pero sí puede darle una parte de su Vida.

La cuestión que se nos plantea ahora es: ¿por qué Dios da esta participación en su Vida? La respuesta no es sencilla porque siempre que hablamos de Dios tenemos que pensar en un Ser distinto a nosotros en su modo de pensar y de amar. En esto último, radica precisamente la explicación que nos interesa. Dios ama de una manera diferente a como lo hace el hombre, porque nosotros, cuando amamos, buscamos un bien (algo que nos realiza, completa,

perfecciona) que ya existe; nadie puede amar lo que no conoce y se conoce lo que existe. Así, por ejemplo, no se puede amar a una persona que no se conoce.

En Dios, en cambio, el Amor no presupone un bien existente, sino que es anterior a este bien. ¿Por qué? Porque todas las cosas creadas son contingentes, esto es, en algún momento, no existieron y comenzaron a existir porque la Causa Primera lo quiso. Pues bien, en esa voluntad o decisión está el primer acto de Amor. Dios crea por Amor, porque es la Bondad Absoluta, y lo bueno tiende a difundirse por naturaleza, como la persona que es buena hace el bien no porque el otro sea bueno, sino porque él es bueno. La razón de la Creación está en Dios, en su Bondad; si Él crea sin necesitar de las creaturas, es porque siendo Perfectamente Bueno, su bondad lo impulsa a salir de sí y a generar otros seres.

Ésa es también la razón por la cual Dios les da a algunos hombres la posibilidad de tener parte en su Vida, de conocerlo y amarlo, que es el modo de vivir con Él. Esta Vida, este conocimiento es lo que pone Dios en el hombre, y es algo real, de hecho los que creen en Él, llevan una vida distinta¹²².

De todo cuanto llevamos dicho, podríamos sacar una primera conclusión: lo sobrenatural consiste en tener parte en la Vida divina, y esto se da no porque yo sea bueno, sino porque Dios es bueno. Su amor es siempre anterior al mío, sino yo no estaría aquí. En este caso de lo sobrenatural también Él me da algo que me supera y que me eleva por pura Bondad, gratuitamente, sólo porque quiere. Por eso, al misterio de lo sobrenatural en Teología se lo denomina: **Gracia**.

¹²² Dice Santo Tomás: «Hay de hecho un amor universal con el cual Él ama todas las cosas existentes. como dice la Sagrada Escritura (Sabiduría 11, 25)...Hay, además, un amor especial por el cual Dios eleva a la creatura racional por encima de las condiciones de la naturaleza, a la participación del Bien divino. En este último caso, se dice que Dios ama a una persona en sentido absoluto, puesto que, con este amor, Dios quiere para la creatura aquél bien eterno que es Él mismo. Ésta es la razón por la cual cuando se dice que uno tiene la gracia de Dios se quiere indicar un don sobrenatural producido por Dios en el hombre». (SANTO TOMÁS. Suma Teológica I-II, q. 110, a. 101).

2. La gracia en la Biblia

No encontramos en la Sagrada Escritura una reflexión sistemática sobre este tema; sin embargo, los distintos términos que se usan para mencionar la gracia manifiestan su sentido. Algunos de estos términos eran anteriores a la Biblia y se usaban en ámbitos profanos¹²³.

En primer lugar, significa el atractivo y la amabilidad que tiene una persona con la cual se atrae a los demás. Esto es, cuando decimos: "tal persona tiene gracia", queremos expresar que tiene cierto encanto o atractivo. En este sentido, Proverbios 31,30 dice: "La gracia es engañosa y la hermosura es vana".

Otro significado es el de benevolencia o buena disposición que logra una persona ante otra, cuando tiene su favor; en este sentido, dice la Escritura que José había encontrado gracia ante Dios (Gn.39,4). En la Biblia, se usa el término hebreo *hesed*, que expresa la amistad de Dios con los hombres, la confianza de éstos depositada en Él y la gratitud por haber llenado de frutos la tierra; así el Salmo 136: "Dad gracias a Yahveh, porque es bueno, porque es eterno su amor. Dad gracias al Dios de los dioses porque es eterno su amor; dad gracias al Señor de los señores, porque es eterno su amor".

Naturalmente, existe también el significado más frecuente: dar gracias a otro por un bien recibido.

También el término gracia designa un favor o auxilio que se nos debe y se nos concede por buena voluntad, cuando decimos que Dios nos concedió tal o cual gracia. Así es como se usa a menudo en la Sagrada Escritura para expresar la necesidad que tiene el hombre de la ayuda divina, y también el poder de Dios que puede y desea brindar esa ayuda. Esto es lo que se pide en el Salmo 25,16: "Vuélvete a mí, tenme piedad que estoy sólo y desdichado". De manera especial, designa las bendiciones de Dios a su Pueblo o la belleza espiritual que tiene el favor de Dios. El Salmo 45, 3 afirma: "Eres hermoso, el más hermoso de los hijos de Adán, la gracia está derramada en tus labios, por eso Dios te bendijo para siempre".

¹²³ Cf. IBAÑEZ MENDOZA. *Dios santificador: I. La gracia*. Madrid: Palabra, 1983, p. 11-12.

Y éste es el sentido en el que se usa en Teología la palabra **gracia**: como don o favor divino¹²⁴, y el sentido con el que se utiliza la expresión en el Nuevo Testamento. Estos textos van a aparecer a medida que veamos los temas más importantes del misterio de la gracia.

Deberíamos tratar de los siguientes temas: la necesidad, la esencia, la causa y los efectos: la justificación y el mérito.

3. El misterio de la gracia

3.1. La necesidad de la gracia

El primer tema a considerar es: ¿por qué es necesario una ayuda de Dios para ser feliz, siendo el hombre un ser inteligente y capaz de realizar cosas que lo hagan feliz?

La respuesta implica una clarificación de la noción de **felicidad**, porque es cierto que los seres humanos podemos realizarnos en la medida que, esforzándonos, ponemos en acto todas nuestras capacidades. El estudio de una ciencia determinada nos permite desarrollar nuestras capacidades intelectuales, por ejemplo; de allí que la investigación resulte, además, un profundo placer para nosotros. El intelecto humano está hecho para conocer, por eso, nos preguntamos por las cosas y sus explicaciones; ahora bien, no sólo nos interesa saber cómo funciona algo, de qué está hecho, sino también para qué sirve. Es decir, nos preguntamos por la finalidad de los seres, porque es quizás ésa la cuestión más

¹²⁴ En el Antiguo Testamento, Dios se define a sí mismo como un Dios de gracia: «Yahveh, Dios de ternura y de gracia, tardo a la ira y rico en misericordia y fidelidad» (Éxodo 34, 6). Esta generosidad se derrama sobre todos los hombres y consiste en una iniciativa totalmente gratuita, no justificada en el pueblo elegido por ningún mérito (Deuteronomio 7, 7; 8, 17; 9, 4.). El signo de la existencia de esta gracia es la fidelidad de Dios a sus promesas, concretamente la entrega de la Tierra prometida. La gracia supone una elección y ésta tiene, por fin, la Alianza, es decir, Dios busca un intercambio, una comunión. Quizás una de las expresiones que mejor la definen en el Antiguo Testamento sea la de *bendición* (Números 6, 25). Por último, la gracia, consiste también en la respuesta del hombre a esas bendiciones, abriendo su corazón y entregándole su vida. Ésta produce corazones nuevos en el sentido de un estilo de vida nuevo (Geremías 31, 31). (Cf. LEÓN-DUFOUR, X. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Barcelona: Herder, 1988, p. 365-367).

importante para descubrir. Ese fin tiene que ver con la esencia de ese ser y sus modos de desarrollo.

Esto nos sucede con las cosas y también con nosotros mismos. La inteligencia tiene una propiedad que la distingue: es reflexiva, es decir, tiene la capacidad de volverse sobre sí misma; no solamente conoce, sino que conoce que conoce. Y este carácter reflexivo de la inteligencia hace que nos preguntemos por la finalidad de nuestra vida, por su sentido.

En ese contexto, surge la necesidad de responder sobre las cosas que nos hacen felices, entonces, vienen a nuestra mente las cosas que consideramos más valiosas: como la familia y su bienestar, los amigos, la posibilidad de ser útil a los demás y ser solidarios con sus necesidades, los bienes que necesitamos para cumplir con todo esto, como la salud, los bienes materiales, más los bienes de orden espiritual que van desde el conocimiento (una capacitación profesional) hasta las virtudes que nos hacen obrar el bien para nosotros y para los demás.

En todos estos casos, basta con una buena educación que nos señale el camino de edificación personal por el desarrollo de las capacidades que forman parte de nuestra naturaleza. Pero es un hecho del que todos tenemos más o menos experiencia que, a pesar de lograr todas estas cosas buenas, permanece en nosotros el deseo de una mayor plenitud personal. Es como si el hombre fuera un recipiente que nunca termina de llenarse, que siempre desea más y que sabe que poco le dura la felicidad que alcanza con tanto sacrificio.

En realidad, en esta experiencia personal, percibimos una gran verdad: la dimensión espiritual nos abre a una realización que no puede ser satisfecha plenamente ni en el orden material ni en el orden espiritual, al menos en esta vida. De allí que todos deseemos un mundo mejor.

Ese deseo ilimitado tiene su explicación en la naturaleza espiritual del alma humana, pues siendo inmaterial, no puede tener límite o cantidad su deseo de plenitud. Esto aparece claramente en el apetito insaciable que tiene la inteligencia de conocer las cosas y la explicación última de todo: la Verdad; y en el deseo profundo de alcanzar un amor que sea para siempre y que realmente llene su

alma. En ambos casos, quizás sin saberlo, el hombre busca a Dios, el único Ser que puede saciar ese deseo.

En conclusión, en el hombre, la **espiritualidad** significa una apertura a la trascendencia. Así es que hay dos tipos de felicidades que se pueden alcanzar:

- una, con el despliegue de todas las potencialidades humanas;
- otra, en la que éstas últimas no le bastan y necesita del auxilio divino.

El hombre necesita absolutamente la gracia para dirigir su vida a un fin sobrenatural, por los siguientes motivos:

- el intelecto humano tiene que ser elevado a la participación del Conocimiento divino por la luz de la gracia, para acceder al conocimiento de las verdades sobrenaturales a las cuales no llega sólo con su razón ¹²⁵.
- la gracia es también necesaria para realizar el bien moral y para evitar el pecado, de manera particular a partir del pecado original, puesto que la naturaleza ha quedado debilitada ¹²⁶.
- es imprescindible recibir la gracia para merecer la vida eterna, y la razón de esto se halla en que un ser para obrar en orden a un fin necesita tener cierta proporción con dicho fin, es decir, capacidad de producir actos a la altura de ese fin ¹²⁷.

En este caso, la felicidad no se realiza plenamente en la existencia temporal; sólo se inicia en ella, pero se completa en la Vida eterna que comienza a partir de la muerte. Hay un pasaje de la Sagrada Escritura en el que Jesús, haciendo una oración solemne antes de subir a Jerusalén para la Crucifixión, afirma que la Vida eterna consiste en un acto de conocimiento: "Esta es la Vida eterna, que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo" (Jn.17,3).

¹²⁵ Cf. SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*. I-II, q. 109, a. 1.

¹²⁶ Cf. idem aa. 2, 3, 4, 8.

¹²⁷ Cf. Idem a 5.

Es importante comprender bien esta necesidad de la gracia. Cuando decimos que, el hombre necesita de ella, afirmamos que no hay que confundir bondad natural con bondad sobrenatural. No se trata de hacer que el hombre sea más “buenito”, gentil o simplemente justo y solidario. No es ése el fin de la religión; ésta tiene una finalidad que trasciende la dimensión civil y temporal. Se trata, más bien, de que el hombre sea visto como bueno por Dios.

Y Dios mira a los seres creados de dos maneras diferentes:

- con una mirada contempla toda la Creación y ve que es buena (como repite una y otra vez el texto del Génesis), que las cosas son buenas en su ser porque existen y porque salen de Él que es bueno;
- con otra mirada contempla al hombre, el único ser con el que puede dialogar y del que espera un acto libre de amor. En efecto, la relación que el ser humano entabla con Dios es absolutamente particular, es personal; por esta razón, Dios espera del hombre algo más que un reconocimiento general. Él espera que salgamos de nuestro encierro y le hablemos, lo escuchemos, lo busquemos, etc. De esto hablamos cuando decimos que existe realmente en la persona humana una vida superior para la cual no es suficiente con que el hombre sea bueno. No se salva el bueno, sino el que acepta y reconoce a Dios como tal.

3.2. Dios tiene siempre la iniciativa

La gratitud del don sobrenatural se pone de manifiesto particularmente cuando consideramos de dónde parte esta acción por la que el hombre es elevado a la participación de la vida divina: el mismo Dios. Esto es algo asombroso, puesto que Dios no necesita del hombre en absoluto, no necesita de nadie, y sin embargo, Él sale en su búsqueda.

Para decirlo de una manera más directa, cada vez que uno busca a Dios, es porque ya antes ha sido encontrado por Él.

Esto es lo que enseña la Sagrada Escritura ya en el Antiguo Testamento, cuando manifiesta en distintos pasajes que la iniciativa de la salvación está en Dios, quien desea enviar a un Mesías a

cumplir con esta misión, sin mérito del pueblo elegido¹²⁸. Lo mismo sucede en el Nuevo Testamento, aunque quizá con más claridad, San Pablo dice, refiriéndose a los pensamientos que suponen un conocimiento por la Fe: “No podemos tener un pensamiento nuestro como puramente nuestro, sino que el poder tenerlo nos viene de Dios”¹²⁹. Con mayor profundidad, lo expresa el mismo Jesús cuando compara la relación entre Él mismo y el creyente con la de la vid y los sarmientos, pues así como la vida de éstos depende de la savia que reciben, de la misma manera, el que cree sabe que: “Sin Mí nada pueden hacer” (Jn.15,1-10).

El don divino comienza a actuar antes que la voluntad humana, y consiste en una iluminación del intelecto y en un impulso de la voluntad, que producen el primer deseo de Dios. Es Dios quién mueve al hombre hacia Él.

El inicio de la Fe, que es el comienzo de la búsqueda de Dios, exige esta ayuda divina, pues si el hombre tuviese capacidad para producir un primer acto que lo oriente hacia Dios sin Él, tendría en sí mismo la naturaleza divina, para decirlo con palabras de San Pablo: “Si es gracia, ya no es por las obras”¹³⁰.

En conclusión, todo es obra de Dios en lo que respecta a la salvación, al menos esto es lo que se puede concluir desde la Teología. No se trata, entonces, de que el hombre necesite el don divino para que lo ayude y le haga más fácil la dura tarea de la exigencia de los preceptos. Se trata, más bien, de que sin la gracia no se puede llegar a Dios, ni siquiera dar el primer paso¹³¹.

Éste es un tema que sigue teniendo relieve hoy en día, porque afirmar que todo es obra de Dios podría parecerle a algunos que es un modo de menoscabar la obra del hombre. Si todo es de

¹²⁸ Cf. Deuteronomio 7, 7-8: «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahveh de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres».

¹²⁹ 2 Cor.3,5.

¹³⁰ Romanos 2,9.

¹³¹ Esto fue enseñado por la Iglesia desde los primeros siglos, así lo definieron en el Concilio de Cartago s. IV, declarando que los que no enseñaban esto se apartaban de la verdad.

Dios, nada es del hombre. Y entonces, o no es salvación real del hombre o no vale la pena hacer nada bueno.

En realidad, hay que tener en cuenta que estamos hablando de actos humanos en orden a Dios y que el hecho de que Dios actúe antes que el hombre no impide que éste sea libre, porque esa ayuda divina supone siempre la libre aceptación del hombre. Puede darme Dios el don de la fe y que yo no lo acepte o no lo cuide y lo pierda.

Cuando hablamos de la gracia, estamos hablando del Amor divino por los hombres, y por eso, si nos preguntamos de qué manera podemos obtener la gracia, enseguida se nos ocurre pensar en aquellas cosas buenas que podemos hacer para demostrarle a Dios que somos buenas personas. Y así podríamos concluir en que aquellos que son más buenos son más amados por Dios. El razonamiento no es del todo incorrecto, pero habría que hacer algunas aclaraciones.

Se está en la verdad cuando se afirma que el que exista correspondencia de parte del Ser que es amado acrecienta el deseo de amar del que ama, por el contrario, la falta de respuesta del otro termina por enfriar el amor. Esto sucede también con Dios, seguramente tiene más ganas de seguir dando dones a aquellos que los usan bien. En los Evangelios, Jesús enseña esto por medio de la parábola de los talentos (dones); en ella, cuenta que un Señor reparte entre sus siervos esos talentos y viene luego a pedirles cuenta, dejando sin nada a aquellos que, por temor, los guardaron y premiando con más a los que los hicieron dar frutos¹³². Así es como piensa Dios cuando regala estos dones.

Pero habría que tener en cuenta aquí que, cuando hacemos estas comparaciones entre el amor humano y el divino, encontramos que son diferentes. En efecto, el amor humano supone el bien; Dios, en cambio, no lo supone sino que lo origina. Así, nuestra existencia no es casualidad sino fruto de un acto de voluntad del Creador; ése es el primer acto de Amor de Dios, antes de que existamos, obviamente antes de que podamos darle algo. Aún más, luego de la

¹³² Cf. Lucas 25, 20: «Señor, le dijo, me has confiado cinco talentos: aquí están los otros cinco que he ganado. Está bien servidor bueno y fiel, le dijo su señor, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más».

Creación, el Amor divino se manifestó más grande al amar al hombre, alejado de Él por el pecado. Así es que el amor de Dios siempre precede al nuestro, sin olvidar claro, que Él no necesita de nosotros. Por todo esto, la gratuidad es absoluta; Dios da por el mismo, porque es bueno y no porque nosotros seamos buenos.

3.3 Las clases de gracia

Dios prepara el alma para que pueda recibirlo; primero, la mueve a amarlo, y luego, se queda de manera permanente, esto a través de dos clases de gracias:

- 1) **la gracia habitual:** tiene cierta permanencia en el alma.
- 2) **la gracia actual:** consiste en una moción de la voluntad, en algo más bien pasajero.

Sólo son modos diferentes de hacerse presente Dios en el hombre.

El hombre tiene inteligencia y voluntad, potencias que tienen capacidad de generar actos por sí mismas; sin embargo, también pueden ser empujadas a obrar por Dios, que es la causa de todo movimiento. De este modo, Dios puede causar este movimiento, de la misma manera en que es Causa de todos los seres, siendo esto no en un acto aislado, sino una Creación permanente, en cuanto las cosas siguen existiendo. Así, cada vez que un ser actúa, lo hace en virtud de que la Causa Primera le dio esta capacidad. Sin embargo, cuando el hombre realiza un acto sobrenatural, como el de la esperanza teológica por ejemplo, se produce una intervención divina diferente, inmediata.

La **gracia actual** es una ayuda divina para realizar un acto que se dirija a la salvación. Dios actúa sobre la voluntad o el entendimiento de manera directa. Esta intervención de Dios en el hombre se da de diferentes maneras: en forma de "iluminación" (cuando Él pone una idea en la mente humana o cuando ayuda a la comprensión de un tema desde una perspectiva teológica) o suscitando el deseo y el amor a Él. En este sentido, dice San Pablo en la carta a los Filipenses: "Dios es quien hace en nosotros el querer y el obrar" (2,13).

En la Teología, se usa una expresión para explicar esta intervención de Dios y la causalidad humana: "Al que hace lo que

está de su parte, Dios no le niega sus gracias”. La expresión rescata el rol de la acción humana: cooperar con las gracias actuales por las cuales el hombre alcanza la gracia habitual (este es el sentido del término en la frase), es decir, la amistad con Dios, que no es un sentimiento, sino la Vida divina participada.

¿De qué manera coopera el hombre? En primer lugar, no poniendo obstáculos. Así, por ejemplo, si Dios me inspira un buen pensamiento (desear un bien espiritual, una virtud o hacer el bien al prójimo), no quedándome en la intención, sino poniendo los medios para que se produzca ese deseo. Otro modo de cooperación con Dios sería generar, dentro de uno mismo, hábitos que me hagan estar más disponible para el bien sobrenatural, tratando de fomentar aquello que ayude a la fe y la esperanza, como el hecho de conocer mejor a Dios. Quizás también evitando aquello que me aleje de esto, como volcar mis energías en cosas que no tienen demasiado valor, esto no sólo distrae sino que perturba la paz del alma.

El que nos creó sin contar con nosotros, por pura bondad, no nos salvará sin contar con nuestra participación, porque quiere ser amado libremente y no por imposición. Él ayuda al hombre por medio de la gracia, siempre que éste no la rechace.

Podríamos completar la explicación anterior con otra frase teológica: “La gracia perfecciona y eleva la naturaleza”. Esto significa que, antes que nada, la supone, es decir, si no existe el hombre, Dios no puede otorgar las gracias, o bien, si la naturaleza es defectuosa al punto de impedir la acción de la inteligencia, por ejemplo, la gracia no puede suplir esta deficiencia¹³³.

3.4. Los efectos de la gracia: la justificación del hombre y los méritos sobrenaturales

Definíamos antes a la **gracia actual** como una moción de la voluntad o el entendimiento, como algo pasajero; ésta se distingue de la que en Teología se llama **gracia habitual**, es decir, una presencia permanente de lo sobrenatural en el hombre¹³⁴.

¹³³ Cf. IBAÑEZ-MENDOZA, *Dios santificador...*, op.cit., p.144-151.

¹³⁴ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I-II, q.110,a.4. La gracia actual es un impulso causado por Dios y recibido en el alma, por el que las potencias son transitoriamente elevadas y movidas para un acto sobrenatural. Su misión es disponer el alma para la gracia habitual.

Y de qué otra manera podría darse esta presencia, sino estableciendo una relación personal profunda entre el hombre y Dios, una amistad, en definitiva. Pues así como uno lleva dentro a las persona que quiere, de un modo semejante lleva a Dios cuando lo ama y es amado por Él.

Naturalmente, esta amistad no significa, como entre los seres humanos, una relación de igual a igual, esto es, en igualdad de derechos y obligaciones; aunque sea mi amigo, Dios es Dios y la cercanía no puede ser sólo un sentimiento humano que buscándose a sí mismo se olvide de mirar al Otro.

Es por esta razón que en la Teología se designó con el nombre de **justificación** al efecto que produce la gracia en el alma. **Justificación** viene de *justicia*, y ésta consiste en dar a cada uno lo suyo, como dice la clásica definición romana; en este caso, se refiere a lo que, en justicia, tiene el hombre que darle a Dios: el reconocimiento como Creador de todas las cosas y el ofrecimiento de su vida.

Es la misma Sagrada Escritura, la que llama “justo” al que escucha la Palabra de Dios y la cumple, identificando al justo con el santo y en contraposición de aquel que, por no escuchar a Yahvé, se aleja de esa “justicia divina”.

La misión de la gracia es restaurar el orden perdido por el acto de soberbia de Adán. En efecto, como dijimos antes, hay un orden en el Universo, porque la Causa que lo origina es inteligente, y los seres fueron creados según una jerarquía para que el ser superior, el hombre, dirigiese toda la Creación al mismo Dios, que es su Principio y Fin. Ese orden se rompió cuando el primer hombre quiso ocupar un lugar que no le correspondía, el lugar de Dios.

El primer auxilio divino para restablecer el orden en el interior fue la Ley que entregó Yahvé a Moisés. La función de la misma era mostrarle el camino, es decir, aquello que debía hacer para mantener ese orden a Dios: los mandamientos (Ex. 20, 1-17). Este primer auxilio era externo al hombre y se limitaba sólo a señalar una ruta. Pero el primer pecado dejó un desorden interior que se evidencia cuando queriendo el bien hacemos el mal; por lo tanto, hacía falta algo más, un auxilio que no sólo indicara el camino, sino que nos diera la fuerza para poder caminar y cumplir con esos mandamientos.

Eso es la **gracia**. No es una declaración externa de justicia en el hombre, ni un sentimiento de compasión divina respecto de la debilidad humana, sino algo divino en el alma, algo que no le pertenece a su ser, pero que está realmente presente. El Amor de Dios, como dijimos antes, es distinto del amor humano, porque causa el bien que ama, no lo supone como aquél. Así Dios ama con un Amor general a todas las cosas por ser su Causa, y con un Amor especial al hombre cuando pone en él un don real, convirtiéndose Él mismo en vida nueva y sobrenatural del alma¹³⁵.

Por este nuevo modo de estar presente en la interioridad del hombre, Dios es la vida del alma; pero no la vida natural (que tiene desde el momento de la concepción), sino una nueva agregada. En efecto, esta vida sobrenatural se suma desde afuera y no se mezcla con la sustancia del alma formando una sola cosa. Pensar algo así sería caer en el panteísmo.

Dios se aproxima de una manera inesperada al hombre, se mete dentro de él, pero sin que dejar de ser Dios y sin que el ser humano pierda su ser. No hay mezcla de sustancias, la divina y la humana, porque ambas son de naturaleza espiritual y lo espiritual es simple e indivisible. La noción se mezcla sólo es aplicable a lo material. Lo divino ingresa en la naturaleza humana como una cualidad nueva del alma (la cualidad es un accidente, es decir, que no es una sustancia) que la eleva a participar de la Vida divina. Por esto, definíamos la gracia como una participación de la Vida divina, porque lo que se recibe es una parte, no todo el ser de Dios; sólo algo de su modo de conocer y amar.

Aquí radica la diferencia sustancial entre el concepto católico de lo sobrenatural, y esa noción en las religiones orientales (budismo, hinduismo, sufismo, etc.). En estas últimas, lo divino y lo humano forman una sola sustancia. También aquí se hace patente la diferencia de concepciones sobre la gracia en las iglesias cristianas, pues mientras que para la Teología católica se trata de un don divino realmente presente en el interior del hombre, para las iglesias separadas (todas las que surgen del protestantismo) se trata de algo externo, de una declaración de Misericordia divina que perdona las faltas pero que no modifica la sustancia del alma. Como

¹³⁵ Cf. SANTO TOMÁS, Suma Teológica, I-II, q.110, a.1.

dijimos antes, la gracia no es una sustancia, es una cualidad (accidente) que pone realmente la Vida divina.

Regresando al tema de la justificación, es necesario dar algunas precisiones que permitan entender mejor el tema. Nosotros dijimos que uno de los primeros efectos que produce la presencia de la gracia es restaurar la amistad con Dios, borrando del alma el pecado.¹³⁶

Pecado no es lo que cada uno considere que está mal hacer, sino lo que Dios piensa que está mal que el hombre haga. Y Dios piensa que lo malo está en que se produce un desorden del alma, porque por buscar un bien aparente, el hombre no se realiza y no le retribuye a Dios el amor de Él recibido.

Estamos siempre hablando de realidades espirituales, por lo tanto, quizás algún ejemplo nos sirva para comprender mejor. Si yo pensara que en mi vida hay muchas cosas importantes, pero las cosas materiales y el bienestar que ellas me producen son las más importantes, entonces se produciría un desorden espiritual; porque, entre otras cosas, no valoraría las personas por lo que son, sino por la capacidad que tienen de brindarme eso que me gusta. Lo mismo sucedería si yo me amara más que a cualquier otra persona; mi egoísmo terminaría siendo soledad porque es muy difícil amar a un egoísta. En estos dos ejemplos, hay un desorden interior, puesto que se cambia el valor de las cosas y se invierte el orden de importancia. Sin embargo, hay también un desorden externo, porque el amor al dinero o el egoísmo son fuente de problemas en la familia y la sociedad.

Algo similar sucede en la relación con Dios: si Él no ocupa el primer lugar en la escala de las cosas importantes, el alma se desordena. Se desordena todo en la vida, aunque me vaya bien,

¹³⁶ El perdón de los pecados es un hecho sobrenatural, sólo Dios puede realizar esa acción, y es una de las mayores demostraciones del amor de Dios. Eso es lo que enseña Jesús en los Evangelios: «Los escribas y fariseos comenzaron a preguntarse: “¿Quién es este que blasfema? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios?” Pero Jesús conociendo sus pensamientos les dijo: “¿Qué es lo que están pensando? ¿Qué es más fácil decir tus pecados te son perdonados, o levántate y camina? Para que ustedes sepan que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados”, dijo al paralítico: “Yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vuelve a tu casa”» (Lc 5,21-25).

porque el orden supone un principio y un fin, lugares que sólo pueden ser ocupados por Dios; de otra manera, yo forzaría mi alma a conformarse con algo que no la puede llenar. Esto engendraría una violencia interior, porque por más que yo quiera inventar otro orden, sea creyente o no, tarde o temprano, termino concluyendo en que eso que me inventé como lo más importante no me hace enteramente feliz. El alma, una realidad espiritual, sólo puede llenarse con un amor que no se termine y que sea lo más grande: Dios, sólo Él.

El pecado es, entonces, una desobediencia a uno mismo, a lo que reclama mi ser desde lo más profundo; y una desobediencia a Dios que me hizo de esta forma.

La gracia es un don divino que establece en mi alma una nueva relación con Dios, no ya la que se puede lograr con la razón (porque si uno se atreve a usarla se dará cuenta de la necesidad de explicar el origen y el fin de todo); tampoco la que surge del lejano sentimiento de bondad hacia ese Dios que es bueno con uno (sobre todo cuando uno necesita algo); sino una profunda relación de amistad en la que el hombre le dedica la vida entera. **Amistad con Dios** significa amarlo por encima de todas las cosas y personas, incluso de las que más quiero en la tierra, y amar a todas ellas con un amor diferente. Diferente, porque busco el bien espiritual para esas personas y diferente, porque el modo de amar tiene un modelo que es la vida de Jesús¹³⁷.

Cuando decimos que la gracia santifica al hombre estamos diciendo que pone este Amor en su corazón; no que se convierte en un santito de yeso o en “buenito” que le da de comer a los gatitos abandonados en la calle. Seguramente esa santidad (o bondad sobrenatural) de la que hablamos no es perfecta, por eso, siempre tendremos algo que mejorar, pero lo que es cierto que es esa bondad no sale de mí, sino que es Dios quien la puso en mí gratuitamente; yo sólo dejé que entrara, evité poner obstáculos.

¹³⁷ La gracia convierte al hombre en hijo adoptivo de Dios y heredero. Todo hombre es hijo de Dios por ser creado por Él, pero en este caso, el don divino lo eleva por la participación en la Naturaleza divina. Jesús es el Hijo de Dios por naturaleza, porque es Dios, y por medio de la Fe en Él, el hombre se hace hijo en el sentido que dijimos, como lo dice San Pablo en Gálatas 4, 4-7.

Estos últimos son los pecados. De allí que la gracia lleve al hombre a luchar contra las tentaciones, haciéndole ver que, a veces, no son verdaderos bienes lo que nos ofrecen, y dándole la fuerza para buscar con sacrificio los bienes más valiosos¹³⁸. Este cambio en la vida del hombre se llama **conversión** en la Biblia.

La gracia, entonces, perdona los pecados cuando el hombre se arrepiente de sus faltas, movido por la gracia actual y pide a Dios su perdón; entonces, se establece un orden nuevo, una vida nueva.

En la búsqueda de la felicidad, el hombre pone, en primer lugar, otras cosas, en vez de a Dios. La justificación implica un doble movimiento:

- búsqueda de Dios,
- rechazo de aquello que me aleja de Él¹³⁹.

Esto es mucho más que ser educado o bueno con los demás, esto es mucho más que ser solidario o buen ciudadano; es vivir para la Vida eterna.

La Palabra de Dios habla de una relación más profunda que la amistad. Ella afirma que, por la gracia, el hombre se convierte en **hijo adoptivo de Dios**: “Mas al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y puesto que son hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre! De manera que ya no eres siervo sino hijo, y si hijo, también heredero por medio de Dios” (Gal.4,4-7).

¹³⁸ Hay en la Biblia un pasaje que muestra claramente el significado de esta vida nueva que se realiza por la gracia. Jesús se encuentra con un ciego de nacimiento al que cura compadecido de su enfermedad. Esta curación se realiza en sábado y era precepto para los hebreos no trabajar en sábado, entonces, encuentran allí el motivo para oponerse a Jesús. En la discusión, le preguntan porque motivo es ciego si por sus pecados o los de sus padres, identificando enfermedad física con el pecado. La narración culmina con la realización del milagro: la curación de la enfermedad física y el acto de fe del ciego. Con el milagro, Dios busca no sólo la salud física, sino algo más importante, la del alma, que consiste básicamente en descubrir a Dios, en verlo. Cf. Juan 9.

¹³⁹ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, op.cit., I-II, q.113,a.6,c.

Cristo es Hijo de Dios por naturaleza, es decir, tiene la misma Esencia divina. El hombre se convierte en hijo porque recibe parte de esa naturaleza, según su capacidad. Esta posibilidad surge a partir de la unión de las dos naturalezas en Cristo, por eso, se dice que, por la gracia que recibimos de Cristo, somos hechos hijos, esto es, no nos convertimos en Dios, sino que recibimos su Vida.

El hombre se hace bueno por la gracia en un sentido distinto al ser “buena persona con los demás”, porque esta nueva bondad significa una relación de amistad (cercanía) con Dios. Sin embargo, no podemos decir que a partir de allí uno no necesite hacer obras buenas, pues como dice el refrán: “Obras son amores y no buenas razones”¹⁴⁰.

El primer efecto que produce la gracia es la justificación, como explicamos antes. El segundo efecto es el **mérito sobrenatural** que le agrega a las obras que realiza el hombre.

La presencia de Dios en el alma no sólo le participa de su Vida, sino que, además, es una fuente de energía para realizar actos sobrenaturales, como actos de fe o caridad, etc. Por otra parte, hace que esos actos se ordenen a la vida eterna en cuanto realizados por amor a Dios; un acto de caridad a un pobre, por ejemplo, es tenido en cuenta por Dios en el momento de valorar la vida humana, porque ese acto tiene una motivación superior: el amor a Dios y porque, unido el hombre a Cristo por la fe, suma los méritos del Hijo de Dios: “Permaneced en Mí, como Yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permaneceréis en Mí” (Juan 15,4).

Por más pequeño que sea el acto, vale para Dios, más que un acto cualquiera de bondad natural, porque el mérito es el de la obra que Dios realiza en nosotros¹⁴¹. ¿Y por qué quiere Dios que hagamos actos buenos, si Él no necesita de nosotros para ser feliz? Porque en esos actos se manifiesta la Bondad divina; porque queda de manifiesto cuán grande es la obra que puede realizar Dios en una persona que le abre su alma, como lo hizo en Teresa de

¹⁴⁰ Cf. COLZANI G., *Antropología Teologica, l'uomo paradosso e mistero*, Bologna: Dehoniane, p.400ss.

¹⁴¹ IBÁÑEZ-MENDOZA, *Dios santificador*. op.cit., p.226-238.

Calcuta o en tantos santos o bien en tantos otros desconocidos que dan su vida por amor a Él.

Nos queda pendiente una cuestión: si la gracia es don sobrenatural infundido por Dios en el alma y pertenece a la esencia de la misma, entonces no todos los hombres la tienen. Ahora bien, ¿por qué Dios da las gracias a unos y a otros no?, ¿por qué le da a uno más que a otros? ¿Es que Dios no ama a todos los hombres por igual?, ¿no somos todos iguales ante Él?

Una vez más, la respuesta es distinta de lo que podríamos pensar, porque Dios es un Ser diferente del hombre. En efecto, somos todos iguales ante Dios en el sentido de que todos los seres existentes existimos por su Amor, pero es una evidencia de la realidad que ha dotado a los hombres con capacidades distintas. Hay distintos tipos de capacidades y algunos tienen una capacidad más que los demás. Pero Dios no se la dio para que sobresaliera sobre los otros buscando su bien personal únicamente. Dios piensa de una manera diferente: si alguno es más inteligente, por ejemplo, que otros es para que ponga al servicio de los demás esa capacidad, no para que se aproveche de ella para dominar. Dios piensa siempre al hombre realizándose con los demás, sirviendo a los otros.

Lo mismo sucede con la gracia. Dios distribuye las gracias pensando no sólo en la santificación de uno, sino en que ése puede ayudar a los demás a llegar a Él. Esto sucede, por ejemplo, con la fe o la esperanza por las cuales unos ayudan y sostienen a otros.

De todas maneras, es evidente que a unos les da más, y esto se explica por dos motivos. El primer motivo es que, así como Dios crea por Bondad, también da las gracias por Amor, es decir, que el motivo de su Amor es su Bondad, sus ganas de querer, no nosotros. La gracia no es un premio a un buen comportamiento humano; siendo su Amor la razón de la comunicación de esos dones, Él puede disponer libremente de ellos.

El segundo motivo es que no todos los que reciben la gracia la aceptan y se dejan iluminar o mover por Dios hacia Él. Puede suceder que alguno, escuchando hablar de Dios, no tenga ganas de hacer lo que Él dice o le interesen más otras cosas. Esas gracias se pierden, por así decirlo, porque el hombre no correspondió al Amor

divino. En todo esto, se manifiesta lo sobrenatural como un misterio, como algo divino.

Para concluir, hay que decir que la gracia en el hombre es, en primera instancia, un hecho religioso: la presencia divina en la interioridad; pero que luego, se transforma también en un hecho cultural¹⁴². Es decir, la presencia de lo sobrenatural no queda limitada a la interioridad individual, sino que orientado el hombre a Dios, toda la actividad humana se transforma, surgiendo de allí una Cultura que trasciende los límites de una nación o civilización: **la Cultura Católica**¹⁴³.

En efecto, la gracia no sólo orienta el alma individual a Dios, elevándola a participar de la Vida divina (lo cual se expresa en el culto, es decir, en la oración); sino que dirige toda la actividad humana, el trabajo, la ciencia, la técnica, la vida familiar, etc., a una realización ulterior en la Vida eterna. Por eso, lo sobrenatural genera no sólo un culto sino una Cultura.

Con la gracia, la imagen divina en el hombre se actualiza, pues llega a su máxima realización en cuanto Dios mismo habita en el hombre. Esta imagen sigue siendo dinámica, ya que el hombre se realiza en la medida en que cumple su misión en el mundo.

A continuación, veremos la dificultad con la que se encuentra el hombre durante su vida terrenal para cumplir con dicha misión: la presencia del mal.

¹⁴² Cf. FÓSBERY A., *La Cultura Católica*. op.cit., p. 289-308.

¹⁴³ La cultura católica se define así: "el patrimonio de la fe, los tesoros de la doctrina y la liturgia y la materia de la cual viven y se sirven los cristianos" (FÓSBERY A., *La Cultura Católica...* op.cit., p.306).

Capítulo 5 El misterio del mal

Hemos estudiado hasta aquí el misterio del Bien, el cual consiste en la Bondad de Dios que genera cosas buenas, personas buenas, y además les da una bondad sobrenatural. Pasemos ahora a lo opuesto: la cuestión del mal.

Como en el caso anterior hablábamos de un misterio del Bien, también aquí podemos hablar de un **misterio del mal**. Misterio es lo que no puede ser conocido en su totalidad, porque se trata de una realidad que supera la capacidad humana. Esto es lo que sucede en este caso: es imposible que el ser humano llegue a comprender perfectamente por qué le suceden cosas malas.

Esta confesión de humildad es importante como actitud inicial de estudio, porque pretender lo contrario sería empezar enfocando equivocadamente la cuestión. Nosotros vamos a ensayar una aproximación al tema, apoyados en la Revelación y en lo que la Teología ha desarrollado. En todos los casos, las respuestas no resuelven los planteos existenciales concretos que requieren otras consideraciones.

Otra limitación importante de señalar es que, por la naturaleza misma del tema, resulta más difícil la intelección del mismo. Si el misterio del bien resulta luminoso, en el sentido de que explica la existencia de las cosas y lo positivo que hay en ellas; por el contrario, este tema tiene que ver con lo negativo, lo aparentemente absurdo y la capacidad de autodestrucción del ser racional; de allí que se trate más bien de un tema oscuro y bastante más complejo.

Comenzaremos por lo más evidente: reconocer su existencia. Es algo innegable que en el mundo en que vivimos existe el mal, porque todos tenemos, de alguna manera, experiencia de ello. Es una realidad que, con diversa intensidad, nos afecta a **todos**.

Es frecuente que nos formulemos varias preguntas de difícil respuesta: ¿por qué uno tiene que sufrir? ¿Por qué existen personas que hacen mal y por qué les va bien? ¿Por qué padecen los buenos? Si Dios existe, ¿por qué permite que haya niños que se mueren de hambre? ¿Por qué tiene uno que morir? ¿Por qué somos capaces de hacer el mal, si queremos el bien y sabemos que éste es el que nos hace felices?

Ésta es quizás la dimensión más difícil del tema, la personal, cuando uno percibe que no es sólo una realidad que está en el mundo externo, sino que es algo que está, de alguna forma, dentro de uno mismo, y además, no siempre se domina.

Así es hay algo misterioso que nos lleva a realizar acciones que nos hacen daño y que tenemos la sensación de no controlar, como los deseos de placer que, no racionalizados, nos llevan a caer en excesos de comida, bebida, etc.; o esos mismos deseos que no nos dejan pensar bien en el momento de amar, y a veces, podemos usar a los demás. Hasta incluso, surge, en algún momento de ira, el deseo de venganza, o pensamos la posibilidad de hacer algún daño a alguien con el fin de hacer justicia. Por más buenos que seamos, en algún momento, pasan por nuestras cabezas malas ideas. Lamentablemente, en ciertas ocasiones, las concretamos.

Estudiaremos primero el concepto y los tipos de males; luego, la cuestión del pecado que es un mal de tipo moral; finalmente, el tema del destino.

1. El mal: concepto y tipos

Podríamos definir el **mal** de la siguiente forma: **es una privación de un bien debido**. El término **privación** designa la falta o ausencia de un bien (la perfección que debería tener un ser). Más aún, se trata de algo que debería estar, pero que no está, por este motivo, se agrega: “de un bien debido”¹⁴⁴.

De hecho no toda ausencia es un mal; por ejemplo, no resulta un mal que la piedra no tenga cerebro o que yo no tenga tres ojos. En ambos casos, lo que falta no se corresponde con la naturaleza de la cosa.

La cuestión del mal es uno de los temas clásicos de la historia del pensamiento, por eso, esta definición tiene sus orígenes en el pensamiento griego. Fueron Aristóteles y Plotino los primeros en plantear la cuestión y definirla como una *privación*. Sin embargo, el concepto se completa a la luz de la Revelación judeo-cristiana¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Cf. JOURNET CH. *Le mal, essai théologique*. Brugges: Desclée, 1962, p.28.

¹⁴⁵ Idem p. 30 ss.

En efecto, en las Sagradas Escrituras, aparecen encontramos el relato del origen del mundo concebido como una realidad que surge de Dios, quien existía antes y existe después de ella. A partir de este concepto de la Creación, se define el **mal** como una negación y se descarta la posibilidad de que sea algo creado por Dios, que es bueno.

Entre los primeros pensadores cristianos (Padres de la Iglesia), se destaca el aporte de San Agustín, quien rechaza la posibilidad de que se trate de una sustancia, pues consiste en una privación. Esta idea es el fruto de la contribución cristiana al tema.

El mal no es una cosa, no es algo positivo. El mal comienza con una ausencia, una falta. Así por ejemplo, en el caso de la enfermedad, hay una falta en el funcionamiento armonioso del organismo. Lo mismo ocurre en el orden moral: una injusticia es una ausencia de un acto virtuoso, una falta¹⁴⁶.

En el caso del dolor y el sufrimiento físico, hay que distinguir dos elementos: uno positivo, el conocimiento del mal; y otro negativo, el desorden de las actividades biológicas.

En cuanto al primer elemento, podemos afirmar que la percepción es algo positivo porque advierte una falta de armonía en el funcionamiento del organismo. En cuanto al segundo elemento, habría que decir que el mal funcionamiento del organismo físico constituye siempre una imperfección o un mal para el hombre.

Regresando a la idea de privación, podemos preguntarnos si el mal es lo contrario del bien. Entonces, deberíamos distinguir cuatro formas de oposición:

- 1- la **oposición de contradicción**: es la más radical y se da cuando uno de los términos rechaza al otro;
- 2- la **oposición de privación**: cuando subsiste el sujeto común a los dos términos, pero se rechaza

¹⁴⁶ El mal no sólo es algo opuesto al bien, sino que se conoce en razón de aquél. Cf. SANTO TOMÁS. *Suma teológica*, I, q.48,a.1: «Como toda naturaleza aspira a su ser y a su perfección, se debe decir necesariamente que el ser y la perfección de cualquier naturaleza incluye la razón del bien. Después es imposible que el mal signifique un ser o alguna forma o naturaleza, ni puede por lo tanto significar otra cosa que la ausencia del bien».

una cualidad general poseída por uno de ellos; así por ejemplo, la ceguera rechaza la vista;

- 3- la **oposición de contrariedad**: es la que se da entre dos cualidades del mismo género, así sucede entre el rojo y el verde;
- 4- la **oposición de relación**: no supone que algo le falta a uno de los términos de la oposición.

Cuando decimos que el mal es algo opuesto al bien, no pretendemos decir que se trate de algo contrario. El mal se opone al bien como se oponen el estar privado de algo y el poseerlo, no como dos realidades que existen independientemente una de la otra.

El mal y el bien se oponen como la privación y la posesión de algo. El mal no es lo contrario al bien, en el sentido de ser una realidad en las cosas, se trata de una privación. Es un impedimento de realización plena de un ser¹⁴⁷.

Esta oposición entre el bien y el mal se hace más patente en el orden moral, pues siempre distinguimos oponiendo las acciones de un tipo y de otro¹⁴⁸.

No obstante, no podemos afirmar que el mal (en el orden físico) sea una sustancia, una forma o una naturaleza. La razón de esta imposibilidad radica en la esencia del mal, pues al ser una privación, una negación, no puede existir en sí mismo. Necesita de un bien para existir, de forma tal que si no hay algo bueno, no puede haber algo malo. Como lo uno es sujeto de lo múltiple y lo verdadero de lo falso, así el bien es sujeto del mal.

Esto se explica desde la metafísica: el mal al ser una privación se identifica con el no-ser y resulta imposible que exista en sí mismo (o por sí mismo) lo que no existe. Es ilógico. La nada no

¹⁴⁷ Toda privación tiene, de alguna manera, razón de privación (cf. SANTO TOMÁS, *idem ad 1*), porque la privación no se define solamente como una simple ausencia de ser, sino como la ausencia de una forma o parte ontológica que debería tener.

¹⁴⁸ «El bien y el mal no son diferencias constitutivas sino en las cosas morales que reciben sus especies del fin, que es el objeto de la voluntad, del cual dependen los seres morales y, como el bien entraña el concepto de fin, por eso, el bien y el mal son diferencias específicas en lo moral» (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*. q 48, a. 1, ad.2).

es, y por lo tanto, no puede tratarse de un principio antagónico (y realmente existente en oposición) al bien.

Ésta es la razón por la que es imposible aceptar una explicación dualista del mundo.

La idea de dos principios absolutos del bien y del mal (idea que se origina en las antiguas culturas orientales) no puede ser verdadera, porque la nada no existe y no puede existir tampoco el mal absoluto. Si la negación –privación- es absoluta, se destruye a sí misma. Por ejemplo, la falta de un órgano del cuerpo es un mal para él, ahora bien, si le faltan todos los órganos, ya no tiene un mal, no tiene nada, no es. Lo mismo sucede con el mal en sí mismo, y por esta razón, no puede haber un principio absoluto del Mal, tan poderoso y real como el principio del Bien (Dios).

El mal es una falta (imperfección) en el ser. La noción de mal, entonces, conlleva la privación, pero no como una sustancia contradictoria opuesta al bien, sino como negación de la plenitud del ser.

Ahora bien, el ser es un concepto analógico, se da de distinta manera en los diferentes seres existentes. También el mal es un concepto analógico, pues se da de maneras diversas, según el tipo de ser que afecte. Así es que existen básicamente dos tipos de mal: el mal físico y el mal moral.

1.1. El mal en el orden físico

El mal que se da en el orden físico es quizá el que más padecemos: una enfermedad, la muerte, la debilidad, etc. Como decíamos al inicio, se nos presenta como la privación de un bien, que es la salud de nuestro organismo, y consiste en una ausencia de armonía y plenitud. Ausencia que se nos manifiesta como inevitable pero que, sin embargo, busca siempre una explicación.

Este mal que se da en el orden de la naturaleza tiene su explicación última por la imperfección que se da en orden del ser. En efecto, si definimos el mal esencialmente como una privación, podemos decir que los seres que no son completos o perfectos (los seres creados contingentes) al estar privados de esa plenitud tienen la posibilidad de sufrir un mal. Así es que podemos concluir en que el mundo, al no ser parte de la Esencia divina, al no ser perfecto,

está expuesto al mal. Expuesto no significa determinado al mal, significa que los seres existentes no son perfectos.

Aquí radica la explicación filosófica de por qué se da el mal en el mundo. ¿Podría Dios haber creado un mundo perfecto? No, porque no sería ya el mundo, sino Dios. El mundo es necesariamente imperfecto en su ser, y por esto, se explica que los seres creados puedan equivocarse¹⁴⁹.

El mundo no es malo, y no puede serlo porque es un efecto de la Causa divina que es absolutamente buena. El origen del mal en él tiene una explicación que excede a la filosofía y parte de la Revelación: el **pecado original**; esa desobediencia de los primeros hombres (Adán y Eva) introduce al desorden (falta) en el interior del hombre y en las relaciones de éste con el mundo y con sus semejantes.

En conclusión, Dios, siendo la Bondad Absoluta, es Causa de todo cuanto existe, pero no es causa del mal existente. De la imperfección de la Creación, se sigue la posibilidad de que exista el desorden en el hombre que quiere vivir sin Dios (que es el orgullo del pecado original, la tentación de ser como Dios); de este modo, se origina el mal en el mundo.

1.2. El mal en el orden moral

Otro nivel del mal es el **mal moral**, es decir, cuando esa privación se realiza en la conducta humana. En efecto, para nosotros es una experiencia común el desorden que originan en las relaciones humanas, por ejemplo, la falta de justicia, de prudencia, etc.

¿Qué pasa cuando se hace algo malo (como por ejemplo, un acto de injusticia)? Lo que sucede es que, a esa acción humana, le falta una recta ordenación al bien, al verdadero Bien que es el que puede hacer feliz al ser humano¹⁵⁰. Nos equivocamos, elegimos mal, y de esa falta de dirección al verdadero Bien, surge el

¹⁴⁹ Como enseña Santo Tomás, la perfección del universo requiere que haya no sólo seres incorruptibles, sino también seres corruptibles. Por esta razón, existe el mal en los seres (Cf SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, q 48 a 2, c).

¹⁵⁰ Cf. NICOLAS J.H. *Synthèse Dogmatique, complement*. Paris: Univ. Fribourg, - Beauchesne, 1993, p.361.

desorden interior. Se ama (se busca) un bien aparente o menor, y desde el interior, se genera un desorden que termina siendo social.

La voluntad humana no está determinada porque son muchos los bienes que puede elegir, pero éstos no realizan plenamente la felicidad que ella persigue siempre. Por eso, se puede decir que está siempre indeterminada, y por lo tanto, libre; y cuando elige busca siempre un bien, no puede querer el mal que es lo contrario a su naturaleza.

Todo ser quiere su perfección y, por eso, la voluntad sólo quiere el bien. En el caso del mal moral, se equivoca en la elección, porque juzga que aquí y ahora este bien es el mejor. La voluntad elige el mal indirectamente¹⁵¹. Por lo tanto, el mal moral es un defecto en la voluntad del que obra y consiste, fundamentalmente, en el hecho de no considerar actualmente la ley, y por ello, privar a su acto de la dirección al fin que le conviene¹⁵².

La falta moral en la Teología cristiana se llama **pecado**, y por esta razón, en el Catecismo, se lo define como **falta contra Dios, la naturaleza y la razón**:

- contra Dios, porque se desobedece a las leyes (mandamientos) por Él establecidos para que el hombre alcance su propio bien;
- contra la naturaleza del hombre, pues ella desea su perfección y esa elección equivocada, de alguna manera, lo impide;
- contra la razón, porque deseando el Bien, no se decide por él, sino que, obnubilada por un bien aparente, lo niega.

El mal moral comprende no sólo la **falta**, sino también la **pena**, esto es, la consecuencia de la falta. Esa pérdida de la paz interior y exterior, por ejemplo, que resultan una contrariedad a la voluntad.

Ahora bien, si Dios es omnipotente y puede hacer todo lo que quiere: ¿porqué no impide que se dé el mal? ¿porqué lo permite?

¹⁵¹ Cf. NICOLAS J.H. *Synthèse Dogmatique...* op.cit., p.363.

¹⁵² Cf. SANTO TOMAS, *De malo*, q.1,a.3.

Antes de entrar en la cuestión de la relación entre Dios y el Mal, conviene que veamos en qué consiste el mal moral y por qué la explicación última de la permisión divina del mal es de orden espiritual.

2. El pecado como mal moral

La cuestión del mal que realizan los hombres es muy antigua y está entre los primeros temas que motivan una reflexión del hombre sobre sí mismo y sobre el sentido de su existencia.

Los poetas griegos, antecesores de los filósofos, ya se planteaban el problema del mal que afecta a las acciones del hombre. Homero, el más grande de ellos, comienza la *Odisea* con una afirmación clave de actualidad perenne que reflexiona sobre el hecho de que los hombres que siempre intentamos deslindarnos de la responsabilidad que supone ser seres racionales y libres. El gran poeta, dice:

“¡Oh, cuánto se quejan los hombres de los Dioses!

Dicen que sus males les llegan de nosotros,

y ellos solos, por su demencia, agravan su destino”¹⁵³.

Lo interesante de la poesía griega es que pone al hombre ante su propia verdad, pues no puede desentenderse del mal que causa. El desorden social tiene como origen el desorden interior, el vicio, que es lo opuesto a la virtud, siendo esta última la que instaura el orden interno y externo. De allí que la poesía se plantee un fin educativo: proponer héroes (hombres virtuosos) como modelos a imitar para la construcción de una sociedad en paz

Para estos poetas estaba claro: eran las pasiones las que enceguecían al hombre y lo llevaban al error; sin embargo, no llegaban a explicar bien el origen de este mal moral. En realidad, nunca llegaremos a explicar con absoluta certeza por qué nos sucede aquí y ahora. El misterio del mal es oscuro. Sólo podremos conocer algunos principios que nos permitirán entender algo de lo que nos sucede.

Tomaremos como punto de partida la Sagrada Escritura. San Pablo, en la carta a los Romanos, dice lo siguiente:

¹⁵³ HOMERO, *Odisea*, Ed Sol, 2000, canto I, p.21.

“Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, y estoy vendido como esclavo al pecado. Y ni siquiera entiendo lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que no quiero, con eso reconozco que la Ley es buena. Pero entonces, no soy yo quien hace eso, sino el pecado que reside en mí, porque sé que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí”.

“De esa manera, vengo a descubrir esta ley: queriendo hacer el bien, se me presenta el mal. Porque de acuerdo con el hombre interior, me complazco en la Ley de Dios, pero observo que hay en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón y me ata a la ley del pecado que está en mis miembros.”

“¡Ay de mí! ¿Quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo, nuestro Señor! En una palabra, con mi razón sirvo a la Ley de Dios, pero con mi carne sirvo a la ley del pecado”¹⁵⁴.

San Pablo tiene una visión muy profunda del mal en el hombre. En primer lugar, sostiene que no es algo que está fuera de él, sino en su interior. En segundo lugar, dice ser algo fuerte (una ley) que no alcanza a dominar, de forma tal que lo lleva a la contradicción de hacer lo que no quiere. Finalmente, sólo la gracia le permite vencer esa fuerza maligna.

El pecado se define como un “**pensamiento, palabra u obra contrarios a la Ley de Dios**”. Dios, en efecto, tiene leyes:

- la **Ley eterna**, que es la que rige sus acciones, su modo de ser y la ordenación de todo lo creado hacia Él;
- la **ley positiva** (los 10 mandamientos que recibió Moisés en el Sinaí), proclamada para que el hombre tuviese una guía de su obrar;
- la **ley natural**, que es una participación de las criaturas racionales en la Ley eterna, escrita en las

¹⁵⁴ Rom. 7, 14-25.

conciencias de manera tal de juzgar lo bueno y lo malo.

La finalidad de la ley consiste en fijar un modo ordenado de realización de un ser, orientando su acción a un fin que le sea verdaderamente propio y perfectivo; es, por eso, la expresión de un orden dado por la Inteligencia divina como principio de todos los seres, que descubre la razón.

La ley divina no impide la libertad del hombre; el hombre sigue siendo libre y puede hacer lo que desee. Al darle una ley, lo que hace Dios es señalar el camino que ya le había indicado dándole un determinado modo de ser.

El pecado es un alejamiento de ese camino, una opción diferente que, bajo la pretensión de ser una decisión propia y no ajena, lleva a una acción en contra de la Voluntad divina. La razón última de este alejamiento tiene que ver con la humana y vana pretensión de no tener que obedecer a nadie más que a uno mismo. Ese deseo de autonomía y sometimiento solamente a la propia voluntad se llama **soberbia (u orgullo)** y es la raíz de todo pecado, particularmente del primer pecado¹⁵⁵.

Volviendo sobre la definición de pecado, podemos detectar allí una palabra clave: **falta**. Se dice que es una falta, porque el acto pecaminoso es un acto privado de algo: ¿de qué? Del orden que debería tener, esto es, debería ser un acto conducente al fin último. Pero no, más bien se aparta de ese fin.

La acción mala es una acción desordenada que no conduce al fin verdadero, y por esto, es también, a la vez, causa de desorden¹⁵⁶. Es lo que San Pablo expresaba en esa lucha interior de querer el bien y no hacerlo. Ese desorden interior pasa luego a complicar las relaciones entre los hombres.

Este efecto es quizá lo que más percibimos de la presencia del mal en nuestras vidas. Desear, por ejemplo, tener más bienes de lo que necesitamos para vivir dignamente nos lleva a la codicia, la envidia, la vanidad, etc., lo cual nos hace sentir infelices; y lo que es

¹⁵⁵ Cf GUNTHOR, A. *Chiamata e rispost*. Torino: San Paolo, 1987, p. 668-782.

¹⁵⁶ Cf BASSO, D. *Los principios internos de la actividad moral*. Buenos Aires: Centro de Inv. Bioética, 1991, p. 243-273.

peor, hace infelices a los demás, porque la ambición nos lleva indefectiblemente a perjudicar a algún otro. La búsqueda de bienes necesita ser regulada por la razón que tiene que discernir cuáles son los bienes que realmente se necesitan.

El pecado es ese desorden espiritual, esa alteración por la que las cosas menos importantes se convierten en motivo de ansiedades difíciles de controlar.

Seguramente, alguno pensará, con razón, que no todos los seres humanos somos iguales, y que, por consiguiente, no se debe determinar lo que cada uno necesita para ser feliz. Esto es cierto, si es que distinguimos aquellas cosas que todo hombre necesita como reclamo de su naturaleza, de las que no lo son.

La naturaleza del hombre no es algo estático, sino que consiste en un principio de operaciones; porque el modo de ser conforma el modo de actuar. Así, por ejemplo, el hombre no puede realizarse sino por la entrega desinteresada de sí mismo en el amor a otro. El pecado es un impedimento para que este deseo natural de amar a otro se realice. En este ejemplo, el pecado tiene un nombre: egoísmo, esto es, amor exagerado de uno mismo, que lleva a que el hombre se busque a sí mismo en todo lo que hace.

En este sentido, se puede decir que la falta moral es contraria a la naturaleza del hombre, porque se pone un obstáculo a la actualización de sus capacidades. Como dice Santo Tomás: “pecar no es otra cosa que permanecer por debajo del bien que corresponde a uno según su naturaleza”¹⁵⁷. En otras palabras, uno actúa en contra de sí mismo. Por esto, se produce una división interior, que es lo que San Pablo expresaba en esa lucha interna.

El pecado es no sólo un acto contra la naturaleza del hombre en general, sino también contrario a la razón, porque ella debería ser la que le muestre a la voluntad el bien a querer. Pero el deseo, la fuerza de la pasión le impide, en parte, actuar y termina por seguir ese impulso¹⁵⁸. El pecado entra en contradicción con lo que el hombre sabe y ve; es la negación de la razón, que muestra la realidad de los verdaderos bienes.

¹⁵⁷ SANTO TOMÁS. *Suma teológica*, I-II, q.109,a.2, ad.2.

¹⁵⁸ Cf. PIEPER J. *El concepto de pecado*. Barcelona: Herder, 1986, p.51ss.

En conclusión, el pecado es un retroceso en el proceso de crecimiento personal, un mal.

2.1. ¿Por qué Dios permite el mal?

La pregunta es: ¿por qué Dios lo permite? Si Dios sabe que voy a realizar un acto malo, ¿por qué no lo impide?¹⁵⁹

En realidad, Dios lo sabe porque ve no sólo el presente, sino también el futuro, desde la eternidad. Este Conocimiento divino no modifica la voluntad del hombre. Ésta, y sólo ésta, es la causa directa del acto pecaminoso.

Dios lo podría impedir, pero no lo hace porque no quiere privar al hombre de la libertad. Dios respeta la libertad del hombre quiere ser amado y elegido por él, libremente, como lo más importante.

Cuando decimos que la voluntad del hombre es la causa directa del pecado, afirmamos que no se puede trasladar a otros la responsabilidad del mal que generamos. No obstante esto, no hay que olvidar que hay elementos que aumentan o disminuyen la voluntariedad de un acto. No es lo mismo la responsabilidad ética de alguien con formación que conoce, por ejemplo, el bien y el mal que hace, que la de aquél que carece de esa formación, o bien del que, por confusión, piensa hacer el bien cuando obra mal.

Pero quizás lo más frecuente sea el condicionamiento que la voluntad recibe de las pasiones. En efecto, estos movimientos de la dimensión sensible del hombre se presentan con tanta vehemencia que envuelven y confunden al juicio de la razón. A menudo se ve como bueno aquello que nos atrae más o que nos da más placer en el presente. Es importante tener presente estas influencias de la voluntad, porque se entiende al hombre cuando se lo considera en su totalidad. Éste es el motivo por el cual la Teología moral, teniendo en cuenta la condición del hombre, enseña que Dios se compadece y perdona con más facilidad aquellos pecados que se cometen por

¹⁵⁹ Que Dios permita el pecado no significa que lo autoriza, Él deja que suceda, es decir, no lo impide como podría hacerlo porque domina soberanamente todas las cosas, esto es también la voluntad humana. Dios quiere que el hombre evite el pecado, es decir, que no se aparte de su Amor y, para esto, le envía gracias, pero es la voluntad la que las acepta o no libremente (Cf. NICOLÁS, J.H. *Synthèse Dogmatique...* op.cit., p. 377).

debilidad (los relacionados con los placeres del sexo, comida, bebida, etc.), que aquellos que se realizan por malicia (esto es, con conocimiento e intención de dañar) como la difamación, injusticias graves, uso de las personas con fines políticos-comerciales, etc.

Pecado, entonces, no son “las mentiritas”, las faltas de educación, o “las cosas desagradables” del comportamiento del hombre, sino la incapacidad del hombre de amar a los demás y a Dios, más que a sí mismo.

El pecado tiene no sólo una dimensión horizontal, es decir, de ofensa-daño a los demás, sino fundamentalmente una dimensión vertical, pues hay una desobediencia a Dios. Esa desobediencia causa enemistad con Él. Como esa relación de amistad no es de igual a igual, **ser amigo de Dios** significa, como lo enseña el Evangelio, cumplir con los mandamientos. La pérdida de la amistad con Dios no significa que Dios se aleje del hombre, más bien es el hombre el que se aleja de Él.

Y esta distancia puede darse de dos maneras:

- cuando la falta es leve y no constituye un ofensa grave a Dios, llamado también **pecado venial**; por ejemplo, la mentira (si es que no causa daño grave);
- ó el **pecado mortal**, cuando existe ofensa grave, porque hay un bien superior que se deja de lado, como los pecados contra la vida ajena (aborto-eutanasia). Aquí habría que agregar las injusticias por las que se causa grave daño a otros.

Así llegamos a la consideración del punto de vista divino sobre el pecado, porque el hombre lo entiende de una forma determinada e incluso, a veces, en vez de asumirlo, lo niega. En cambio, Dios, conociendo mejor que nadie la naturaleza del hombre y sus debilidades, encuentra aquí una ocasión de acercarse como nunca al hombre.

Para no arrogarnos gratuitamente la Visión divina, recurrimos a uno de los pasajes más bellos del Evangelio. Allí Cristo cuenta una parábola en la que enseña el modo en cómo Dios ve la miseria humana.

Había un padre con dos hijos -dice- y uno de ellos, el menor, le pide la herencia y la gasta toda en una vida de placeres hasta

quedarse sin nada. En la pobreza, descubre su error (como nos sucede a todos, que nos damos cuenta del pecado cuando sufrimos sus consecuencias) y decide regresar a la casa de su padre a pedirle perdón. Antes llegar a la casa, sale el padre a buscar a su hijo perdido (Dios tiene siempre la iniciativa). El padre no sólo no le pide cuentas de lo que hizo, sino que, además, hace una fiesta por la alegría que siente de haber recuperado a su hijo¹⁶⁰.

Así mira Dios al pecador. Él está siempre dispuesto a perdonar. Su amor no depende del comportamiento del hombre, Él ama porque es la Bondad Absoluta. Claro que tener una respuesta a su Amor lo hará, seguramente, ser más generoso. Pero esto no significa que no se compadezca de la debilidad del hombre; a pesar de ella, Él sigue queriendo al que se equivoca y le ofrece siempre, siempre, su perdón.

Dios está, en todo momento, cerca del hombre por más que se aleje de Él, porque, en realidad, lo que aleja de Dios es la soberbia (la esencia del pecado) y lo que nos acerca a Él es la **humildad**, es decir, reconocer lo que en realidad somos, aceptar nuestros límites y no pretender ser salvadores de nosotros mismos. No hay pecado, por más grande que sea, que Dios no perdone. Esto es algo que el hombre nunca debería olvidar. El mal comienza su tarea de desorden en la pretensión de absoluta autonomía.

¹⁶⁰ En la historia, se halla involucrado también el otro hijo, el mayor, que al regresar a su casa se encuentra con la fiesta y se irrita con el padre porque le resulta una injusticia que a él, que fue siempre fiel, no le haya hecho una fiesta. El padre le responde: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo, pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado» (Lucas 15,31). La actitud de este hijo mayor refleja el modo cómo normalmente entendemos la cuestión del pecado, es decir, tendemos a pensar que nos hacemos buenos por nuestros actos, y que esto no da derecho a recibir bienes de parte de Dios, como si Él estuviese obligado a hacerlo. Más aún, hay quienes se molestan porque Dios sea misericordioso y perdone a quien quiera y reparta bienes a según su voluntad. Para Dios, lo más importante es que el que lo busca lo encuentre, aunque sea un pecador.

2.2. El desorden interior

Como decíamos anteriormente, el pecado produce el quebrantamiento de las relaciones del hombre con Dios, con los otros hombres, y con él mismo.

Respecto de este último aspecto de los afectos, el pecado produce en el hombre “angustias”, como sostenía el filósofo Soren Kierkegaard¹⁶¹. El pensador afirma que la **angustia** es el núcleo fundamental del pecado; angustia no es miedo de un mal externo, sino que se teme por la pérdida de unidad consigo mismo.

El hombre es un ser que vive entre lo espiritual y lo corporal, lo finito y lo infinito y su realización personal pasa por resolver su relación con Dios. El pecado consiste, básicamente, en el intento de ser uno mismo el fundamento propio, y no Dios. Este intento produce desesperación, porque es un intento vano. En esto consiste la desobediencia que define el pecado como tal.

La observación es profunda puesto que el mal existe y se percibe en una división interior. Es un tema del que el hombre no puede escapar y que le exige respuestas. Una de las mayores dificultades consiste en no reconocer la dimensión espiritual de nuestra interioridad y pensar que los problemas que padecemos son sólo psicológicos.

Es cierto que un psicólogo es necesario para ayudar a salir de situaciones enfermizas; ahora bien, si quisiera entender en serio lo que pasa en el hombre, en su interior, es también necesario que conozca algo del misterio del bien y del misterio del mal.

Sin entender lo que significa la gracia, el modo de amar de Dios y su modo de ver el pecado, es difícil encontrar soluciones verdaderas a los problemas espirituales.

3. El mal y el destino. La predestinación

Hasta aquí vimos lo que es el Mal, y particularmente, qué es el mal que el hombre puede generar. No obstante, queda siempre por resolver la siguiente cuestión: ¿por qué Dios lo permite? No se puede pensar que exista un Dios del mal; lo dijimos: el mal necesita

¹⁶¹ Cf. MONDIN B. *L'uomo Secondo il disegno di Di.*, Bologna: Studio Domenicano, 1992, p. 182-190.

de un sujeto (un bien) para existir; el mal en sí mismo es imposible¹⁶².

Algunos podrían pensar que si existe el mal, entonces, no existe Dios. Habría que responder que Dios existe y existe un mundo que es bueno, que tiene el mal por ser imperfecto. El mundo es un ente contingente

Con respecto a este tema, es importante recordar ahora algunas teorías antiguas, porque se repiten a lo largo de la historia y reaparecen hoy con nuevos formatos.

Teoría del dualismo: consiste básicamente en intentar una explicación del misterio del mal remontándose en una cadena de causas hasta una causa primera del mal. Habría, entonces, dos principios (dualismo) que explican la existencia de todo: el principio del bien y el principio del mal. Ésta es la explicación del maniqueísmo que sostiene que existen, “en el tiempo anterior”, dos naturalezas: la luz y la oscuridad, el mal y el bien, Dios y la materia. Estas dos sustancias se conciben como fuerzas que se expanden en el Universo y allí se enfrentan.

El **mazdeísmo** propone una explicación emanativa del mundo, el cual surgiría como proceso de emanación de la luz original.

El **gnosticismo** también posee una visión negativa del mundo. Éste se percibe como una realidad mal hecha que debe ser transformada por el hombre; todo lo material, incluso el cuerpo, es algo extraño a la verdadera sustancia del hombre, que es el alma. Dios no quiso crear el Mal, es obra de un demiurgo (ser espiritual inferior a Dios).

¹⁶² No puede haber un primer principio de todos los males, como hay un primer principio de todos los bienes: «1-porque el primer principio de los bienes es bueno por esencia, pero nada puede haber malo por esencia; 2-porque el primer principio de los bienes es el bien sumo y perfecto... pero no puede haber un sumo mal, porque el mal disminuye siempre el bien y no puede jamás destruirlo totalmente... si existe un mal completo se destruye a sí mismo; 3- porque la naturaleza repugna a la del primer principio... porque el mal no puede ser causa sino accidentalmente» (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I q. 49, a.3, c.)

La Teología cristiana niega que sea Dios el creador del Mal, porque “crear” significa dar existencia a algo, y en este caso, no hay algo que comience a ser, más bien hay un ser que le falta algo para estar completo. La privación no puede ser creada; es creado un ser y, en él, se da la falta.

Respecto del origen del mal en la historia de los hombres, la Teología católica tiene un pensamiento claramente definido: **la doctrina del pecado original**. En los comienzos de la existencia humana, hubo una falta cometida por los primeros hombres que dio origen a la presencia del mal en el mundo y de cuyas consecuencias todos somos, en cierta medida, responsables. Después del pecado de Adán, todos los hombres somos pecadores.

En el libro del Génesis, se relata la falta de Adán y Eva de la siguiente manera:

“La serpiente era el más astuto de todos los animales que el Señor Dios había hecho, y dijo a la mujer: “¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?”. La mujer le respondió: “Podemos comer los frutos de todos los árboles del jardín. Pero respecto del árbol que está en el medio del jardín, Dios nos ha dicho: `No coman de él ni lo toquen, porque de lo contrario quedaran sujetos a la muerte”. La serpiente dijo a la mujer: “No morirán. Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de ese árbol se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal”. Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió, luego se lo dio a su marido que estaba con ella, y él también comió”¹⁶³.

Este relato pertenece a la tradición yahvista que describe, recogiendo elementos de otras culturas orientales, un jardín en el que habita Dios y el hombre. Desde el inicio la vida humana, ésta está asociada al Poder divino, lo cual se deja claro cuando el hombre recibe el aliento de vida de Dios. Dios es, entonces, el Dios de la Vida.

Luego, se describe el lugar con la imagen de un oasis en medio de un desierto, con abundancia de árboles y plantas, en el cual el hombre tiene la obligación del trabajo. En el relato, se menciona también la imposición de un mandato divino: la prohibición

¹⁶³ Génesis 31-6.

de comer del árbol del bien y del mal. No importa aquí qué tipo de árbol sea ni de qué fruto se trate; se trata más bien de una representación de la necesidad de obediencia del hombre a Dios y de la plenitud que de ella se sigue, la cual se describe como lo que se ha llamado luego **Paraíso**.

La desobediencia tiene como punto de partida la soberbia del hombre y como efecto, la expulsión del paraíso. A partir de allí, en la vida del hombre, aparecen la fatiga, el dolor, la muerte y la enemistad con sus semejantes.

Dejando de lado los elementos propios de un análisis literario del texto, podemos sacar de la narración algunas ideas teológicas fundamentales respecto del origen del mal.

Éste es introducido en el mundo por la tentación de la serpiente, a través de la cual se simboliza el mal. La existencia, entonces, del mal, es anterior al pecado humano, y la Teología católica ha puesto el origen del mismo en el pecado de los ángeles que, como seres puramente espirituales, también fueron creados libres y tuvieron en algún momento que optar por adorar a Dios o negarlo. Los que se negaron son los demonios presididos por uno a quien la Escritura llama "Sátán".

El demonio, representado en la serpiente, intenta que el hombre se ponga en el lugar de Dios y que se sienta completamente independiente de Él. Éste es el núcleo del pecado, y además, el paradigma que muestra lo que todo pecado en el fondo es.

Del relato se puede deducir también que esta ruptura de la amistad original del hombre con Dios es fruto de una intervención totalmente libre de la voluntad humana¹⁶⁴. Este dato es importante, porque, en muchas de las explicaciones mitológicas del origen del mal, se afirma una visión fatalista de la historia humana, desligando toda responsabilidad que cada persona tiene en el pecado¹⁶⁵.

¹⁶⁴ Del estado anterior del pecado original, el hombre vivía en una situación de armonía y plenitud, porque estaba libre del desorden de las pasiones, no estaba sujeto a la muerte, ni a la enfermedad. Esto es una verdad que enseña la Teología y el Magisterio oficial de la iglesia (Concilio de Trento).

¹⁶⁵ Cf. GOZZELINO G. *Il mistero dell' uomo in Cristo*, Torino: Ildici, 1991, p.345-353.

El pecado aparece también en el texto como una fuerza contagiosa. Eva y Adán son cómplices de la falta. A partir del pecado, el hombre siente vergüenza, se oculta ante Dios. La reacción inmediata es el no reconocimiento de su culpa; el hombre descarga en la mujer de su responsabilidad y ella, en la serpiente. Así, está ya instalada la enemistad entre los hombre como fruto de aquel desorden en la relación con Dios. La soberbia aleja al hombre de Dios, y también de los demás hombres; lo deja sólo.

La consecuencia de la falta acarrea una nueva situación irreparable a partir del punto de vista del hombre, no sólo para ellos, sino para todos los hijos. Allí se inicia la historia del pecado y de la muerte. Por otra parte, queda también claro que es la serpiente el objeto de la maldición divina, y no el hombre y la mujer. Éstos sufren la consecuencia de su falta, pero no dejan de ser protegidos por Dios. Por eso, el texto resalta también el ofrecimiento del envío del Salvador¹⁶⁶.

El autor inspirado no pretende explicar científicamente la relación entre aquel pecado de Adán y Eva y los pecados de cada hombre, pero sí enseña que aquél es el primero y el origen de la introducción del mal en el mundo. Para entender la relación entre aquel primer pecado y la situación posterior de los hombres, hay que tener en cuenta que existe un vínculo que une a todos los hombres, que no es solamente biológico, sino también espiritual.¹⁶⁷ Cada persona humana es un individuo y, por ser libre, es responsable en sí mismo de sus faltas; sin embargo, el bien y el mal que cada ser humano hace repercute, de alguna manera, en los otros.

Esto es lo que enseña San Pablo cuando dice:

“Por lo tanto, por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron... Pero no hay proporción entre el don y la falta. Porque si la falta de uno solo provocó la muerte de todos, la gracia de Dios y el don

¹⁶⁶ «Y el Señor Dios dijo a la serpiente: “Por haber hecho esto, maldita seas entre todos los animales...” Y el Señor le dijo a la mujer: “Darás a luz a tus hijos con dolor...” y dijo al hombre: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás» (Génesis 3,14, 16, 17).

¹⁶⁷ LADARIA, L. *Teología del pecado original y de la gracia*. Madrid: BAC, 1993, p. 63-78.

conferido por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, fueron derramados mucho más abundantemente sobre todos... en efecto, si por la falta de uno solo reinó la muerte, con mucha más razón, vivirán y reinarán por medio de un solo hombre, Jesucristo, aquellos que han recibido abundantemente la gracia y el don de la justicia... Y de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, todos se convirtieron en pecadores también por la obediencia de uno solo, todos se convertirán en justos¹⁶⁸.

San Pablo enseña que el pecado abarca a todos los hombres y que Dios ha enviado a su Hijo para que los libre de este mal. La justificación (liberación) no se da por méritos propios, sino mediante la fe. Hay aquí una visión positiva del misterio del mal, porque, lejos Dios de condenar al hombre y apartarse, se acerca a través de la **Misericordia** para ofrecerle la salvación por medio de la fe en Cristo.

En el texto, se menciona a Adán y a Cristo como figuras contrapuestas; por el primero, se introduce la muerte, entendiendo por ésta no sólo la muerte física sino también el alejamiento de Dios. Está claro que las consecuencias del pecado de Adán se manifiestan en la muerte y en el pecado que a todos alcanza y que todos, personalmente, ratifican. Pero el texto resalta, en paralelo, la figura de Cristo y el hecho de que la gracia de Dios es más fuerte que el pecado, de modo que abundará entre los hombres “mucho más” que la fuerza del mal. Hay, por lo tanto, un mensaje optimista puesto que, en definitiva, vence el bien sobre el mal, la bondad y la compasión del hombre sobre la miseria humana.¹⁶⁹ La clave está en

¹⁶⁸ Romanos 12- 19.

¹⁶⁹ En la historia de la Teología, se han dado dos visiones contrapuestas del pecado original. Por un lado, los exageradamente optimistas que niegan toda influencia del pecado en los hombres, como Pelagio (siglo IV) y sus seguidores, para quienes el pecado de Adán es sólo un mal ejemplo y sólo existen los pecados personales. Por otro lado, están los exageradamente pesimistas que afirman la corrupción total de la naturaleza humana. Es el caso de Lutero y de la Teología protestante en general. En esta Teología, el pecado original es pecado personal de Adán y pecado de cada uno por la concupiscencia que nos lleva a cometerlo; es la inclinación al mal y la imposibilidad de hacer el bien. A partir de este pecado, el hombre queda privado de la gracia e imposibilitado de alcanzar la justicia, la cual sólo es imputada exteriormente mediante la fe. El hombre ha perdido radicalmente la libertad para hacer el bien y es la concupiscencia el principal pecado. El

la palabra **obediencia**, puesto que todo pecado es, en el fondo, un acto de soberbia y orgullo. Por eso, el primer pecado es una desobediencia y la actitud que redime es la de la obediencia de Cristo y la de los hombres a Él.

De toda esta enseñanza bíblica, podemos deducir la existencia de la fuerza del pecado en el mundo, que proviene del pecado de quienes estaban al principio de la historia y que domina, en adelante, la existencia de aquellos que rechazan incorporarse a Jesús¹⁷⁰.

error de Lutero es identificar la tendencia a la sensualidad de los instintos básicos del hombre con el pecado original, siendo éste mucho más que eso: un verdadero desorden del alma. Lo más llamativo de esta doctrina es que el hombre queda constituido permanentemente en estado de pecado; esto significa que se ha instalado el mal en su naturaleza y que lo único que puede lograr es que Dios no lo juzgue, sino que lo perdone imputándole extrínsecamente los méritos de Cristo por la fe. Una visión semejante del hombre termina necesariamente en el pesimismo y la tristeza, puesto que el hombre se sabe portador de un mal que lo vence. (PIOLANTI, A. *Dio nel mondo...* op.cit., p. 402-419). Una variante dentro de esta misma teoría protestante es la doctrina de Jansenio que también enseña la imposibilidad del hombre de vencer la fuerza del mal y la pecaminosidad de sus actos aún de aquellos en los que no interviene una decisión libre. De esta manera, todo lo natural al hombre se vuelve malo y sólo lo sobrenatural puede redimirlo. Esto dio origen a una visión pesimista del cuerpo y de los placeres lícitos al hombre. Todas estas doctrinas fueron rechazadas por el Magisterio Oficial de la Iglesia.

¹⁷⁰ Uno de los problemas que se plantea es la participación de todos los hombres en este pecado original, puesto que si afirmamos que todos participan, esto incluye también a los niños, los cuales, antes del uso de razón son moralmente inimputables. De los textos de la Biblia se deduce que efectivamente el pecado se extiende a todos, pero es indudable la responsabilidad personal en su realización, por lo tanto, esa privación de la gracia querida por Dios que es el pecado supone una decisión libre del hombre. Por lo tanto, podemos decir que el pecado original también los afecta en cuanto pertenecen a la humanidad y están incorporados a ella no sólo biológicamente, sino espiritualmente, recibiendo de ella todo lo que ésta implica también esta participación en el misterio del mal. El pecado de la humanidad que nos ha precedido pesa sobre el ser humano y sobre toda la humanidad. Pesa en cuanto impide la unión con Dios mediada por Cristo y la unión entre los hombres. Todo esto explica la costumbre de la Iglesia de bautizar a los niños. ¿Qué es lo que sucede con aquellos que no llegan a

La conclusión es que Dios no crea el mal y no lo quiere, sino que lo permite. Permitir no designa ningún tipo de causalidad, sólo el hecho de dejar que sucedan las cosas. Dios rige (gobierna) y ordena el mal. Dios dirige todo lo que existe de acuerdo a su plan, y esto es lo que, en Teología, se llama **Providencia**. Este concepto indica que nada puede escapar de este plan, porque, entonces, Dios no sería la Suma Inteligencia o el Todopoderoso¹⁷¹.

Dios permite el mal no porque sea débil, sino todo lo contrario; es una manifestación del poder infinito de Dios, porque si hace falta potencia infinita para crear y hacer existir un nuevo ser, más potencia se requiere para transformar un mal (una privación) en un bien. Es una intervención directa de Dios para redimensionar un efecto.

El mal existe porque Dios ha juzgado que es mejor sacar un bien del mal, que evitar que se diera. Él piensa que, a pesar de la imperfección de algunos seres y de la falta de perfección de la totalidad del Universo, Él puede sacar provecho de esas faltas.

Para entender bien esto, tenemos que volver sobre la distinción de niveles del mal, porque, dentro del plan divino (la Providencia con la que dirige todo cuanto sucede en el mundo), la frustración (como efecto del mal) de un ser en un nivel puede convertirse en un bien en otro nivel.

Un ejemplo para entender esto es el caso de la enfermedad. Esto que representa un mal (un dolor, una incapacidad) en el orden físico puede convertirse en un bien en el orden espiritual. Algunos sabemos que hay cosas muy importantes en la vida de un hombre, que sólo se aprenden a partir de la dura experiencia del dolor. El dolor nos enseña a ser humildes, es decir, a conocer la fragilidad de la condición del hombre. Nos hace sentir en la carne nuestra finitud y pobreza. El dolor también nos ayuda a ser solidarios y

recibir el Bautismo? Existe el Bautismo de deseo, es decir, la intención de los padres o bien de la Iglesia de aplicar el Bautismo; y finalmente, la Voluntad divina de salvar a todos los hombres. Ninguna persona humana queda al margen del ofrecimiento de la salvación que Dios, en algún momento, le hará y que él deberá aceptar libremente. LADARIA, L. *Teología del pecado...* op. cit., p.118-122.

¹⁷¹ POSSENTI, V. *Dios y el mal*, Madrid: Rialp, 1997.

comprensivos con los que sufren. Los que no han sufrido suelen ser indiferentes al dolor ajeno, y no hay nada que nos haga más humanos que tener capacidad de compadecerse de la necesidad de otro. El dolor, finalmente, es lo que nos hace madurar, porque nos aleja de las superficialidades mostrándonos su inconsistencia

Lo mismo sucede con la muerte, que constituye un bien, pues el único modo de alcanzar la Vida eterna es pasar por ella.

Dios puede hacer lo que quiera, porque es Todopoderoso. Lo único que no puede hacer es algo ilógico y contradictorio. Esto sólo lo realizan los hombres por debilidad. Dios no podría haber creado un mundo perfecto, porque en ese caso, hubiese creado otro Dios y esto sería ilógico, como veremos más adelante. Por lo tanto, el mundo no puede ser perfecto.

Ahora bien, ¿podría haber creado Dios un mundo mejor? Quizás, desde el punto de vista de la Potencia divina, es posible; lo que es imposible es que Dios haya creado un mundo sin defectos. Esto último no significa que Dios haya estado determinado a crear este mundo, no crea por necesidad, sino por Bondad y con absoluta libertad.

La posibilidad de un mundo mejor es sólo una hipótesis. Dios creó este mundo y quiso darle al hombre la libertad para que eligiera el bien y así tuviera mérito. Quiso también darles a las creaturas real capacidad de actuar como causas segundas, si éstas obran defectuosamente es por su imperfección.

Dios piensa el mundo como una totalidad ordenada. Esto significa que hay en él distintos tipos de seres, unos más perfectos que otros; y éstos últimos son los que deben conducir la Creación a su fin último: Dios mismo. El hombre es el ser más elevado y a él, como ser espiritual, le compete la tarea de colaborar en el retorno de las creaturas a su Creador.

El mundo, a pesar de sus imperfecciones, se realiza, si el hombre llega a Dios; porque, de alguna manera, se realizan en él todos los demás seres:

“Yo considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros. En efecto, toda la Creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios. Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de quien la

sometió, pero conservando una esperanza. Porque también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios"¹⁷².

En la misma línea de lo que decíamos respecto del mal físico, podemos decir que Dios permite el mal moral (el pecado), porque también de él puede sacar un bien espiritual. Del pecado, el hombre puede aprender cuánto necesita de Dios para hacer el bien y puede también ser más comprensivo con las debilidades de los demás, ayudándolos. Éste es el motivo por el cual el Padre no se escandaliza por el pecado del hijo perdido, sino que se alegra por su regreso, porque sabe que nadie lo quiere más que aquél que se sintió realmente perdonado por Dios.

Sólo nos queda resolver hasta qué punto es posible hablar de la cuestión del destino. La presencia del mal en nuestras vidas, a veces, nos hace pensar en una suerte de plan oculto, porque nos suceden cosas malas en determinados momentos. Lo primero que se nos ocurre pensar es que era algo determinado por alguien que debía darse sí o sí. Entonces, si es algo presente, ensayamos explicaciones relacionándolo con otros hechos; o si nos inquieta el futuro nos gustaría que alguien nos dijese "lo que nos va a pasar". Es como si el fatalismo nos hiciera tomar distancia de eso que nos resulta repulsivo, el mal, el dolor; y como si todo esto no tuviese que ver con nuestra verdadera condición de seres frágiles. Imaginar un destino marcado por "otro" es una forma de evadir la responsabilidad que significa hacerse cargo de ser hombre y no Dios.

Para la Teología católica, el destino no existe. Existe el plan de Dios. Él es un Ser inteligente y, al crear las cosas, quiso que éstas se realizaran; por ello, estableció un plan llamado **Providencia**. Este plan prevé no sólo la acción divina, sino también la actuación de las causas segundas (la voluntad del hombre). Y la acción de éstas últimas no está determinada por nadie, es libre. El hombre como causa segunda no está determinado a elegir un determinado bien; sin embargo, respecto del fin que busca y de aquello que lo hace feliz, sí se puede decir que está determinado, en cuanto no cualquier bien es conveniente a su naturaleza.

¹⁷² Romanos 8, 18-22.

En lugar de destino, los cristianos creemos en la **predestinación**. Este concepto tiene un significado general y otro más restringido:

- en sentido general, designa la operación con la cual Dios decide la suerte final del hombre;
- en sentido restringido, se refiere a las acciones divinas con las cuales Dios provee a la salvación del hombre, es decir, el plan según el cual le envía gracias para su salvación¹⁷³.

En el Antiguo Testamento aparecía ya el concepto de elección como un acto completo, libre y gratuito de Dios, que concede sus favores a determinadas personas (Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Etc.) y al pueblo de Israel. Ese amor preferencial no se justifica por las virtudes de las personas. El único motivo es el amor de Dios y su fidelidad a las promesas.

El término **predestinación** apareció en San Pablo, quien lo usa para referirse a la **Sabiduría escondida de Dios** con la cual nos guía a la Vida eterna¹⁷⁴. Para San Pablo, este plan misterioso consiste en el proyecto de elevar a la humanidad del estado de “hombre viejo” al de “**hombre nuevo**”. En este plan, Cristo es el centro y su obra salvífica llega a todos los hombres de todos los tiempos:

“Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido. En él hemos sido redimidos por su sangre y hemos recibido el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que Dios derramó sobre nosotros, dándonos toda sabiduría y entendimiento. Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme al designio misericordioso que estableció de antemano en Cristo, para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un

¹⁷³ Cf . SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I, q. 23, a 1.

¹⁷⁴ IBÁÑEZ-MENDOZA, *Dios santificador...* op. cit.

solo jefe, que es Cristo. En él hemos sido constituidos herederos, y destinados de antemano, según el previo designio del que realiza todas las cosas conforme a su voluntad”¹⁷⁵.

La predestinación tiene dos aspectos:

- es un acto libre de la voluntad de Dios, de su amor por el hombre;
- es la respuesta del hombre a este llamado divino.

El fruto de la predestinación es el envío de gracias; y el fin de todo el plan divino es la recapitulación de toda la Creación en Cristo. Es ésta la obra de Cristo; lo que hizo ofreciendo su vida en la Cruz¹⁷⁶. San Pablo dice así:

“Yo considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros. En efecto, toda la Creación espera ansiosamente esta Revelación de los hijos de Dios. Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de quien la sometió, pero conservando una esperanza. Porque también la Creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que la Creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto. Y no sólo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente anhelando que se realice la plena filiación adoptiva, la redención de nuestro cuerpo. Porque solamente en esperanza estamos salvados. Ahora bien, cuando se ve lo que se espera, ya no se espera más: ¿acaso se puede esperar lo que se ve? En cambio, si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con constancia. Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión a favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina. Sabemos, además, que Dios dispone todas

¹⁷⁵ Efesios 1, 3-12.

¹⁷⁶ La predestinación consiste no solamente en un conocimiento previo de la Inteligencia divina respecto de la salvación final del hombre, sino que, además, es una causalidad, ya que en virtud de este plan, Dios otorga gracias para que las personas alcancen este fin último (Cf. SANTO TOMÁS, *De Veritate*. q. 6. a.3. c.).

las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio. En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó¹⁷⁷.

Como en el caso de la Creación del mundo, la predestinación no tiene otra razón de ser que la Bondad misma de Dios; porque, como dijimos antes, Dios ama al hombre por Sí mismo y porque es Bueno, antes de que él exista; esto excede completamente las capacidades humanas.

La predestinación se refiere a la gracia y a la gloria; en ambos casos, la iniciativa es de Dios, pero requiere la libre respuesta del hombre y, por tanto, sus méritos. De este modo, no existe oposición entre predestinación y libertad humana, porque Dios conduce las cosas creadas respetando su naturaleza. Él es su Creador y, si no las respetara, se contradeciría a Sí mismo.

Dios tiene en cuenta la libertad humana y, por esto, cuando mueve la inteligencia o voluntad del hombre, lo hace de manera tal de no determinar dichas potencias a actuar de una forma¹⁷⁸. Dios da su gracia; ésta comporta una energía divina con la cual el hombre puede realizar un acto sobrenatural. Puede y no debe, puesto que es libre para negarse, como de hecho sucede¹⁷⁹.

De esa manera, se puede decir que Dios es la causa del ser y del obrar del hombre, sin que esto signifique privarlo de la libertad. Dios no violenta la voluntad del hombre; hay que distinguir entre influenciar y obligar. La gracia otorga capacidad para algo o dirige hacia Dios, pero contando siempre con la intervención libre de la

¹⁷⁷ Romanos 8.28-30.

¹⁷⁸ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I – II, q. 10, a. 4.

¹⁷⁹ Como enseña también Santo Tomás, Dios no ordena a ningún ser al fin último, sino que interviene la voluntad humana que lo elige, es decir, que la elección divina supone un Amor del hombre por este Bien. Por esto, existe la posibilidad de que alguno se niegue y rechace este fin. Es la gracia de Dios la que mueve la voluntad humana para dejarse llevar por Él en el caso de la aceptación (Cf. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, q.23, a.4, c.).

voluntad¹⁸⁰. La voluntad está inclinada a realizar ciertos actos por su naturaleza y la presencia de lo sobrenatural le da una forma nueva que la inclina a nuevos objetos.

Es un error pensar que estar predestinado a la salvación significa que hay algunos que fueron elegidos por Dios y se salvarán por ello, y que hay otros que, inevitablemente, se condenarán a vivir eternamente sin Dios¹⁸¹. Esto sería un absurdo, puesto que Dios habría creado un ser libre para que lo amase libremente y Él habría determinado privarlo para siempre de esa posibilidad. Sería un sin sentido y una crueldad.

A pesar de lo difícil que resulta pensar en esta posibilidad, es esta la idea de predestinación de la Teología protestante, a partir de Lutero. Para él, había una doble predestinación: una, para la vida eterna con Dios y otra, para la condenación.

Dios no salva sin la cooperación libre del hombre; porque Él que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Dios no permitirá que alguien viva lejos de Él (condenación) si Él no lo desea.

En realidad, Dios no condena al hombre; es el hombre que se condena, porque Dios está dispuesto a respetar su libertad hasta las últimas consecuencias, aunque esto signifique la infelicidad para siempre. Hasta ese punto llega el respeto de Dios por el hombre: puede este pequeño ser pararse frente a Dios y negarlo, negarse a amarlo para siempre y Dios tolerar (respetar) esta terrible decisión para siempre. El infierno no es un lugar con llamas de fuego, es un estado del alma, de soledad e infelicidad que no se termina más.

¹⁸⁰ Cf., GARRIGOU – LAGRANGE, R. *La Prèdestination des Saint et la grace*. Paris: Desclée, p.209-218.

¹⁸¹ Hay algunos que entendieron mal este tema de la predestinación, estos son: a) los que afirman que el hombre puede alcanzar la salvación por sus fuerzas naturales (pelagianos); b) los gnósticos, que sostienen que hay algunos hombres que son buenos por naturaleza y hay otros que son malos por naturaleza; c) los fatalistas y deístas, que niegan la providencia de Dios.

Capítulo 6 Naturaleza y persona en Dios

Al inicio de nuestro trabajo, dijimos que el hombre es imagen y semejanza de Dios, esto es, que tiene algo de su causa. El hombre es un ser personal, tiene alma y cuerpo. Se parece a Dios en que es el único ser de toda la Creación con el cual Dios puede hablar y entablar una relación personal de diálogo y amistad.

Este modo de ser del hombre lo pone en la cúspide de los seres creados. No hay ningún otro ser cuya vida valga tanto como la del ser humano. A él, se ordenan el resto de los seres, y él es el que tiene la misión de devolver al Creador toda la alabanza que supone la Creación. Todo hombre tiene una función sacerdotal, en este sentido. Dios quiso crear un ser que pudiera pensar y querer para que, en nombre de todos los demás seres, lo conozca y ame libremente.

Dios, entonces, no tenía otra posibilidad que darle a este ser algo de lo que él tiene. Y Dios es de naturaleza espiritual, no tiene cuerpo, por eso, le dio un alma, que está unida sustancialmente al cuerpo, constituyendo la **persona humana**.

Con el alma el hombre está abierto al conocimiento y al amor; la vida de los seres espirituales, en efecto, consiste en conocer y amar. Por esto es que la criatura racional descubre que tiene un poder inmenso sobre el resto de las cosas, porque al conocerlas, puede de alguna manera dominarlas, cosa que no puede hacer ningún otro ser. Por ejemplo, por más “inteligente” que parezca nuestro perrito, jamás podrá producir una idea ni tampoco será nunca capaz de un amor espiritual. Su mundo empieza y termina en lo sensible, por lo tanto, allí también se agotan las posibilidades de su existencia. ¿Por qué mi perrito nunca irá al Cielo? Porque no puede hacer nada allí; el cielo es Dios mismo, es vivir con Él, contemplándolo, y esa contemplación requiere de razón y voluntad.

Ésta es la grandeza del ser humano, la razón de su dignidad. Tener naturaleza espiritual significa, para él: por un lado, ocupar un lugar en el mundo que otro ser no puede ocupar; y por otro, más importante aún, su destino de eternidad. La inteligencia no se conforma con el conocimiento de todas las cosas, por más fascinante que esto resulte (porque lo es); sino que apetece el conocimiento de una verdad que explique todo, de una Verdad

absoluta, que es Dios mismo. Más aún, el orden del cosmos y el orden que el mismo hombre lleva dentro de sí le insinúan la presencia de un Ser Inteligente en el origen de todo; de modo tal que conocer es más que una curiosidad: es la búsqueda de la Verdad.

Lo mismo le sucede con el amor. Por más realización que haya obtenido en este campo, siempre desea un Amor absoluto, enamorarse de alguien que pueda llenar toda su vida, y que este amor no se termine más. Este Amor sólo puede darse cuando el hombre encuentra a Dios.

El ser humano, sea consciente o no, se siente atraído por Dios, porque fue creado por Él y para Él. Su ser reclama el Ser. Es la semejanza lo que lo atrae.

Por este motivo, tratando de conocer mejor al hombre es que nos proponemos ver, ahora, cómo es la Naturaleza divina y cómo se da en Dios el Ser personal.

1. La naturaleza de Dios

Esta primera parte del estudio de Dios constituye el tratado de la **Teología natural o filosófica**, la cual se basa en el esfuerzo de la razón humana por comprender algo del Ser divino. Se llama así para distinguirla de la Teología tradicional. Aunque hallemos en la Sagrada Escritura textos que fundamentan las conclusiones, podemos decir que, por deducción a partir de lo conocido y según los límites de la inteligencia finita, es posible ensayar un estudio de Dios, que consiste, fundamentalmente, en una comparación con los seres creados.

Antes de comenzar el análisis, tenemos que definir uno de los conceptos que usaremos al hablar del ser de Dios: en Él, hay “perfecciones absolutamente simples que existen necesariamente y formalmente en Dios, y que según nuestro modo imperfecto de conocer se deducen de aquello que concebimos como constitutivo de la esencia divina”; estas perfecciones se denominan **atributos**.

Según nuestro modo de conocer, esto significa que no hay distinción real en Dios de estos atributos; la distinción está en nuestra mente y la hacemos con el fin de conocer mejor, porque nuestro entendimiento procede por partes, aunque la cosa conocida

(el Ser divino) sea absolutamente simple. En realidad, es la consideración del mismo objeto desde ángulos distintos.

1.1. La aseidad divina

Comenzamos por la reflexión sobre lo que constituye, formalmente, la **Esencia divina**, es decir, por aquello que distingue radicalmente el ser de Dios y el ser de los seres, esto es, la **asediad**¹⁸².

Este concepto proviene de la expresión latina *a se* (por sí mismo); es lo opuesto de *ab alio* (por otro). Estas expresiones se usan para distinguir dos categorías de seres: los seres que existen por otro y único Ser que existe por sí mismo. La primera y más importante característica de la Naturaleza divina consiste en que Dios es el único que existe por Sí mismo.

En Dios, no hay nada que sea causado, que esté en potencia o que exista por participación. Él existe por su misma esencia y no por una causa diferente de Él, es decir, que su Ser no tiene origen en otro, es más, no tiene origen, porque existe desde siempre y con una independencia absoluta respecto de cualquier otro ser. Dios no necesita de nadie para existir.

Si Dios existe por Sí mismo, entonces tiene en Sí mismo la razón de su Ser y el fin de su existencia. En otras palabras, Dios no existe en función de ningún otro ser que no sea Él mismo. Además, tampoco puede obrar con otro fin que no sea Él mismo. Y la razón de esta autosuficiencia divina radica en que se trata del único Ser Absoluto¹⁸³.

Si Dios viviera y obrara para otro ser, el hombre por ejemplo, entonces, no sería Dios, pues estaría subordinándose a un ser inferior. Éste es el error de algunos que piensan que la razón de la existencia de Dios está en ayudar al hombre, como si este fuera el centro no sólo del cosmos sino también de Dios mismo. Dios es omnipotente, es decir, lo puede todo; lo único que no puede es lo ilógico o contradictorio. Por este motivo, Dios no puede buscar otro fin en sus actos que no sea Él mismo.

¹⁸² Cf. GRISON M. *Teología natural o teodicea*. Barcelona: Herder, 1980, p.159.

¹⁸³ Cf. Idem, p.161.

En la Sagrada Escritura, cuando Dios tiene que dar su nombre, se llama “El que es”. En el libro del Éxodo, se relata el diálogo que tiene Dios con Moisés cuando le encomienda la misión de conducir el pueblo de Israel a través del desierto para liberarlo de la opresión de los egipcios. En ese diálogo con Dios, Moisés le pide que le dé su nombre para que anunciarlo a los israelitas: “Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: `El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros´, cuando me pregunten: “¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?”. Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así dirás a los israelitas: `Yo soy me ha enviado a vosotros´”. Siguió Dios diciendo a Moisés: “Yahveh, el Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, por Él seré invocado de generación en generación”¹⁸⁴.

Si bien la Biblia no tiene por finalidad una exposición doctrinal con explicaciones racionales, podemos decir que el nombre que Dios se da a Sí mismo expresa esta primera característica de su Ser. El autor inspirado quiere enseñar que Dios es la Causa de todos los seres y que Él no tiene causa, sino que vive eternamente; por eso, dice “El que es” (que en hebreo, se dice *Yahveh*), para distinguirse de todas las cosas que alguna vez no fueron y que son porque fueron creadas.

En otras palabras, en Dios, se produce algo que no se da en ningún otro ser: la identificación absoluta entre la esencia y la existencia. En todos los demás seres, la existencia (es decir, el hecho de existir) se distingue de la esencia (aquello que hace que una cosa sea lo que es), porque a ningún ser le es esencial existir. Ningún ser, salvo Dios, existe necesariamente, y esto se prueba porque, de hecho en algún momento, no existió; por ejemplo, el caso del hombre, quien tampoco existe desde siempre, es decir, que no le es esencial existir. Sólo en Dios la existencia se identifica de manera absoluta con la esencia, por eso, lo primero que lo define es este modo absoluto de Ser.

Para entender a Dios, el hombre debería entender esta primera condición de su Ser. Dios podría existir tranquilamente sin las cosas, sin el hombre. Dios no necesita de ningún ser y no tiene

¹⁸⁴ Éxodo 3, 13-15

nada recibido. Cuando el hombre habla con Él, está hablando con un Ser absolutamente distinto.

1.2. La simplicidad en Dios

Después de haber definido lo que es la asediad, pasamos a tratar otras de las propiedades divinas: **la simplicidad**.

Dios es un ser absolutamente simple, es decir, que no existe en Él ningún tipo de composición, ni partes de ninguna naturaleza. De esto se puede dar una explicación racional. En la Sagrada Escritura, se afirma que Dios es Espíritu. Es lo que enseña el mismo Jesús en los Evangelios cuando, hablando con una mujer que le preguntaba dónde se puede adorar a Dios, Él le responde que se puede adorar a Dios en cualquier parte, porque Él es Espíritu y que hay que adorarlo con el Espíritu (Jn. 4).

La naturaleza de Dios es totalmente espiritual; no tiene cuerpo y no puede tenerlo, porque entonces sería limitado e imperfecto.

Santo Tomás enseña en la *Suma Teológica* que hay tres razones por las cuales Dios no puede tener cuerpo:

“porque ningún cuerpo mueve a otro si, a su vez, no es movido, como se puede comprobar examinando cada caso. Y ha quedado demostrado que Dios es el primer motor no movido. De donde se concluye que Dios no es cuerpo;

“es necesario que el primero exista en acto y no en potencia. Pues, aun cuando en un mismo ser que pasa de la potencia al acto, la potencia es cronológicamente anterior al acto, bajo ningún concepto el acto es anterior a la potencia; puesto que lo que está en potencia no pasa al acto sino por un ser en acto. Y ha quedado demostrado que Dios es el primer ser. Por lo tanto, es imposible que en Dios algo esté en potencia. No obstante, todo cuerpo está en potencia por cuanto todo lo que es continuo en cuanto tal es divisible indefinidamente. Luego es imposible que Dios sea cuerpo;

“como ha quedado demostrado Dios es el más noble entre todos los seres. Es imposible que algún cuerpo sea el más noble entre todos los seres. Puesto que el cuerpo o es vivo o no lo es, y evidentemente un cuerpo vivo es más noble que un cuerpo no vivo. No obstante un cuerpo vivo no vive en cuanto a cuerpo, porque, de ser así, todo cuerpo sería viviente. Es necesario que viva por otro, como por ejemplo

nuestro cuerpo vive por nuestra alma y aquello por lo que vive un cuerpo es más digno que el cuerpo. Por lo tanto, es imposible que Dios sea cuerpo"¹⁸⁵.

Esta explicación resulta importante si se tiene presente que, para algunos que interpretan literalmente la Biblia o para las filosofías materialistas, Dios tiene cuerpo. En todos estos casos, no hay una explicación de cómo es posible conjugar la limitación y mutabilidad de la materia con la naturaleza de un Ser infinito.

Dios no tiene cuerpo y tampoco puede entrar en composición con las cosas creadas, porque sería un modo de ser imperfecto, de no ser Dios, es decir, sería ilógico, como es la postura panteísta que lo identifica con los seres materiales como formando una única sustancia.

Al afirmar que Dios no tiene cuerpo, también se sostiene la tesis de que Dios no puede estar compuesto de materia y forma como el resto de los seres creados. Dios no puede tener materia, porque la materia significa siempre una potencialidad, es decir, puede recibir una forma nueva, como por ejemplo, la madera del árbol. Y Dios no puede tener nada en potencia, porque de ser así sería imperfecto. Además, todos los seres compuestos de materia y forma actúan en virtud de su forma, pero como Dios es el Primer Acto, no necesita de nada que lo ponga en acción, ni de una materia a través de la cual obrar.

Tampoco existe en Dios la diferencia entre la esencia y su ser, como sucede con el hombre, por ejemplo, en el cual la esencia no se identifica con un solo ser. Dios es lo mismo que su esencia; no puede haber otro individuo fuera de su Ser con la misma Naturaleza. Sólo pueden darse las Personas divinas dentro de una misma y única Naturaleza, como veremos más adelante.

Como dijimos antes, tampoco existe en Él composición de esencia y de existencia, pues ambas se identifican plenamente. Afirmar lo contrario sería decir que Dios tiene una causa externa de su ser. El ser en Dios está siempre en acto, es decir, existe desde siempre. Dios es el primer Ser y no existe en Él ninguna participación de otro ser.

¹⁸⁵ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I, q.3, a.1, c.

Tampoco se da en Dios algún tipo de composición lógica (ya dijimos antes que no hay en Él composición física ni metafísica). Esto significa que Dios no forma parte de una especie dentro de un género, porque si Dios formase parte de una totalidad con el resto de los seres, estaríamos poniendo en el mismo nivel el ser de Dios y el del resto de las creaturas. Una consecuencia de esto es que es imposible definir a Dios, porque no hay un concepto que lo abarque. Dios está más allá de toda clase de términos, y usamos distintos términos en razón de su trascendencia y su grandeza.

Tampoco es posible la existencia de accidentes (seres que existen en otro y no por Sí mismo) en Dios, como el color existe en una sustancia. Los accidentes suponen siempre una cierta potencialidad en el sujeto en el que se asientan, y en Dios, es imposible que exista ninguna potencialidad. Además, Dios es puro Ser, y a esto no hay nada que se le pueda agregar. Las cualidades o propiedades de la Naturaleza divina no son agregados, sino que forman parte de un único Ser indiviso, que es contemplado desde distintos ángulos por el hombre, como dijimos al definir atributo.

Finalmente, hay que decir que Dios no sólo no tiene composición en Él mismo, sino que, además, tampoco Él puede entrar en composición con otro ser. Así, por ejemplo, Dios no puede formar parte del mundo, aunque sea la Causa de su ser. La causa para ser tal requiere ser siempre distinta del efecto por un motivo metafísico y de sentido común. Nadie es causa de sí mismo. El mundo no puede ser Dios como afirma el panteísmo porque no puede darse a sí mismo el ser. Toda causa eficiente es distinta y anterior al efecto causado, como sucede con el hijo respecto de su padre.

1.3. La unicidad en Dios

Junto a esta característica de la simplicidad de Dios, habría que agregar la de la unicidad divina, porque Dios no sólo es absolutamente simple, sino que es Único.

La razón lógico-metafísica que explica la imposibilidad de que existan varios dioses es la siguiente: la naturaleza de Dios no puede comunicarse a otros seres, porque si Dios pudiese crear otro Dios, debería haber algo en éste último que lo distinga del primero; luego, uno sería Dios y el otro no. Además, es también imposible en razón de la infinita perfección de Dios, puesto que no puede haber varios

seres infinitamente perfectos. Como enseña la Escritura: “Escucha, Israel. Yahveh, nuestro Dios, es el único Yahveh”¹⁸⁶. Como dice San Pablo: “Los ídolos no son nada en el mundo pues no hay más que un único Dios”¹⁸⁷.

1.4. La perfección divina

Otro de los atributos divinos es la **perfección**. Con este término, nos referimos a un Ser que está completo, es decir, que tiene todas las propiedades y cualificaciones que pertenecen a su naturaleza, es decir, aquél que no le falta nada de lo que es necesario para su realización.

Santo Tomás enseña que Dios es perfecto porque es un Acto puro, esto es, porque no hay en Él nada en potencia. Dios no puede llegar a ser nada que no sea ya, ni puede llegar a tener algo que no tenga ya; nada le falta. Él es, además, la Causa de todo, y por esto, es necesario que esté en Acto. De no ser así, nada existiría. Así dice Santo Tomás: “El mismo ser es lo más perfecto de todas las cosas, pues se compara todas las cosas como acto. Ya que nada tiene actualidad sino en cuanto que es. De ahí que el mismo ser sea actualidad de todas las cosas y también de todas las formas”¹⁸⁸.

Dios es perfecto, además, porque en Él se hallan las perfecciones de todas las cosas. En efecto, siendo Él la Causa primera, posee todas las perfecciones creadas, pero de una manera perfectísima, porque en la Causa preexiste aquello que causa. En otras palabras, nadie da lo que no tiene y si Dios causa ciertas perfecciones como la belleza, la inteligencia, etc., es porque Él las tiene. Además, las perfecciones, antes que nada, son, existen, y Él es la Causa de todo lo que existe.

Por esto, la Escritura enseña que Dios es perfecto. Así dice Jesús en el Evangelio de San Mateo exhortando a los apóstoles: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre del Cielo”. Las palabras de Cristo no significan que el hombre pueda imitar de manera acabada a Dios. Cuando decíamos que hay semejanza entre el hombre y Dios, nos referíamos no a una semejanza en un

¹⁸⁶ (Deuteronomio 6, 4).

¹⁸⁷ 1 Corintios 8, 4.

¹⁸⁸ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I q.4, a.1, ad 3.

sentido unívoco, sino análogo. De esta forma, decimos que el hombre es persona, pero no de una manera perfecta como se da en Dios.

1.5. La Bondad divina

Pasamos ahora a otro de los atributos divinos: Dios es absolutamente **bueno**. Lo dice la misma Sagrada Escritura: “Nadie es bueno, sino sólo Dios” (Lc 18 y 19). Esto no significa que las criaturas no sean buenas, sino que lo son por participación, porque como dice la misma Escritura: “Todo lo que Dios ha creado es bueno”¹⁸⁹.

Que Dios sea bueno no significa que sea solamente “buenito”, como si fuera un ser que nunca se atreve a hacer el mal a los otros. En realidad, nunca causa el mal a otro ser, como ya lo dijimos antes, pero hay una explicación más profunda para la Bondad divina.

Antes de explicarla, tenemos que recordar qué es el Bien. Éste no es algo opuesto al mal (lo explicamos antes). El bien es aquello que todos apetecen, porque es la realización de un ser y “cada uno apetece su perfección. En efecto, la perfección y la forma tienen cierta semejanza con el agente, ya que el que obra hace algo semejante a él. Por eso, el agente es apetecible y tiene razón de bien, pues lo que de él se apetece es la participación de su semejanza. Como quiera que Dios es la Causa efectiva de todo, resulta que la razón de bien y de apetecible le corresponden”¹⁹⁰.

Dios es bueno, porque es la Causa eficiente, ejemplar y final de todo movimiento de los seres hacia su bien. Cada vez que uno busca su propia realización, lo sepa o no, busca a Dios, porque Dios es el fin último de todas las cosas.

Ciertamente, Dios no es el único Bien que existe, porque Él ha creado las cosas que tienen también ciertas perfecciones y que, por lo tanto, son buenas por participación. Dios es el Sumo Bien y es la causa de todos los bienes que existen. En otras palabras, Dios es bueno por esencia; como ya dijimos, no tiene Él otro fin distinto de Él mismo, Él contiene en sí mismo todo tipo de perfección. Las cosas son buenas en tanto la participación se acerque o aleje más de la

¹⁸⁹ 1 Timoteo 4, 4

¹⁹⁰ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I q.6, a.1, c.

Bondad divina. Por esta razón, la Bondad que se da en el hombre es superior a la que se da en las criaturas no racionales.

1.6. La infinitud en Dios

Otra propiedad de la Naturaleza divina es la **infinitud**. La infinitud en Dios significa la ausencia de límite y plenitud de perfección. Aunque la definición incluye una negación, en realidad, se está afirmando algo muy positivo que es el hecho de poseer toda la actualidad del ser, esto es, existir sin limitación.

En este punto, nosotros, que razonamos normalmente usando nuestra imaginación, intentamos pensar un ser, en una realidad física que no tenga fronteras. Pero, en este caso, nos equivocamos, porque es imposible que la cantidad, es decir, la materia, se extienda sin límites en el espacio.

Infinito es lo que no tiene principio ni fin. Lo que no empezó nunca ni terminará jamás. Como dice el salmista: “Grande es Yahveh y muy digno de alabanza, insondable su grandeza”¹⁹¹.

La materia no puede ser nunca infinita. Sólo lo espiritual puede tener este modo de ser y Dios es infinito, fundamentalmente, por el acto de ser que, como dijimos antes, no lo ha recibido de nadie y no puede tampoco perderlo. Es lo que nosotros definíamos como *asedidad*, es decir, la existencia no es recibida por una esencia. En este caso, es un Acto puro de Ser que posee, de manera eminente, toda perfección sin límite alguno.

Ciertamente, Dios no es la única realidad espiritual que existe y, por eso, hay que distinguir la infinitud en sentido absoluto de la infinitud que tienen algunas realidades creadas. En cuanto a estas últimas, podemos observar lo que sucede en el hombre, cuya inteligencia tiene, al menos en potencia, una capacidad ilimitada de conocimiento de seres individuales y puede, además, pensar en un ser que sea superior a él. De todas maneras, la razón humana nunca llega a conocer todo de manera perfecta como sucede con la Razón divina.

Santo Tomás explica la infinitud en Dios de la siguiente manera:

¹⁹¹ Salmo 145, 3.

“Hay que tener presente que se llama infinito a aquello que no tiene limitación. En cierto modo la materia está delimitada por la forma, y la forma por la materia. Por una parte, la materia está delimitada por la forma, porque antes de recibir una sola forma que la determinara está en potencia para poder recibir muchas. Por su parte la forma está delimitada por la materia porque, en cuanto forma, puede adaptarse a muchas cosas; pero al ser recibida la materia se convierte en la forma concreta de esta materia determinada. La materia se perfecciona por la forma que la delimita; por esa infinitud material que se le atribuye es imperfecta, pues acaba siendo casi una materia sin forma. La forma, en cambio, no sólo no se perfecciona por la materia, sino que ésta, la materia, delimita más bien su actitud. Así, la infinitud de una forma no determinada por la materia contiene razón de lo perfecto. Lo sumamente formal del todo es el mismo ser como quedó demostrado. Como quiera que el Ser divino no es un ser contenido en algo, sino que subsiste en sí mismo, como también quedó demostrado, resulta evidente que el mismo Dios es infinito y perfecto¹⁹²”.

Para entender bien este texto, hay que recordar que **forma** no significa figura, porque, en el primer caso, estamos hablando de una realidad metafísica, es decir, de aquello que hace una cosa sea lo que es; en cambio, con el segundo término, nos referimos a una realidad física, esto es, al contorno que adquiere la materia en una cosa determinada.

Conviene aclarar esto porque la infinitud del Primer Ser es un tema que se halla presente en los orígenes del pensamiento, por ejemplo, en los primeros filósofos como Anaximandro de Mileto; también Platón afirma la existencia del Uno Indeterminado; o bien Aristóteles atribuye la infinitud al Primer Motor. Para Plotino, también el Uno estaba por encima de toda determinación. En estos casos, existía una clara conciencia de la necesidad de un ser infinito en el origen de todo, pero no siempre se entendía por tal un ser de orden espiritual.

La cuestión de la infinitud de Dios ha estado presente también en la filosofía moderna. Así por ejemplo, Spinoza sostiene la existencia de una sustancia única que es infinita (panteísmo).

¹⁹² SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I q.7, a.1, c.

Para algunos filósofos idealistas (Kant y Hegel), en cambio, Dios es, al mismo tiempo, finito e infinito¹⁹³.

La infinitud coloca al hombre ante la verdadera dimensión del Ser divino, puesto que Dios es un Ser que supera completamente la razón humana. Es imposible para el hombre pensar en una línea recta que nunca empieza y jamás termina. Ésta es la razón teológico-metafísica por la cual siempre tenemos dificultad en comprender la voluntad de Dios respecto de nuestras vidas. No podemos abarcar un pensamiento que es infinito, no podemos ver todo lo que Dios ve; luego, es normal que el hombre tenga “quejas” con respecto a Dios. Es lo que dice el profeta Isaías cuando afirma que la mente de Dios y la mente humana están separadas por un abismo: “Porque los pensamientos de ustedes no son los míos, ni los caminos de ustedes son mis caminos – oráculo del Señor- Como el cielo se alza por encima de la tierra, así sobrepasan mis caminos y mis pensamientos, a los caminos y a los pensamientos de ustedes”¹⁹⁴.

1.7. La inmensidad

Otras de las propiedades de la esencia divina es la **inmensidad**. Dios es inmenso, esto es, está fuera de toda medida y está presente en todo ser y en todo lugar. Esto se llama también **omnipresencia**. Como afirma la Sagrada Escritura: “¿Adónde iré yo lejos de tu espíritu, adónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás Tú, si en el infierno me acuesto, allí te encuentras”¹⁹⁵.

La presencia consiste, fundamentalmente, en una relación entre dos seres a partir de algún tipo de comunicación. En este caso, nosotros hablamos de un contacto que se da en el orden ontológico y no en el orden físico.

Dios está presente en todas las cosas y en todo lugar, porque la Causa está siempre presente en su efecto. Y todos los seres finitos son el efecto de la obra de la Creación divina. Esto

¹⁹³ Cf. ELDERS, L. *La metafísica dell'essere di San Tommaso D'Aquino en Una prospettiva storica*, vol.II, Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1995, p. 215-219.

¹⁹⁴ Isaías 55,6-9.

¹⁹⁵ Salmo 139, 7 y 8

significa que el acto de existir de las cosas depende de esta Causa Universal que sigue actuando en la medida en que los seres conservan su existencia. En otras palabras el acto de creación no es un instante solo, sino en cambio, una acción continua de la Causa Primera que sostiene el ser de las cosas. Luego, Dios está presente en el ser mismo de cada cosa, esto es, en lo más profundo de cada ser.

Esta presencia divina en todas las cosas nada tiene que ver con el panteísmo, porque afirmar que la Causa está presente en el efecto no significa, de ninguna manera, decir que ambos son una sola cosa. Si así fuera estaríamos haciendo desaparecer la posibilidad de que exista una Causa. El panteísmo, en el fondo, termina negando la realidad de Dios.

Para entender bien esta presencia divina, no deberíamos olvidar que no se trata de un ser corporal sino de la presencia en el orden del ser.

Dios está presente en las cosas como causa de su ser y de su obrar, y esto último en virtud de que le otorga a cada ser la capacidad de operar. Todas las causas segundas obran en cuanto son movidas por la Causa primera. Hay, además, otra forma de la presencia divina: aquella que se deduce del hecho de que todos los seres están bajo la potencia de Dios en cuanto están sometidos al gobierno que Él tiene del mundo y de la historia.

Respecto de la presencia de Dios en todas las cosas, deberíamos distinguir este modo de presencia de aquella que se da a partir de una relación personal de amistad con el hombre. La presencia de Dios en el alma por la gracia establece una relación nueva entre el hombre y Él; se produce una comunión de vida, una participación en el conocimiento y en el amor de Dios.

1.8. La inmutabilidad divina

La **inmutabilidad** de Dios es otro de los atributos de su ser. En Dios, no existe ninguna posibilidad de cambio. Él es siempre el mismo, como dice el profeta Malaquías (3,6): “Que Yo, Yahveh, no cambio”. Y el salmista dice: “Desde antiguo, fundaste tú la tierra, los cielos son la obra de tus manos; ellos perecen, más tú quedas,

todos ellos como la ropa se desgastan, como un vestido los mudas tú, y se mudan. Pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años”¹⁹⁶.

La inmutabilidad de Dios tiene que ver con la perfección de su Ser. Como lo explica Santo Tomás:

“Por ser primer ser requiere ser acto puro sin mezcla de potencialidad, pues la potencia es absolutamente posterior al acto. Todo lo que de alguna manera se muda, de un modo u otro está en potencia. Por lo cual, es imposible que Dios de algún modo se mueva. Segundo, porque todo lo que se mueve, con respecto a algo permanece, y con respecto a algo cambia. Ejemplo: la blancura que se cambia en negritud permanece en su sustancia. Así como en todo lo que se mueve hay alguna composición. Como quedó demostrado que en Dios no hay ningún tipo de composición sino que es completamente simple. Por todo lo cual, queda claro que Dios no puede mudarse. Tercero, porque lo que se mueve, por su movimiento quiere algo que antes no tenía, pero por ser infinito, Dios comprende en sí mismo toda la plenitud de perfección de todo el ser no pudiendo adquirir nada ni ampliarse en algo que no tuviera”¹⁹⁷.

Esta cuestión de la inmutabilidad divina también estaba ya presente en la filosofía desde los primeros pensadores que admitían la inmutabilidad total del Ser (Parménides), de las Ideas (Platón) o del primer Motor Inmóvil (Aristóteles)¹⁹⁸.

Aquí se produce una aparente paradoja: las cosas que se mueven son originadas por una Causa Primera Inmóvil. Este problema se resuelve teniendo en cuenta la trascendencia del Ser divino con respecto al mundo creado, puesto que las cosas tienen el signo más evidente de su imperfección, esto es, el cambio al cual se hallan permanentemente sometidos. El cambio es signo de imperfección porque, con él, se busca tener o ser algo nuevo.

1.9. La eternidad en Dios

Dios es **eterno**. La eternidad es una consecuencia lógica de la inmutabilidad, y ésta de la perfección y simplicidad divina. En Dios, no hay tiempo porque no hay movimiento, y no hay

¹⁹⁶ Salmo 102, 27, 28.

¹⁹⁷ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I, q. 9, a.1, c.

¹⁹⁸ ELDERS, L. *La metafísica...* op.cit., p. 225-229.

movimiento porque, filosóficamente hablando, éste consiste en el paso de la potencia al acto. Puesto que en Dios no hay potencia alguna, sino sería imperfecto, luego en Dios, no hay movimiento. Es lo que enseña la Biblia: “Antes que los montes fuesen engendrados, antes que naciesen tierra y orbe, desde siempre y hasta siempre Tú eres Dios”¹⁹⁹.

Santo Tomás, siguiendo a Boecio, define la **eternidad** del siguiente modo: “La posesión entera, perfecta y simultánea de una vida sin fin”. Aquí hay dos aspectos: por una parte, se niega a Dios todo aquello que se atribuye al tiempo; así por ejemplo, en Dios no hay término, ni en su vida hay sucesión; pero por otra parte, se afirma que la vida en Dios se da como una posesión perfecta en un instante que es único.

Cuando decimos que Dios es eterno, afirmamos que Él está totalmente fuera y por encima de la duración sucesiva propia del tiempo. La duración de la vida en Dios es absolutamente diferente a la del hombre. El tiempo se relaciona con la eternidad como lo finito con lo infinito, es decir, que no cabe la eternidad en el tiempo. Por esta razón, el hecho de que Dios entre en la historia y en la vida de los hombres es un hecho sobrenatural extraordinario. El hombre participa, dentro de sus posibilidades, de este modo divino de ser en la medida en que su alma, por ser de naturaleza espiritual, es inmortal. De todas maneras, no hay que confundir inmortalidad con eternidad. La primera es sólo la vida de un ser que tiene un principio y no tiene fin; en cambio, la eternidad es la vida de un ser que no tiene ni principio ni fin.

Que Dios sea eterno implica que no sólo carece de principio y de fin, sino que tampoco tiene sucesión, esto es, todo en Él se da de manera simultánea. No existe pasado, ni presente, ni futuro en Dios; sólo existe un presente permanente.

Aquí radica otra de las dificultades que los hombres tenemos para entender a Dios; porque algunas veces, nos planteamos, con respecto al mal por ejemplo, cómo es posible que Dios permita que algo me suceda: si Él sabía, ¿por qué no lo impidió? En realidad, Dios lo permite, como dijimos antes, porque puede sacar un bien del mal; sin embargo, no podemos afirmar que Él lo sabía, debemos decir más bien que Él lo sabe. Él ve en este instante mi pasado, mi

¹⁹⁹ Salmo 90, 2.

presente y mi futuro, y no sólo el mío, sino el de todos los hombres. Con una sola mirada, Él ve *ahora* el origen del mundo, el Medioevo y el fin de la historia. El que Dios conozca mi futuro no significa que lo determine, como si yo estuviese sujeto a un destino que no puedo modificar, sólo significa que Dios lo ve; pero sigue siendo, para mí, algo indeterminado en lo cual interviene mi libertad. Si Dios impidiera la libertad del hombre, se contradiría a Sí mismo, y esto sería ilógico. Es más posible que sea el hombre el que se equivoca y no Dios.

1.10. La Ciencia divina

La **Ciencia divina** se refiere al modo propio del conocimiento de Dios y, por lo tanto, es otra de las propiedades que definen la naturaleza divina. Como hemos explicado ya, todo efecto supone y depende en su forma de una causa, de manera tal que, si es posible contemplar un orden en el cosmos y en el hombre, es porque hay una inteligencia que ha generado ese orden. El orden supone siempre una inteligencia; el desorden es siempre una negación de ella. Es evidente que los seres no racionales no son capaces de generar ni de descubrir el orden de las cosas existentes. Luego, esta primera Causa de todas las cosas de la cual venimos hablando debe ser una Inteligencia Suprema.

En Dios hay ciencia, es decir, acto de inteligencia, puesto que posee todas las perfecciones y, sobre todo, una de las más elevadas que es la vida intelectual.

En primer lugar, deberíamos recordar que cuando hablamos de acto de conocimiento nos estamos refiriendo al proceso por el cual la razón producen una idea. Este proceso se origina en la inmaterialidad de un ser, esto es, que un ser puede aprehender la forma de algo en la medida en que tiene una naturaleza espiritual que le permita abstraer las condiciones materiales de una cosa para quedarse con aquello que es su esencia. El acto de conocimiento se origina en la información que la razón recibe de los sentidos. Así por ejemplo, por el tacto y la vista, el hombre se genera una imagen sensible con la cual la razón va a trabajar después realizando esa separación (abstracción). Todo esto es lo que hacemos cada vez que inteligimos un objeto. Y, para ello, nuestro conocimiento tiene un presupuesto muy elemental: para que sea posible la intelección hace falta que exista antes y por sí mismo la cosa que pretendo conocer. El conocimiento humano supone el ser.

Cuando hablamos de conocimiento en Dios sucede algo que es, en cierta manera parecido y en cierta manera diferente. Como sucede con el hombre, el conocimiento divino también produce ideas, es decir, capta la esencia de las cosas. Pero a diferencia del acto intelectual finito, el conocimiento divino no supone la preexistencia del objeto, porque es precisamente la Inteligencia Divina la que crea; luego, no supone el ser sino que lo hace existir. En otras palabras, un ser surge de la nada, es creado, cuando Dios primero lo piensa, y luego, su voluntad omnipotente decide darle la existencia.

Ésta es la diferencia fundamental dentro del conocimiento humano y el divino: el primero sólo descubre, es decir, capta por la idea, lo que la mente divina ha creado.

Aquí también deberíamos recordar que, dado que el conocimiento supone la inmaterialidad, tanto más inteligente es un ser cuanto más espiritual es. Los animales sólo tienen capacidad para un conocimiento sensible, sólo pueden conocer cosas concretas, nunca pueden producir una idea porque no tienen un alma racional como el hombre. Los ángeles, seres puramente espirituales, tienen un conocimiento superior al del hombre. Y en Dios, que posee una naturaleza espiritual, se da de una manera absolutamente perfecta; el conocimiento llega a su máxima expresión, es decir, abarca a todo lo existente y de manera perfecta.

Otra de las diferencias consiste en el modo cómo se produce el proceso del conocimiento. Dijimos antes que, en el hombre, hay un conocimiento sensible que precede al racional; deberíamos agregar a esto que, normalmente, el hombre conoce por comparación, yendo de lo más conocido a lo menos conocido y, por esto, el conocimiento humano supone un razonamiento lógico que es posible dividir en etapas. Esto tiene que ver con la limitación de la razón humana y con la relación que tiene el alma con la materialidad (el cuerpo). En el caso de un ser que no tenga cuerpo, el conocimiento no necesita partir de imágenes sensibles, sino que se da de una manera más simple e inmediata. Para tratar de entender esto, podríamos recordar que, en nuestro caso, algunas veces, el conocimiento se da de manera intuitiva, es decir, cuando hay una captación directa de una idea sin el proceso del discurso lógico; en los ángeles, se da siempre de esa manera; y finalmente, en Dios, el conocimiento intuitivo se produce de forma mucho más perfecta. El

conocimiento divino es un acto instantáneo, inmediato, no tiene desarrollo lógico como el del hombre.

Ahora bien, tenemos que preguntarnos qué es lo que conoce Dios. Entonces, para encontrar una respuesta, debemos tener presente que Él es eterno y que, por lo tanto, existe antes que todo. Luego, cuando no existía ninguno de los seres creados, Dios se conoce a sí mismo.

Una de las propiedades de la inteligencia es que es reflexiva, siendo capaz de volverse sobre sí misma, es decir, no sólo conoce sino que conoce que conoce. Pues bien, lo primero que conoce Dios es su propio Ser de forma inmediata, porque ahí se produce una identificación absoluta entre el sujeto y objeto del conocimiento.

¿En qué momento se produce este acto de la mente divina? Desde toda la eternidad. ¿Por qué? Pues porque así como Dios es un ser que está siempre en acto, también su inteligencia lo está. A diferencia del hombre que tiene su inteligencia en potencia para conocer algunas cosas que aún no conoce, en Dios nada es potencial, tampoco su entendimiento²⁰⁰.

Este acto de conocimiento es absolutamente perfecto en Dios. Por ser, como dijimos, un ser en acto tiene un conocimiento que está en acto y que, libre de toda materia y toda potencia, comprende, de manera perfecta y en un solo acto, aquello que conoce, en este caso, su propio Ser.

La ciencia de Dios también tiene un objeto secundario que es la intelección de todas las cosas creadas. Dios conoce a todos los seres que existen: pasados, presentes o futuros, pues como dijimos, es su conocimiento el que los origina, y luego de la Creación, los contempla en cuanto seres que participan de su modo de ser y sus perfecciones; es la mirada de Dios que abarca toda la realidad. Esta mirada consiste también en un solo acto que se da de manera inmediata y que contempla todo. La ciencia divina no es discursiva como la nuestra; tampoco es cambiante como la nuestra, puesto que Él conoce todas las posibilidades de variaciones que tienen los seres. Así es que, aunque sean muchos los seres

²⁰⁰ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I, q 14, a.2 y 3

conocidos, su conocimiento permanece absolutamente simple, como su esencia.

Dios conoce no sólo lo que es, sino lo que podría haber sido y no es; así conoce las imperfecciones de los seres como las privaciones del bien, es decir, Dios conoce el mal.

El conocimiento que Dios tiene del futuro de los seres creados, como ya dijimos, no implica una intervención en la voluntad humana, determinándola hacia una cosa u otra. El acto libre del hombre no está determinado de ninguna manera por las circunstancias que lo explican. Dios contempla, desde la eternidad, toda la historia y, por eso, ve, en un mismo momento, la causa y los efectos de los actos humanos, dejando siempre libre al hombre, como lo sabemos por experiencia, para que elija entre una cosa y otra. Hay sólo una cosa que el hombre no puede elegir: el fin de su vida y aquello que le hace bien o hace mal; porque no todas las cosas o acciones son convenientes a su naturaleza. En esto sí podemos decir que la ciencia divina no deja lugar al libre albedrío del ser humano, y es mejor que así sea porque seguramente, en más de una circunstancia de nuestra vida, elegiríamos cosas que nos hacen daño o infelices. Después de todo, tiene derecho como Creador a determinar la naturaleza de los seres. Nadie está antes de ser creado como para sugerirle a Dios un modo mejor de haber sido hecho.

1.11. La Verdad absoluta

Del modo cómo se da el conocimiento en Dios, podemos deducir una nueva propiedad de su naturaleza: Dios es la **verdad absoluta**. Como dijimos, el entendimiento humano supone la existencia del ser que pretende conocer, por esto, podemos afirmar que la verdad es fundamentalmente la coincidencia entre la idea y la realidad. Así por ejemplo, si al expresar el concepto "lápiz", me estoy refiriendo a un ser concreto que existe y que tengo en este momento en mi mano, entonces puedo decir que mi idea es verdadera si coincide con esa realidad.

En Dios, se da la Verdad, o mejor dicho, Dios es la Verdad absoluta, porque en Él se da una plena identificación entre el ser y el entendimiento. En efecto, como vimos arriba a propósito de la simplicidad divina, todo cuanto existe en Dios se identifica con su esencia, también su intelecto. Como lo sintetiza Santo Tomás: "La

verdad se encuentra en el entendimiento en cuanto aprehende las cosas como son; y en las cosas en cuanto son adecuables al entendimiento. Todo esto es así en Dios en grado sumo. Pues su ser no sólo se conforma a su entendimiento, sino que también es su mismo entendimiento. Y Él mismo es su ser y su conocer. Por lo tanto, en Él no sólo está la verdad sino que Él mismo es la primera y suma Verdad”²⁰¹.

Que Dios sea la Verdad tiene, además, un significado moral, puesto que, por ser tal, no puede Él engañar o mentir al hombre, como dice el autor de la carta a los Hebreos: “Es imposible que Dios mienta” (6,18). Por este motivo, ya desde el inicio de la Revelación en el Antiguo Testamento, se enseña la absoluta confianza en la fidelidad de Yahveh a sus promesas. El mismo Jesús, cuando quiere mostrarse como el Hijo de Dios, se llama a sí mismo **Verdad**: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

1.12. La Voluntad en Dios

Siendo Dios un ser espiritual, está dotado no sólo de inteligencia, sino de voluntad, como sucede en el hombre analógicamente. Y esto lo atestigua la misma Sagrada Escritura que considera la voluntad libre de Dios como la Causa del universo, por eso, la oración más importante que enseña Jesús a los hombres se dirige al Padre para pedirle que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo.

La voluntad en Dios se da, como el entendimiento, siempre en acto, es decir, que no existe en Él un deseo de una perfección que no posea ya. Si la voluntad busca el bien, Él es la Bondad por esencia. También en este caso, el acto de voluntad divina es único y sin sucesión alguna, y se identifica con la ciencia divina en virtud de que no hay en Él posibilidad de composición.

La voluntad explica en Dios los afectos de felicidad o rechazo, como se dice en la Sagrada Escritura, a menudo Dios se alegra por la santidad en los hombres y rechaza a los pecadores. No es que Dios tenga “sentimientos” al modo humano, porque es puramente espiritual, sino que el amor en Dios comprende todos estos modos de expresarse.

²⁰¹ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I, q.16, a.5, c.

La voluntad en Dios se dirige, en primer lugar, a Él mismo; porque se ama a Sí mismo por necesidad absoluta, no puede no amarse, ni gozarse en su ser. Este amor de Sí mismo en Dios como fin incluso de todo cuanto hace no significa egoísmo, como lo sería en el caso del hombre, quien no puede ponerse a sí mismo como fin último. Dios no puede querer al hombre más que a Sí mismo porque, si así lo hiciera, estaría orientando su vida a un ser inferior y, esto es, imposible por ser ilógico y contradictorio. Para entender a Dios, hay que tener siempre presente su trascendencia.

Pero Dios no sólo se quiere a Sí mismo, sino también quiere a las cosas creadas por Él, en este caso, no ya por necesidad sino por un acto de libre elección. Así quiere por ejemplo, cuando crea, puesto que ÉL no necesita de las cosas ni del hombre, lo hace en virtud de su Bondad. La Bondad tiende siempre a difundirse: el que es bueno hace el bien por ser bueno y no esperando un beneficio a cambio. Así de este modo, la voluntad divina ama y decide crear. Dios podría no haber creado nada, pero, por ser bueno, lo hizo; y este amor sobre las criaturas no cambia, es inmutable.

¿Es libre la voluntad en Dios? No en el sentido humano, en el cual el hombre tiene oportunidad de elegir entre el bien y el mal. Dios no puede elegir el mal, porque sería elegir lo imperfecto. Dios ama necesariamente el bien infinito y elige libremente los bienes finitos que desea crear. En Dios, se da la libertad en un sentido absoluto, porque siempre elige el bien, habiendo en Él plena identidad entre el ser y el bien. Como dice el salmista: "Todo cuanto agrada a Yahveh lo hace en el cielo y en la tierra, en los mares y en todos los abismos"²⁰².

1.13. La Potencia divina

A partir de la voluntad en Dios, podemos hablar también de la **potencia** divina, es decir, el atributo por el cual Dios puede dar la existencia a toda esencia que no implique contradicción. Dios puede hacer todo lo que quiere, pero no puede querer lo ilógico.

Esta potencia en Dios está siempre en acto, es decir, no necesita de la influencia de un afecto externo, porque Él es acto puro. Por esta razón, su potencia es siempre la misma y es infinita.

²⁰² Salmo 135, 6.

Dios podría crear todo cuanto quisiese, salvo crear un ser infinito, porque ya no sería Dios.

El hecho de que Dios no pueda hacer lo contradictorio no es de ninguna manera una limitación, por el contrario, es una consecuencia de su perfección, porque lo contradictorio carece de inteligibilidad y de relación al ser. Entonces, no deberíamos decir que Dios no puede hacer tal cosa, sino que tal cosa no puede hacerse.

En varios pasajes de la Sagrada Escritura, se manifiesta esta omnipotencia divina, particularmente cuando el ángel que anuncia la Encarnación del Hijo de Dios afirma que: “Nada hay imposible para Dios” (Lc 1, 37).

2. Dios es un Ser personal

Dios es celoso. A Dios no le gusta que el hombre tenga en su vida otros seres tan importantes como Él, por eso, no toleraba en la Antigüedad el culto a los dioses. Él tiene que ocupar siempre el lugar más importante en la vida del hombre porque **Él es el que es**: “No habrá para ti otros dioses delante de mí”²⁰³.

Ésta es la primera y más importante enseñanza de Dios cuando se revela. Lo primero que dice de Sí mismo es que hay un solo Dios y que sólo Él quiere recibir toda la alabanza de los hombres. Esto es lo que le enseña al pueblo de Israel cuando, al liberarlo de la esclavitud de los egipcios, los convierte en su pueblo elegido. Lo que distingue a Israel del resto de los pueblos es precisamente su fe monoteísta. A partir de esta Revelación divina, Dios le propone al pueblo una alianza: Él se compromete a llevarlo a la tierra prometida y les exige a ellos, ser fieles sólo a Él. A esta fe en un único Dios estaban profundamente aferrados los judíos, es por eso que les cuesta tanto aceptar que en este Dios haya Personas.

Y así como podemos decir que el dato más importante de la Revelación del Antiguo Testamento es esta existencia de un solo Dios, también podemos decir que el dato más importante del Nuevo Testamento es que, en Dios, hay tres Personas.

²⁰³ Éxodo 20, 3.

Dios es infinitamente sabio y Él quiso darse a conocer por etapas, de manera tal que los hombres no cayeran en confusiones. Por esta razón, después de haber dejado grabada en la conciencia de su pueblo la idea de un solo Dios, envía a su Hijo a dar a conocer a los hombres la Verdad completa de su ser: Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La Trinidad de Personas en Dios sólo se manifiesta en el Nuevo Testamento. En el Antiguo, se hacen referencias “a la personalidad de Dios”, pues se menciona a un Dios que habla (Génesis 1, 3), que escucha (Éxodo 16, 12), que ve (Génesis 6, 2) y que tiene relaciones personales y libres con su pueblo; de ahí que a veces se caiga en algunos antropomorfismos, es decir, en una descripción casi humana de su ser. Estos no son más que intentos de hablar de Dios a los hombres teniendo en cuenta su imaginación.

Todo el Antiguo Testamento enseña que Dios es un Ser con el cual se pueden tener relaciones personales, esto es, amistad, amor y fidelidad. El hombre es el único ser con el cual Dios puede entablar este tipo de relaciones. Sin embargo, a pesar de querer mostrar estos aspectos que manifiestan la personalidad en Dios, está claro en todo su mensaje que hay que evitar el error de una exagerada comparación con el hombre. Así es que pone de relieve aquellas propiedades de su naturaleza que lo distinguen del resto de los seres. Dios se revela como trascendente; porque si bien es el Dios de Israel, en realidad, es también el Dios de todos los pueblos, de toda la historia y de toda la Creación. El relato de la Creación habla de un Dios todopoderoso que crea de la nada y que no está ligado al mundo como los dioses del paganismo. De allí que, si bien Él obra en la historia, está por encima del tiempo: “¿Quién lo realizó y lo hizo? El que llama a las generaciones desde el principio: Yo Yahveh el primero, y con los últimos, yo mismo”²⁰⁴.

Una consecuencia práctica de esto es la prohibición que tiene el pueblo de Israel de representar a Yahveh en imágenes. Así por ejemplo, luego de manifestarse en el monte Horeb a su pueblo, le recomienda: “Tened mucho cuidado vosotros mismos: puesto que no visteis figura alguna el día en que Yahveh os habló en el Horeb de en medio del fuego, no vayáis a pervertiros y os hagáis alguna escultura de cualquier representación que sea: figura masculina o

²⁰⁴ Isaías 91, 4.

femenina, figura de alguna de las bestias de la tierra... Cuando levantes tus ojos al cielo, cuando veas el sol, la luna las estrellas y todo el ejército de los cielos, no vayas a dejarte seducir, y te postres ante ellos para darles culto. Eso lo ha repartido Yahveh tu Dios a todos los pueblos”²⁰⁵.

Dios está por encima de todo y, por eso, no puede ser encerrado dentro de una figura o representación humana; esto se expresa también a través de la “santidad”. En el Antiguo Testamento, se afirma que Dios es Santo para destacar su elevación por encima de todos los demás seres: “¿Quién como Tú Yahveh entre los dioses? ¿Quién como Tú glorioso en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas?” (Éx 15, 11).

Esta trascendencia del ser de Dios se manifiesta, además, en el dominio que Él tiene sobre toda la historia y en la sabiduría y justicia con la que rige la vida de los hombres.

Hay, entonces, una conjunción de dos aspectos de una misma realidad: es, por un lado, único y trascendente y, por otro lado, semejante a los hombres. Por eso, existen varios pasajes que sugieren la noción de persona en Dios. En el Antiguo Testamento, sólo podemos hablar de insinuaciones del misterio de la Trinidad; por ejemplo, cuando Dios hablando de Sí mismo usa un plural, como en el relato de la Creación que dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Génesis 1, 26). Otra de estas manifestaciones es el Ángel de Yahveh que está presente en alguna de las teofanías, como indicando que hay dos Personas en Dios: la que envía y la que es enviada²⁰⁶. También las profecías que hablan de un Mesías sugieren la idea de un enviado por Dios como Hijo de Dios: “Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado” (Salmo 2, 7). O bien Isaías: “Viene el mismo Dios y Él nos salvará” (35, 4).

Finalmente, los libros sapienciales hablan de la Sabiduría divina como si fuera una persona junto a Yahveh, y se dice que Ella procede de Dios desde toda la eternidad: “Yahveh me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra... Cuando asentó los cielos allí estaba yo....Yo estaba allí como

²⁰⁵ Deuteronomio 9, 15-19.

²⁰⁶ Cf. Génesis 16, 7-13: Éxodo 3, 2-14.

arquitecto y era yo todos los días su delicia”²⁰⁷. En conclusión, podemos decir que la relación de la Trinidad en el Antiguo Testamento fue preparada por la afirmación y la vivencia de la trascendencia divina y por las mediaciones misteriosas atribuidas a personajes distintos del saber. No hay, sin embargo, ningún texto en el cual se mencione explícitamente que existan personas en Dios. Ésta será la Revelación fundamental de Jesús en los Evangelios.

Conocemos el misterio de la Trinidad por lo que Jesús manifestó durante su vida. Fue Él quien habló, por primera vez, de relaciones interpersonales en el seno de la divinidad. En efecto, la Revelación muestra que existía una conciencia filial de Jesús, porque Él mismo expresó sus relaciones con Dios como la de un hijo con su padre. Es cierto que la noción de **filialidad** ya existía en el Antiguo Testamento, porque Israel tenía conciencia de que Yahveh era su padre, y esto principalmente a través de la Alianza; así por ejemplo, dice el profeta Isaías: “Porque tú eres nuestro Padre, que Abraham no nos conoce, ni Israel no nos recuerda. Tú, Yahveh, eres nuestro padre, tu nombre es el que nos rescata desde siempre... Pues bien, Yahveh, tú eres nuestro Padre...Nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero”²⁰⁸. Pero Jesús se declara **Hijo** de una manera absolutamente nueva: Él es el Hijo único de Dios.

En el Nuevo Testamento, aparece también Dios como el Padre de los discípulos y amigos de Jesús; así se lo llama en la oración más importante que el Maestro les enseñó: además, Jesús, refiriéndose a Dios dice “mi Padre” y “vuestro Padre”²⁰⁹, pero queda claro también que es el Hijo el único que revela plenamente al Padre: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino al Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”²¹⁰.

Otro de las manifestaciones de esta relación íntima que Jesús tiene con el Padre son los títulos divinos que recibe Jesús. Entre ellos, el más importante es el de **Señor**: “Y toda la lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor”²¹¹. También aparece este

²⁰⁷ Proverbios 8, 24-30.

²⁰⁸ Isaías, 63, 16.

²⁰⁹ Juan 20, 17.

²¹⁰ Juan 1.

²¹¹ Filipenses 2, 11.

título en Romanos 10, 9: "Porque si confieras con tu boca que Jesús es el Señor". Y en 1 Corintios 12, 3: "Nadie puede decir que Jesús es el Señor sino con el Espíritu Santo". Este título de Señor en Jesús adquiere su plenitud después de la Resurrección, porque a partir de ese momento, establece un señorío victorioso sobre todo el mundo.

Sin embargo, no se puede decir que Jesús se convierta, con el tiempo, en Hijo de Dios, como si fuera una conclusión ó imagen que los apóstoles sacan de sus palabras y obras. Jesús es Dios desde toda la eternidad y esto lo prueban varios textos. En primer lugar, es el mismo Jesús el que dice que existía antes: "Antes de que Abraham existiera Yo Soy"²¹². De todas maneras, seguramente el texto bíblico más importante a este respecto sea el prólogo del Evangelio de San Juan, en el cual el autor está hablando claramente de aquel hombre Jesús, y sostiene que existe antes que todo, con Dios pero distinto de Dios, que Él se encarnó y vivió entre los hombres²¹³.

El Dios Yahveh, el Dios del Antiguo Testamento es el Padre de Jesucristo, puesto que la personalidad de Dios que allí se manifiesta es la que más tarde será renovada como la Primera persona de la Trinidad.

También se menciona en el Antiguo Testamento al Espíritu de Yahveh como parte de la divinidad. Él es el principio de vida, el que insufla Dios en Adán (Génesis 2,7). El Espíritu es también la fuerza divina que se hará presente en los tiempos mesiánicos, Él será una fuerza que transformará los corazones y les dará parte en

212 Juan 8, 58. En Filipenses 2,6-11 dice: «El cual siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres». Y también en Colosenses 1, 15-20: «Él es imagen de Dios invisible. Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas...Él existe con anterioridad a todo».

²¹³ «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios...En el mundo estaba y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció...Y la Palabra se hizo carne, puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único» (Juan 1,1-14).

la Vida eterna²¹⁴. En el Nuevo Testamento, los apóstoles dan muestra de tener conciencia de que el Espíritu de Dios es una Persona distinta en Dios. Por esta razón, los apóstoles la ponen a la misma altura que el Hijo y el Padre; así por ejemplo: "La prueba de que sois hijos es Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama Abba, padre"²¹⁵.

La Teología es un intento por encontrar una explicación racional a los misterios revelados en la Sagrada Escritura, que es su fuente. Por eso, su punto de partida son los textos bíblicos. En ellos, se menciona claramente la presencia del Espíritu Santo en el seno de la divinidad. Obviamente, estamos hablando del Nuevo Testamento, y esto sucede desde el inicio de los Evangelios. Cuando se relata el nacimiento de Jesús, aparece allí la presencia del Espíritu que realiza una encarnación, y de un Padre que es el que envía el Hijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios"²¹⁶.

Otro pasaje importante de la Revelación de las tres Personas es el de la teofanía que tuvo lugar durante el bautismo de Jesús: "Bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma y vino una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, hoy yo te he engendrado"²¹⁷.

También Jesús habla directamente del Espíritu Santo cuando se despide de los apóstoles antes de subir a Jerusalén y les promete el envío de un defensor, del Espíritu Santo, que les enviará junto con el Padre, para que los proteja y acompañe en su misión de predicar el Evangelio²¹⁸.

²¹⁴ Cf. Ezequiel 39,29 y 11, 18: la manifestación de la Trinidad mostrará como Jesús es el Mesías anunciado porque sobre Él desciende el espíritu y lo acompaña siempre.

²¹⁵ Gálatas 4, 6.

²¹⁶ Lucas 1, 35.

²¹⁷ Lucas 3, 21-22; Mateo 3, 16; Juan 1, 32.

²¹⁸ «Y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad...Aquél día comprenderéis que yo estoy en mi Padre» (Juan 14, 17. 20).

Finalmente, la última mención de la Trinidad en los Evangelios se halla en el mandato que Cristo hace a los apóstoles de bautizar y predicar a todo el mundo: “Id, pues enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”²¹⁹.

A partir de estos textos, comienza el esfuerzo de la razón humana por explicar este misterio que es el más elevado de la fe cristiana. En la Sagrada Escritura, no encontramos una explicación como lo podríamos hallar en un libro de doctrina; sin embargo, la Teología ha tomado una expresión bíblica para comenzar el intento de explicación racional. En el Evangelio de San Juan, Jesús mismo dice: “Yo he salido de Dios” (8, 42); en otro pasaje dice también el Señor: “El Espíritu de verdad que procede del Padre” (Juan 15, 26). En estos casos, la expresión **proceder** se refiere al envío de las Personas divinas al mundo, manifestando lo que sucede en el interior del ser divino.

La Biblia dice, entonces, que, en Dios, una Persona procede de otra. Ahora vamos a explicar qué significa **procesión**. Esta expresión designa el hecho de que una cosa se origina en otra. Y esto puede concluir de dos maneras:

- cuando aquello que procede sale hacia fuera del ser de origen;
- cuando el término de la procesión permanece dentro del ser de origen.

En el primer caso, estamos hablando de una **procesión externa**, que es lo que sucede cuando Dios crea, porque de Él salen cosas que están fuera de Él y son distintas de su esencia. Y en el segundo caso, nos referimos a una **procesión interna**, que es la que se produce cuando Dios realiza un acto de conocimiento o de amor. En este caso, la idea engendradora o el amor permanecen dentro de su esencia. Éstas son las procesiones que dan origen a que haya Personas en Dios.

2.1. Las procesiones divinas

Hay en Dios dos procesiones:

- **la procesión intelectual**

²¹⁹ Mateo 28, 19.

- **la procesión de la voluntad**

La primera se da cuando el Padre (la primera Persona de la Trinidad) realiza un acto de conocimiento. Como dijimos antes, Dios es un ser puramente espiritual, por lo tanto, su vida consiste en actos de inteligencia y voluntad. Lo primero que conoce Dios es su propio ser, en virtud de que el entendimiento tiene la propiedad de ser reflexivo, se vuelve sobre Sí mismo porque no existe ninguna otra cosa más que Él. Al pensarse, Dios genera una idea de Sí mismo, y esta idea es la Imagen perfecta de su ser. Es como si Dios se mirara al espejo y reflejara en Él su rostro. Así nace el Hijo, engendrado como el conocimiento perfecto que el Padre tiene de Sí.

Para tratar de entender mejor lo que sucede en Dios, podemos recordar cómo procede la actividad intelectual en el ser humano. Cuando nosotros pensamos, estamos generando una **idea**, que es la representación de la cosa conocida. Esa idea hace que la cosa esté presente en la mente, pero de una manera distinta a como está en la realidad. Así por ejemplo, cuando pienso en una mesa, puedo decir que tengo la esencia (una realidad espiritual) de la mesa en mi mente, lo cual manifiesta el ser de la cosa. Por eso, existe entre la idea y la cosa en sí una semejanza, en cuanto la primera refleja a la segunda. Esta idea puede expresarse verbalmente por medio de la **palabra o verbo**; aunque el concepto tiene un ser intencional, no real, es decir que lo que es idéntico entre una y otra es la esencia.

El acto de conocimiento implica, entonces, necesariamente la producción de una cosa distinta, porque la idea y la cosa son realmente seres distintos, aún cuando se trate del conocimiento de sí mismo. También en este caso, tengo que distinguir la idea que yo tengo de mí mismo, de mi ser real. Cuando el entendimiento conoce, genera (engendra) algo nuevo, un ser nuevo.

Esto es lo que sucede en Dios. Cuando Él se piensa a Sí mismo, da origen a algo distinto de sí mismo, a una idea, un **Verbo**, y éste es el **Hijo**.

El entendimiento divino, como ya dijimos, se diferencia del humano en cuanto está siempre en acto, es perfecto; además, también por el hecho de que se identifica totalmente con la esencia divina, es decir, no existe diferencia entre entendimiento y ser, como en el hombre. Por esta razón, cuando Dios Padre piensa, da origen

a otro ser, distinto de Él sólo por su procedencia, con la misma esencia y los mismos atributos.

Ahora bien, ¿por qué siendo Dios todopoderoso tiene sólo un Hijo y no más? Porque el entendimiento divino es perfecto, entonces, sólo con un acto intelectual, le basta para conocerse acabadamente. Una sola idea expresa perfectamente lo que Él es; no es necesaria la multiplicidad.

Ésta es la explicación de por qué se le llama **Hijo y Verbo** a la segunda Persona de la Trinidad en la Sagrada Escritura. En el acto de conocimiento divino, se produce realmente una generación, porque Dios “genera” un ser distinto de Él, un ser que es semejante, y por esta razón, se llama Hijo. Así es como la Sagrada Escritura habla de Padre y de Hijo y es Jesús mismo quien se refiere a Dios como su Padre: “Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo. Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”²²⁰.

Es también en la Biblia donde se llama **Palabra (Verbo) de Dios** al que es enviado por el Padre a revelarnos su ser y a traernos la salvación. En el prólogo del evangelio de San Juan, se dice: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios” (1,1). Por ser la Palabra, se dice en la misma Biblia que el Hijo es la “imagen del Dios invisible”²²¹ y también se afirma que es el “resplandor de su gloria e impronta de su sustancia”²²².

También en el prólogo de San Juan, se hace mención de la participación que tiene la Palabra en la Creación del mundo. Cuando hablamos del entendimiento divino, dijimos que lo que lo diferencia del humano, es que aquél es Creador, porque antes de dar existencia a una cosa, Dios la piensa. Siendo, pues, la Palabra el primer fruto de ese pensamiento divino, es ella la que interviene como arquitecto (como dice el texto del libro de la Sabiduría). Juan

²²⁰ Juan 5, 16-18. Hebreos 1, 6: «A qué ángel dijo alguna vez: “Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy; y también yo seré para él Padre, y él será para mi Hijo”». La misma relación filial paterna encontramos en Romanos 8, 32 y Mateos 3, 17.

²²¹ Colosenses 1, 15.

²²² Hebreos 1, 3.

dice: "Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe...Y el mundo fue hecho por ella" (1, 3. 10)

La **segunda procesión** es la procesión del Espíritu Santo. Como todo ser espiritual, Dios tiene no sólo inteligencia sino también voluntad. Por eso, el conocimiento siempre precede a un acto de amor, puesto que es propio del entendimiento presentar a la voluntad un objeto que, si es bueno, puede ser querido por la voluntad. Esto es lo que nos sucede cuando nosotros amamos, por esto, decimos que no se puede amar sino lo que se conoce. Si alguien no conoce una persona, no puede amarla, o bien en otro sentido, cuanto más conozco a alguien estoy en mejores condiciones de amarle.

El acto de la voluntad es el amor, y éste consiste en una tendencia a unirse con el objeto amado. Se trata de una unión afectiva con la cosa conocida que está presente en el interior del que ama.

El amor implica también una tendencia, una dirección, en cuanto dirige la vida de una persona hacia aquello que desea; por eso, tiene forma de impulso. A diferencia de lo que sucede en el acto del entendimiento, no se produce en este caso una semejanza (idea-cosa), sino la unión con la cosa conocida. En el término de esta acción, no se da la generación de un ser, sino la posesión de lo amado.

Esto sucede en el hombre y también, aunque analógicamente, en Dios. Dios primero se conoce a Sí mismo y engendra una idea perfecta de Sí: el Hijo; luego el Padre y el Hijo se contemplan mutuamente y, de esta acción, surge el Amor entre ambos. El Padre ama porque es Padre y el Hijo, por haber recibido su ser de Aquél. Ambos se aman también por tener el mismo ser, la misma esencia. Este mutuo Amor da origen a la tercera Persona de la Santísima Trinidad: el Espíritu Santo, que es el fruto y la expresión de esta unión del Padre y el Hijo. El Espíritu Santo, entonces, procede del Padre y del Hijo²²³.

²²³ La Iglesia Ortodoxa Griega enseña desde el siglo IX que el Espíritu Santo procede únicamente del Padre. En el Concilio de Constantinopla, ellos rechazaron como herético la expresión "Filioque" (y del hijo), como enseñaba y enseña la Iglesia Latina en su Magisterio.

El nombre **Espíritu Santo** que le da la Sagrada Escritura a la tercera Persona indica su procedencia de la voluntad, porque **espíritu (pneuma)** se usa en la Biblia como sinónimo de *viento, soplo, ábito, principio vital*, y designa el principio de una actividad y de un movimiento, de una vida. **Santidad** sugiere que se trata de Dios, como dijimos, es una de las propiedades específicas de Dios en el Antiguo Testamento.

El texto sagrado afirma que el Espíritu procede no sólo del Padre, sino también del Hijo: “El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece”²²⁴. El Espíritu Santo no es enviado únicamente por el Padre, sino también por el Hijo: “Cuando venga el Paráclito (abogado), que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre”²²⁵.

2.2. Las Personas divinas

Ahora trataremos de explicar cómo es que se dan personas distintas en Dios. Estas procesiones, la del entendimiento y de la voluntad, dan origen a relaciones entre las personas.

La **relación** es la referencia que una cosa tiene respecto a otra. Y ésta puede ser real o de razón (cuando sólo existe en la mente). En Dios, las procesiones inmanentes dan origen a relaciones reales entre las Personas que proceden. Éstas son:

- la relación de **paternidad**, es decir, la referencia del Padre hacia el Hijo;
- la relación de **filiación**, esto es, la referencia del Hijo respecto del Padre, el hecho de tener origen en Aquél;
- la relación de **espiración**, que consiste en las relaciones de Amor entre el Padre y el Hijo, es decir, la referencia que tienen ambos con el Espíritu Santo.

La relación supone no sólo el fundamento de sí misma, es decir, las referencias que acabamos de mencionar, sino también un sujeto y un término. La relación supone, entonces, una cierta oposición entre realidades realmente distintas entre sí. Por esto:

²²⁴ Romanos 8, 9.

²²⁵ Juan 15, 16.

- ser Padre indica algo propio de la primera Persona y distinto de las demás, esto es, no tener principio;
- ser Hijo supone algo distinto, es decir, el ser engendrado;
- ser Espíritu Santo se distingue de aquellos por ser fruto del Amor mutuo y expresión de su unidad.

Las relaciones en Dios se identifican con la esencia divina, puesto que Dios es un ser absolutamente simple, como ya dijimos, por esta razón, la relación tiene en Dios carácter de absoluto. La relación es lo que cada persona tiene de propio y la distingue de las otras. Así es como las relaciones en Dios dan origen a individuos distintos, es decir, a Personas distintas. Es lo único que distingue a una Persona de otra en la Trinidad, porque en todo lo demás, se identifican totalmente en cuanto poseen los tres la misma esencia que es absolutamente simple.

En Dios, todo es uno salvo estas relaciones que, surgidas en las procesiones, dan origen a las Personas. Así es como llegamos a la explicación de la existencia de tres Personas distintas en un mismo Dios.

Para el hombre, **ser persona** significa ser: “Una sustancia individual de naturaleza racional”. Esta noción de persona se da analógicamente en Dios, puesto que en Él hay individuos distintos y estos son de naturaleza racional. También en el caso de Dios, **ser Persona** significa ser un ser distinto e incommunicable, en lo que tiene de propio (la relación), y no en lo que tiene en común con las demás (la esencia). Esto es lo que expresa la fe cristiana cuando dice creer en un solo Dios y en tres Personas.

Las tres Personas divinas tienen el mismo poder y la misma dignidad. Ninguna de ellas es anterior, en un sentido temporal, a las otras. No existe tiempo en Dios, por eso, no hay un “momento” en el cual no existieran el Hijo y el Espíritu Santo. El Hijo existe desde siempre porque desde siempre está el entendimiento divino en acto y el Espíritu Santo, por la misma razón, es coeterno con el Padre y el Hijo. El hecho de que cada uno tenga propiedades particulares no significa que exista alguno que sea superior a otro.

Éste ha sido el error de algunos que no comprendieron la enseñanza de los Evangelios. En la historia del cristianismo, hubo

quienes negaron esta enseñanza cristiana y enseñaron doctrinas opuestas a la verdad. Estas **herejías** son principalmente:

- 1) **el monarquianismo**: se llama así porque sostiene la existencia de una sola Persona divina que se manifiesta de tres modos distintos. Por lo tanto, Cristo es puro hombre aunque haya nacido de forma sobrenatural de la Virgen María. En el bautismo, Dios le concedió un poder divino particular y lo adoptó como hijo. Sabelio fue el principal defensor de esta teoría;
- 2) **subordinacionismo**: se llama así porque admite que hay tres Personas distintas en Dios, pero afirma que el Hijo y el Espíritu Santo no tienen la misma sustancia que el Padre. El Hijo no existe desde toda la eternidad (como enseña Arrio, siglo IV), porque es una criatura, no es Dios en sentido propio y verdadero. Dios lo adopta como Hijo por sus méritos. Lo mismo sucede con el Espíritu Santo que es una criatura subordinada a los ángeles.
- 3) **triteísmo**: que enseña que hay tres divinas Personas que son tres seres distintos, es decir, tres realidades diferentes entre sí y unidas moralmente por la voluntad y el poder. El error consiste aquí en no ver que la noción de Persona se aplica analógicamente en Dios y en el hombre.

Las iglesias de origen protestante conservan la fe en la Trinidad de personas, no así las sectas que, haciendo libre interpretación de las Escrituras, niegan en varias ocasiones la divinidad de Jesús; entre ellas, los Testigo de Jehová acusan a la Iglesia Católica de haber inventado esta doctrina de la Trinidad.

Dios quiso crear cosas distintas de Él y, particularmente, un ser a su imagen y semejanza: el hombre. Esto significa que Dios, en la inmensidad del universo, creó un ser con el cual puede establecer una relación personal. La existencia del hombre significa, entonces, una apertura de Dios a una realidad distinta de Sí.

Dios nunca estuvo sólo, no es un ser solitario; siempre existieron tres Personas. Pero estas Personas tampoco quisieron

quedarse encerradas en la esencia divina y, por eso, decidieron salir de Sí mismas.

Dios sale de Sí mismo cuando crea y cuando algunas de estas personas divinas se hacen presentes en el mundo. Este segundo modo de hacerse presente Dios en la historia se llama **misión**. Hay dos misiones divinas:

- la del Hijo (que es visible porque asume naturaleza humana);
- la del Espíritu Santo (que es invisible porque es el que vive en el interior del hombre cuando está presente Dios por la gracia).

Las misiones tienen por objeto acercar al hombre a Dios. La primera de ellas es la misión del Verbo: es visible porque Dios, teniendo en cuenta el modo de conocer del hombre, esto es, que conoce lo invisible a partir de lo visible, quiere revelarse a partir de su Hijo. La Revelación de Dios en Cristo es la manifestación misma del Padre, por eso, dice Jesús, en el evangelio de San Juan: “El que me visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” (14, 9-10). Y en el mismo evangelio Jesús anunciará que el Espíritu Santo será enviado después de Él a continuar su misión: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré” (16, 7).

En Jesús, se hace visible por primera vez el Padre, y el Espíritu Santo será el encargado de hacer que los hombres conozcan al Dios revelado en Jesucristo.

La segunda misión es la del Espíritu: santificar al hombre, es decir, producir la unión del hombre con Dios por la gracia. De esta manera, entonces, se entiende por qué Dios crea al hombre a su imagen. Con la Creación del hombre, podemos decir “que Dios se crea un espacio donde habitar”. Ésta es la explicación de la naturaleza espiritual del hombre.

Por el conocimiento, el hombre puede tener dentro de sí las cosas y las personas, y por el Amor, puede volcarse hacia aquellos bienes y personas que lo llenen. Sin embargo, ninguna de ellas, como sabemos por experiencia, llena completamente la capacidad de conocer y amar del hombre. El alma, por ser espiritual, tiene

vocación de eternidad; sólo la verdad y el bien absolutos pueden llenarlo.

Dios, que desde siempre es familia, quiso sumar al hombre a compartir su Vida. La verdadera vocación del hombre y su dignidad se realizan cuando, finalmente, logra vivir en familia con Dios.

También podríamos decir que el hombre imita a Dios particularmente cuando funda una familia, porque a imagen de ese Dios trinitario, sale de sí mismo, de su individualidad y se vuelca a otros seres entregándose por amor. Pero el sentido último de la familia no radica sólo en la ayuda mutua para lograr un bienestar físico y espiritual; es mucho más que eso: se fundan familias para tener con quién compartir el Cielo.

La Vida eterna, lejos de ser una disolución del hombre en una masa difusa, mezclado con lo divino, como sostienen las teorías panteístas; la Vida eterna consiste en la contemplación de la Familia divina acompañado de aquellos que quisimos en la tierra.

Es más, podríamos decir que durante la vida temporal puede ya el hombre recibir a Dios según su capacidad, en la medida en que, por la fe, lo conoce y, por la caridad, lo ama.

Nosotros nos propusimos en este trabajo estudiar al hombre, sabemos que es imposible entenderlo sin conocer a Dios. Siendo éste su imagen y semejanza, era imprescindible conocer la naturaleza de Dios y el misterio de las Personas divinas para poder entender por qué el hombre es como es y hace lo que hace.

Conclusión

Nos propusimos estudiar al hombre, su naturaleza y su destino, pero no desde una perspectiva científica, ni filosófica, sino desde la Teología, esto es, intentamos ver al ser humano como lo ve Dios, su Creador.

En efecto, la Teología recibe de la Revelación los primeros datos y, a partir de ellos, elabora una visión del mundo, del hombre y de Dios.

Por este motivo, iniciamos nuestro trabajo con una introducción a la Revelación divina. Era imprescindible comenzar por el punto de partida, por los presupuestos fundamentales, es decir, por responder a las siguientes preguntas: ¿qué es la Sagrada Escritura?, ¿qué se entiende por Tradición? y ¿qué significa que la Biblia no contiene error?

La Palabra de Dios no dice sino lo que Dios quiere manifestar a los hombres para que ellos, conociéndolo, lo amen y se salven. Y Dios quiso hacer esto inspirando a algunos hombres el mensaje a transmitir.

Este mensaje de la Revelación no pretende explicar todo, y por eso, el esfuerzo de la Teología tiene por finalidad construir sistemáticamente una concepción del hombre.

Con esa intención, comenzamos, a partir del capítulo 2, a tratar de entender el significado de la Creación, el origen de todas las cosas y, fundamentalmente, el puesto que ocupa el hombre en el universo. Este último tema nos resultaba particularmente interesante puesto que, a partir de este descubrimiento, se entiende la misión que le compete al hombre por reunir en sí tanto el mundo material como el espiritual: ser el nexo entre ambas realidades, constituyendo la parte más elevada de todo el cosmos. Ese lugar, entonces, significa una gran responsabilidad para él: conducir al mundo a su realización.

Ahora, es importante recordar que este mundo no es un caos, ni un conjunto de casualidades, sino que es un orden, cuyo fin es Dios, su Creador. Esto se refleja no sólo en las leyes biológicas, físicas o químicas, sino también en el orden espiritual del hombre, quien se dirige libremente a este fin, cumpliendo un rol de

representación en nombre del resto de la Creación que no puede conocer y amar a Dios como él.

De este modo, desde su interioridad, el hombre colabora con la Creación en la medida en que la conduce a su fin, perfeccionándose en la medida en que emplea todas sus energías en el cumplimiento de esta misión. Así, conocer y ser conciente de la finalidad del universo es clave para el ser humano, cuya misión, como decíamos, es participar en la realización del resto de las creaturas.

Así es como llegamos al estudio de la naturaleza humana en el capítulo dedicado a la persona. El alma y su relación con el cuerpo es un tema clave en la comprensión del misterio del hombre. Es importante aquí destacar que, lejos de todo dualismo, la visión cristiana tiene una visión positiva del cuerpo y de su participación en el perfeccionamiento de la persona humana.

A continuación, estudiamos el significado metafísico de persona humana, puesto que allí, en el ser mismo del hombre, se funda su dignidad. En efecto, el ser persona significa una apertura admirable al mundo por la dimensión espiritual, y a la vez, un modo de ser intransferible a otro ser, de manera, que nunca puede dejar de ser quién es. La vida humana, en consecuencia, no puede ser utilizada con otro fin que no sea su propia perfección, y esto tiene consecuencias en la política, en la economía, en la educación y en las ciencias en general.

Es el punto de llegada de nuestra reflexión: la dignidad humana no depende del reconocimiento jurídico o científico, sino del ser y del modo de ser que tiene el hombre; esto es, del hecho de ser una persona a imagen de un Dios, que es también personal.

Éste es el principio antropológico desde el cual se pueden iluminar las distintas ciencias, marcando la finalidad que debe tener la investigación y el progreso. El fin es el hombre; la ciencia vale si le sirve al hombre, a todo el hombre y a todos los hombres, sino no sirve.

El hombre, a su vez, no es el último fin, sino Dios; por eso, su realización pasa por el modo de relacionarse con Él. Un estudio sobre el hombre no puede concluir sin hablar de Dios, de su naturaleza y de las Personas divinas. Conociendo mejor a Dios, conocemos mejor al hombre.

Por este motivo, abordamos también, previamente, el modo de hacerse presente lo divino en lo humano: lo sobrenatural. Dejando de lado toda desvirtuación de la idea de lo divino, éste constituye una real participación en la Vida divina que transforma la vida humana y la eleva a una dignidad y a una realización superior.

Obviamente, no podía faltar una reflexión sobre el mal, su origen y sentido en la vida del hombre, puesto que se trata de una realidad que también debe enfrentar y tratar de resolver de alguna manera en su vida.

De este modo, elaboramos una serie de ensayos que ahora presentamos como texto y que no tienen otra finalidad que transmitir la esperanza que surge de la contemplación del misterio humano desde Dios.

Bibliografía

General

- AA.VV. *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1997.
- ARTIGAS, M.- SANGUINETI, J.J. *Filosofía de la naturaleza*. Pamplona: Ed. Univ. Navarra, 1984.
- AUER J. *El mundo, creación de Dios*. Barcelona: Herder, 1979.
- BASSO, D. *Los principios internos de la actividad moral*. Buenos Aires : Centro de Inv. Bioética, 1991.
- CAFFARRA C. *La sexualidad humana*. Madrid: Encuentro, 1987.
- *Catecismo de la Iglesia Católica*.
- COLZANI G., *Antropología Teologica, l'uomo paradosso e mistero*, Bologna: Dehoniane.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Apostólica Dei Verbum* (DV), 10
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Apostólica Lumen Gentium*
- CONGAR, Y. *La Fe y la Teología*. Barcelona: Herder, 1981.
- DENZINGER, Enrique. *Magisterio de la Iglesia*. Barcelona: Herder, 1963.
- ELDERS, L. *La metafísica dell'essere di San Tommaso D'Aquino en Una prospettiva storica*, vol.II, Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1995.
- FABRO C., *Introducción al problema del hombre, la realidad del alma*, Madrid: Rialp, 1982.
- FÓSBERY A., *La Cultura Católica*, Buenos Aires: Tierra Media, 1999.

- GARRIGOU – LAGRANGE, R. *La Prèdestination des Saint et la grace*. Paris: Desclee.
- GOZZELINO G. *Il mistero dell` uomo in Cristo*, Torino: Ildici, 1991.
- GRELOT P. *Hombre ¿quién eres?* Cuadernos Bíblicos 5. Navarra: Verbo Divino, 1976.
- GRISON M. *Teología natural o teodicea*. Barcelona: Herder, 1980.
- GROSS H. “Exégesis teológica de Génesis 1-3”, en *Mysterium Saslutis*. Madrid: Cristiandad, 1992, vol II.
- GUNTHER, A. *Chiamata e rispost*. Torino: San Paolo, 1987.
- IBANÉZ MENDOZA. *Dios santificador: I. La gracia*. Madrid: Palabra, 1983.
- JOURNET CH. *Le mal, essai théologique*. Brugges: Desclée, 1962.
- LADARIA L. *Antropología teológica*. Asti: Piemme, 1995.
- LADARIA, L. *Teología del pecado original y de la gracia*. Madrid: BAC, 1993.
- LATOURELLE, R. *Teología de la Revelación*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1995.
- LOBATO A. *El hombre en cuerpo y alma*. Valencia: Edicep, 1994.
- MANNUCCI, V, *La Biblia como Palabra de Dios, Introducción general a la Sagrada Escritura*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1995.
- MONDIN B. *L`uomo Secondo il disegno di Di.*, Bologna: Studio Domenicano, 1992.
- NICOLAS J.H. *Les profondeurs de la grace*, Paris: Beauchesne, 1969.

- NICOLAS J.H. *Synthèse Dogmatique, complement*. Paris: Univ. Fribourg, - Beauchesne, 1993.
- OTT, Ludwing. *Manual de Teología Dogmática*. Barcelona: Herder, 1969.
- PELECHANO BARBERÁ, V. *Personalidad, descripción psicológica general*, en *Gran Enciclopedia Rialp*.
- BELTRÁN, F. *Persona* en *Gran Enciclopedia Rialp*,
- PIEPER J. *El concepto de pecado*. Barcelona: Herder, 1986.
- PIOLANTI A. *Dio nel mondo e nell'uomo*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1994.
- PÍO XII, Encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943).
- POSSENTI, V. *Dios y el mal*, Madrid: Rialp, 1997.
- ROCCETTA C. *Per una telogia della corporeità*. Torino: Camilliane, 1993.
- ROYO MARÍN, A., *Dios y su obra*, Madrid: BAC, 1963.
- RUIZ de la PEÑA J.L. *Antropología Antropológica Fondamentale*. Roma: Borla, 1992.
- SÁNCHEZ CARO, JM y otros, *La Biblia Didáctica*, España: Ed. SM-PPC Consulta, 996.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De Anima*.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma de Teología*. Madrid: BAC, 1998.
- SANTO TOMÁS, *Contra Gentiles*.
- SANTO TOMÁS. *De Potencia*.
- SANTO TOMÁS. *De veritate*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1996.

- SCHEFFCZYK, L. "Creación y providencia", en *Historia de los Dogmas*, Madrid: BAC, 1974.
- SEIBEL W. *El hombre, imagen sobrenatural de Dios. Su estado origin*", en *Mysterium Salutis*, vol II.
- SPIAZZI R. *Natura e grazia, fondamenti dell'antropología cristinana secondo San Tommaso d'aquino..* Bologna: Studio Domenicano.
- SPICQ C., *Dios y el hombre en el Nuevo Testamento*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1979.
- TETTAMANZI D. *El hombre imagen de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1978.
- TIJERO, A. "Condición y panorama de la Teología", en *Suma de Teología de Sto. Tomás de Aquino*. Madrid: BAC, 1998.
- VERNAUX R *Filosofía del hombre*. Barcelona: Herder.

Informe sobre la New Age

- Ayuso, Miguel. Reflexiones sobre la Nueva Era.
- Bergeron, Richard y otros. Nueva Era cuestionada. Buenos Aires:. San Pablo.
- Danneels, Godfried. Cristo o Acuario, Bruselas: Homilía, 1991.
- López Padilla, Luis E. New Age, la religión del siglo XXI. México: CEFEC, 1995.
- Petrino, Juan Daniel. La Nueva Era y la Biblia. Buenos Aires: Claretiana, Colección Nuevo Milenio, 1995.
- Peyronnet. Orígenes y fines de la supersecta de los diez nombres o más. Buenos Aires, 1991.

- Podestá, Gustavo. Creación, Metafísica Cristiana y Nueva Era. Buenos Aires: Claretiana, Colección Nuevo Milenio, 1995.
- Souza de Turcato, Estela; Nueva Era; Buenos Aires: Lumen, 1994.

En nuestros días, llamamos ciencia a aquellas que se apoyan en comprobaciones empíricas, es decir, en la experiencia de un laboratorio, por ejemplo. La frase “lo he demostrado científicamente” nos refiere a que se realizó una prueba con elementos que corroboraron fácticamente la hipótesis en cuestión.

El problema es que, desde esta perspectiva, el campo de las ciencias quedaría enormemente reducido. Por ejemplo: ¿qué pasaría con la historia que se basa en testimonios humanos? No podemos probar la existencia de José de San Martín si no tenemos videos, fotos o a él mismo delante nuestro. ¿Qué sucedería con la filosofía que trata de elementos supersensibles, metafísicos? ¿Qué pasaría cuando hablamos del alma del hombre si nadie vio un alma en un tubo de ensayo? ¿Cómo hablar de Dios si no lo podemos ver, medir o pesar? En definitiva, las ciencias cuyo objeto no es mensurable quedarían fuera de esta definición y, por consiguiente, también la Teología.

De acuerdo a esto, la Teología es, entonces, una ciencia en el sentido que Aristóteles le daba: “el conocimiento de una cosa por sus propias causas”. En este sentido hay ciencia cuando se da un proceso de lo conocido a lo desconocido, de la evidencia de los principios, a través de la demostración, hasta las conclusiones. Esta definición aristotélica es mucho más amplia y abarcativa. Por lo tanto, la ciencia procede desde sus principios evidentes, y en esto nos detendremos un momento

ISBN 978-987-1312-63-4

